En las apuestas, sobran las razones

Bilogía Apuestas



MARY L. TORRES

En las apuestas, sobran las razones

Mary L. Torres

Capítulo 1

Me acerco un poco al agua de mar e inspiro hondo. A mi alrededor, la playa no está a rebosar de gente, pero sí que se nota que es un lugar turístico.

—¡Te apuesto un helado a que llego antes que tú al agua! —Escucho exclamar a Joleen.

Tengo que sonreír al ver a mi amiga y a su novio pasar a toda prisa a mi lado mientras se quitan la ropa para quedarse en bañador. Hugo, el hermano pequeño de él, los sigue de forma más lenta. Claramente, Gael ha ganado la apuesta y eso pone a Jo de mala uva, por lo que comienza a salpicarlo, sin poder frenar las carcajadas de él.

Parecen dos niños pequeños. Lo que muchas veces son, la verdad.

Agacho la mirada cuando siento una mano aferrarse a la mía y luego me pongo a la altura de mi hermana pequeña.

—¿Quieres ponerte el bañador? —pregunto sin borrar la sonrisa del rostro.

Amelie asiente de forma vehemente. Ella es, de los cuatro que somos en total, la que menos suele hablar. Y la que más apegada a mí está. Al girarme hacia el coche, veo que Benno contempla a mis otros dos hermanos —Bruno, el mayor, y Chris, el siguiente— casi con horror: se están desnudando en medio de la arena para ponerse los bañadores como si la casa de la familia de Benno no estuviese a dos metros de distancia.

Suspiro y me acerco a ellos lo más rápido que puedo tirando de Amelie, a la que le cuesta mucho más que a mí caminar por la arena.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —pregunto con tono serio—. ¡La casa está ahí! —Señalo la dirección con el dedo índice—. Adentro a cambiaros, ¡ahora!

El tono autoritario surte efecto porque los chicos vuelven a subirse los pantalones y salen corriendo al interior de la casa una

vez han cogido sus respectivas mochilas. Cierro los ojos para apretármelos durante un segundo con los dedos. Sé de dónde venimos, pero a veces me da la sensación de que mis hermanos se han criado en un establo.

Cuando abro los ojos de nuevo, Benno me contempla con una media sonrisa burlona en el rostro.

—Joder, Delilah, no tenía ni idea de ese tono militar tuyo —comenta, obligándome a poner los ojos en blanco.

Por supuesto que no tiene ni idea. No me conoce apenas.

—Me paso el día con ellos, si no lo tuviese, harían lo que les diera la gana —contraataco.

Benno deja escapar una risita y se gira de nuevo hacia el coche para terminar de sacar las maletas de todos y dejarlas en el asuelo asfaltado, pero repleto de arena de playa.

—Me cago en… —masculla entonces mirando por detrás de mí. Le lanzo una mirada reprobatoria y él corta enseguida el insulto—. ¿Puedes decirles a aquellos dos que dejen de meterse mano? Tenemos que hacer una lista de la compra decente y decidir quién va primero al pueblo a hacerla. Hugo lo está viendo todo, joder.

—Si quieres que dejen de hacerlo, puedes decírselo tú —sentencio.

Me encojo de hombros para que entienda que no soy ni su criada ni su mandada y camino en dirección a la casa, pasando por su lado. Sé que se gira a mirarme cuando lo hago porque noto sus ojos clavados en mi espalda y, probablemente, suelta alguna queja o insulto entre dientes que no escucho. Y me da igual.

En casa puede que me deje aplastar, pero no fuera de ella.

A mí me parece estupendo que Joleen y Gael no puedan dejarse en paz. Lo veo bien porque creo que se lo tienen merecido. Demasiados años sin enfrentarse a sus sentimientos como para no disfrutarlos ahora que han salido a la luz.

Se me encoge el corazón al pensar en ello. A pesar de todo, de dónde vengo y de cómo he vivido hasta ahora, también me gustaría tener la oportunidad de vivir algo así en mi vida.

Sacudo la cabeza para obligarme a regresar a la realidad. Ahora mismo, para mí y después de Fritz, una nueva relación está

prohibida. Primero, porque me da una pereza terrible hasta pensar en todo lo que conllevaría y, segundo, he dejado a mis hermanos mucho tiempo de lado en los últimos meses —años— que pasé con Fritz como para volver a hacerlo con el o la de turno.

No, señor.

—Aquí tienes tu bañador —le digo a Amelie, que se ha quedado en medio del dormitorio, mirándome y sin moverse—. Chicos, ¿estáis listos? Esperadnos abajo.

Bruno y Chris bajan las escaleras en estampida y contengo el suspiro que está a punto de escapárseme de entre los labios antes de desviar la mirada de nuevo hacia mi hermana. Amelie me mira con los ojos como platos, suplicante.

—¿Me ayudas a ponérmelo? —pregunta entonces.

Quiero responderle que ya tiene nueve años y puede hacerlo sola, pero no soy capaz. Me agacho para ayudarla a desvestirse y ponerle el bañador. Luego, le echo un vestido por encima que, como había pronosticado, todavía le queda gigante.

Cuando bajo al salón acompañada de la niña, Joleen y Gael también están allí. Los niños están alucinando mientras Gael instala la consola que se ha traído y la conecta a la televisión. De eso nosotros no tenemos en casa. Ni siquiera tenemos ya televisión.

—¿Todavía no os habéis metido en el agua? —pregunta mi amiga, dirigiéndose a mí—. Está buenísima.

—Nosotros no hemos llegado tan preparados como vosotros, por lo visto —digo, y Jo suelta una carcajada—. Pero sí, lo haremos ahora.

—Ya tengo la lista —anuncia Benno desde la cocina, y atraviesa el umbral para llegar hasta nosotros—. ¿Quién quiere venir conmigo a hacer la compra? No os vayáis a creer que voy a hacer el gilipollas e ir solo todo el mes porque conozco el pueblo, joder.

Vuelvo a clavarle una de mis miradas más frías. Si no deja de decir tantas palabrotas en poco tiempo, terminaré acabando con él. Hasta ahora, Benno siempre me ha caído bien, pero lo cierto es que nunca he pasado más del tiempo necesario con él, siempre en compañía de los demás y, sobre todo, sin mis hermanos.

Cuando ellos están, tengo un filtro muy selecto sobre qué palabras quiero y no quiero que escuchen.

—Que vaya Gael contigo —ofrece Joleen—. Así nos dejáis un poco en paz.

—Como si tú quisieras que él te dejase en paz —masculla Benno, que regresa a la cocina.

—¿Estás segura? —pregunta Gael.

Pero no pillo el resto de la conversación porque Bruno tira de la mano que tengo libre para captar mi atención. Él es el mayor de los tres que tengo a mi cargo y, también, el que más se parece a mí en personalidad. No le gusta llamar la atención y cree que es el segundo al mando. Como si nosotros tuviésemos algún mando que controlar.

—¿Podemos salir ya? —pregunta en voz baja para que los demás no le presten atención.

—Sí, vamos —le digo, y lo hago porque sé que él, al igual que yo, está emocionado por ver el mar por primera vez en su vida. Menos mal que ellos han tenido la oportunidad mucho antes que yo—. Vamos a la playa —comunico al resto.

Y, sin esperar ninguna respuesta, salgo acompañada de mis hermanos por la puerta que da al porche trasero de la casa.

Puede que tuviese que quedarme y ayudarlos en lo que sea que todavía estén haciendo. Instalar una consola no puedo, pero yo qué sé: arreglar las cosas que hemos traído, limpiar en caso de ser necesario, lo que sea.

La verdad es que estoy deseando meter los pies en el agua y averiguar, de una vez por todas, cómo se siente la arena mojada entre los dedos.

Porque, hasta ahora, jamás he podido hacer algo similar.

Así que camino con Amelie de la mano a paso lento hasta que llegamos a la línea donde comienza el mar. Bruno y Chris se han lanzado al agua como si no hubiese un mañana y juegan entre ellos como hacía muchísimo tiempo que no hacían.

Porque mis hermanos no tienen tanto tiempo como deberían para ser niños y darme cuenta de esto justo ahora me parte el corazón.

Saco el móvil del bolsillo del pantalón y miro la pantalla vacía. Me pregunto si alguno de mis padres habrá reparado en la nota escrita a mano que les he dejado en la encimera de la cocina —y sobre la mesa y en el cuarto de baño—. Doy por hecho que no porque, si no, ya me habrían llamado para poner todos los puntos sobre las íes.

Pero también es cierto que llevaban dos días sin pasar por casa cuando nos fuimos.

Y fue esa precisamente la razón de que no tuviera que cancelar esto en el último minuto. Si ellos hubieran estado allí, jamás nos habrían permitido salir. O, al menos, no hubiera sido tan fácil.

Siento un escalofrío recorrerme la columna vertebral y me guardo el móvil en el bolsillo de nuevo. Entonces doy un paso hacia adelante, hacia el agua, a sabiendas de que, si yo no lo hago, Amelie tampoco lo hará.

Me sorprendo cuando me doy cuenta de que sentir la arena mojada colándose entre los dedos de mis pies es una sensación muchísimo más alucinante a como me lo había imaginado, y se me escapa una sonrisa involuntaria.

Cierro los ojos para disfrutar del momento.

—Esto nos vendrá bien —digo en voz baja, muy convencida de mis palabras.

Capítulo 2

Creí que, al tener el privilegio de meter mis pies entre la arena de la playa y el agua de mar, se me pasaría el gustazo que sentí la primera vez al hacerlo. Algo que estaba entre la emoción más increíble de toda mi vida y las ganas de llorar más absolutas.

Pero me equivocaba.

Sigue siendo increíble y me doy cuenta mientras los entierro creando dos montañas al final de mis piernas. A mi lado, Amelie sigue pegada a mí como una lapa. Está siendo tan dependiente desde que llegamos que no ha querido todavía dormir sola en la cama del segundo dormitorio.

Bruno y Chris juegan a algo, aunque luego se les ha unido Hugo y Chris se ha apartado un poco. Bruno y Hugo se han puesto a construir un castillo de arena que, si sigue así, llegará a ser una fortaleza completa. Y yo me he venido también para ser la «adulta» que se ocupe de ellos y no recaigan en nadie más.

—¿Vienes al agua, Del? —pregunta Joleen, acercándose a mí.

Desde que estamos aquí está resplandeciente y me alegra verla así. Incluso aunque eso me recuerde una y otra vez que ella no tiene ni idea de dónde vengo y que todavía no me he armado de valor para confesárselo.

No es nada malo hablar sobre una misma y su familia, ¿no? El problema es que, después de tanto tiempo amurallada, me cuesta muchísimo abrirme a alguien y contarle toda la verdad.

—Creo que mejor me quedo aquí —digo, y le lanzo una mirada de soslayo a mi hermana.

Joleen ensancha más la sonrisa y se agacha un poco hacia Amelie, que oculta el rostro tras la pierna a la que se me ha pegado como una segunda piel.

—A lo mejor Amelie también quiere venir con nosotras —dice, hablándole a ella directamente aunque no le preste atención. A veces me cuesta hacerme a la idea, pero ella estudia Puericultura y, en algún momento, se supone que tendrá que tratar con niños a

diario. Casi me entra una risa tonta al pensarlo—. Me he traído de casa una pelota hinchable y me ha parecido una idea genial jugar a pasárnosla en el agua. ¿Seguro que no quieres?

Amelie aparta el rostro de mi pierna unos escasos centímetros. El espacio justo para darme cuenta de que está roja como un tomate. La pobre ha heredado la misma piel blanquísima que tengo yo y se le nota enseguida cuando está avergonzada o enfadada —cosa que pasa muy poco, en realidad—.

—Yo diría que los chicos saben cuidarse solos y nosotras también queremos divertirnos, ¿no? —continúa Joleen.

Amelie asiente sin soltar palabra e incluso el gesto es tan ligero que casi me pasa desapercibido. Mi amiga se dirige hacia su toalla para coger la pelota que ha mencionado y regresa hasta nosotras. Estira una mano en dirección a Amelie.

—¿Quieres, además, que te enseñe lo fuerte que soy? —pregunta mientras Amelie se pone en pie muy despacio—. Puedo hacerte volar hasta el agua.

A mi hermana se le ilumina el rostro de repente. Le gusta Jo, no hay duda.

Mientras me pongo en pie, veo cómo Gael se acerca a los chicos y me hace un gesto afirmativo con la cabeza, como si tomase mi relevo para que yo pueda ir con mi hermana y mi amiga al agua. No se lo digo en voz alta, pero se lo agradezco.

Benno ha desaparecido en algún lugar y la verdad es que ni sé dónde ni me importa. Con la cantidad de tacos que soltó el día anterior sin tener en cuenta a todos los niños que nos rodean, lo prefiero así.

Jo sube a Amelie a sus hombros y me lanza la pelota hinchable para sujetar a la pequeña con ambas manos por las piernas. Entonces se lanza a correr como una loca por la playa. Tiene que ser una hazaña titánica, pero ella la realiza como si no pasase nada, como si no fuese difícil o como si algo así lo hiciera todos los días de su vida.

Y la escucho.

La carcajada de Amelie que hace que se me revuelva todo por dentro. En el buen sentido. Que se me remuevan todas estas cosas

por dentro también hace que se me llenen los ojos de lágrimas. Hacía muchísimo que no la escuchaba reír a carcajada pura. Como si no tuviese ninguna preocupación en la vida.

Y cómo me gustaría que, de verdad, así fuese. Que no tuviese miedos, ni preocupaciones ni incertidumbres.

Se me hace un nudo en la garganta en cuanto lo recuerdo.

Amelie no solo es la más pequeña de mis hermanos, sino que es pequeña de verdad. Para su edad, pesa mucho menos de lo que debería y es más bajita que la media. Pero no es nada que sorprenda al conocer cómo vivió incluso antes de nacer.

Jo suelta a Amelie una vez están en el agua y esta cae con un chapoteo y sus risas incontrolables, cerrando los ojos con fuerza. Se pone en pie todavía con la sonrisa pintada en el rostro y se gira hacia mí. Sus ojos brillan de emoción.

—¡Trae la pelota, Del! —exclama entonces mi amiga.

Me apresuro a acortar el poco espacio que nos separa y les lanzo el balón de la mejor manera que puedo, que es, claramente, nefasta.

—¿Qué ha sido eso? —inquiere mi amiga, aguantando una carcajada—. Vaya lanzamiento.

Jo le lanza la pelota a Amelie, calculando muy bien la distancia y la fuerza para que la niña sea capaz de cogerla. Y, cuando lo hace, ella me la lanza de nuevo a mí. Jo alza los brazos con júbilo.

—¡Vamos a tener que enseñarle a tu hermana cómo funciona esto, pequeña! —exclama, sonriente.

No, no tenía ni idea de que Jo podía meterse tanto en algo que para mí es muy normal. En el ser y estar por y para mis hermanos. Y tampoco me imaginaba que me resultaría tan sencillo dejarla, tan natural.

Supongo que eso es también porque ahora la considero, de alguna manera o de otra, parte de mi familia —no la de verdad— y de mi vida.

Y es curioso, se siente bien darme cuenta de que ella también tiene interés en el resto de mí. En ese añadido que va conmigo, ya sea de forma literal o no: mis hermanos. Porque ella no está

obligada a que le caigan bien, ni a jugar con ellos, ni siquiera está obligada a prestarles atención. Pero lo hace y verlo se siente bien.

Como si existiese gente en este mundo que no se interesase en nosotros solo por lo que pudiéramos o no representar para la sociedad.

Capítulo 3

Carraspeo aclarándome la garganta y mientras me acerco el móvil a la oreja. Jo se ha llevado con ella a mis hermanos en vez de dejarlos conmigo, como era el plan inicial.

«Para que puedas hablar tranquila», ha dicho.

Si ella supiera que hablar con ellos es de todo menos tranquilo, se habría quedado aquí conmigo, eso seguro.

Aguanto la respiración y cuento los tonos de llamada preguntándome si mi madre se dignará a coger el teléfono o pasará de mi cara otra vez.

Después de llevar aquí cuatro días, me preocupé y la llamé para ver si había leído mi nota o, en el mejor de los casos, se había dado cuenta siquiera de que no estábamos en casa.

Aunque ahora, a la quinta vez que la llamo en menos de veinticuatro horas, comienzo a cansarme de tener que preocuparme por alguien que no se preocupa por mí.

Para mi sorpresa, alguien descuelga al otro lado.

—¿Qué quieres? —pregunta con la voz ronca, y su pregunta me duele—. ¿Para qué mierdas me llamas?

Me relamo los labios y trago para humedecer la garganta, que se me ha quedado como papel de lija. Está claro que ni se ha dado cuenta de que no estamos.

—¿Has leído mi nota? —pregunto, sin saludarla tampoco—. Solo llamaba para asegurarme de que te has enterado: mis hermanos y yo nos hemos ido por unas semanas con unos amigos a…

—¡Serás malnacida! —exclama mi madre de repente, obligándome a cerrar los ojos con fuerza del dolor más puro que soy capaz de sentir—. ¿Cómo se te ocurre llevarte a mis niños lejos de mí?

—¿Acaso te habías dado cuenta que no estábamos en casa? —pregunto, exasperada.

Se hace un silencio incómodo. Mi madre no contesta, pero escucho cómo masculla algo a alguien cerca de ella y, para eso,

deduzco que se habrá alejado el móvil del rostro, porque su voz me llega lejana. No consigo entender con quién habla ni qué dice y solo espero que, al menos, sea con mi padre.

—Niña de mierda, más te vale volver ahora mismo a casa. No tienes derecho a llevártelos… —Se ve obligada a cortar la frase porque la invade un ataque de tos.

Apoyo el trasero en la encimera de la cocina, cierro los ojos y los aprieto con el dedo índice y pulgar, con mucha fuerza.

—Maldita sea, Joan —mascullo entre dientes, sintiendo el enfado hacerse cada vez más y más grande—. No voy a volver ahora porque me lo exijas.

Lo digo, pero no lo siento. Sé que, aquí y ahora, a tantos kilómetros de distancia, ella no podrá hacerme daño. Ni ella ni mi padre. Pero sé que el castigo será brutal cuando regrese a casa y eso me hace temblar como una hoja.

—Como venga la puta de los servicios sociales y tengamos problemas por tu culpa, pagarás por ello —continúa, ignorándome.

Quiero contestarle con algo cortante, con algo que la hiera tanto como sus palabras me hieren a mí. Pero no soy capaz. Al contrario, al escucharla, se me escapa un sollozo que intento por todos los medios aprisionar en mi garganta y dentro de mí. Estoy segura de que ella lo escucha, aunque no le importe lo más mínimo a qué se debe.

Inspiro hondo y, en vez de contestar lo que me gustaría, lo hago como siempre.

—No te preocupes, no tendremos problemas por esto —aseguro.

Las palabras me queman el interior de la boca mientras las dejo salir. Porque, si por mí fuera, los tendríamos. Si esos problemas no significaran que la mujer de los servicios sociales podría, de hoy a mañana, darnos la espalda y llevarse a mis hermanos lejos de mí, dejarme con mis padres y a mi suerte, la dejaría que descubriese todo el percal tal cual es.

No puedo porque no soportaría que se los llevara a los tres y que vivieran con otra familia.

Incluso aunque sé que es un pensamiento egoísta; ellos, en otro lugar, lejos de lo que conocen, podrían tener una vida lo más normal

posible.

Pero yo no lo soportaría y estoy segura de que ellos, al principio, tampoco.

—Más te vale volver lo antes posible.

—Lo haré —digo, aunque no pienso hacerlo.

Y, de la misma manera en la que no saludó al coger la llamada, no se despide al colgarla. Miro el móvil entre mis dedos con pesar, con miedo, con horror, y me voy agachando hasta acuclillarme. Me ha comenzado a doler la barriga. Siempre ocurre cuando hablo con ella o con él, por muy corta que llegue a ser la conversación. Se me ha acelerado la respiración y sé que es el inicio de un ataque de pánico porque también me duele el pecho.

Lleno los pulmones y me sujeto la cabeza con los brazos. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. Inspiro y espiro, contando hasta diez, como me enseñó nuestra trabajadora social hace ya mucho tiempo.

De repente, la puerta trasera de la casa se abre y yo me incorporo como impulsada por un resorte. Por dentro sigo temblando, pero si hay algo que he aprendido a hacer como una profesional en mi vida, es a disimular. A hacer creer que aquí no ha pasado nada. Y se me da de lujo, la verdad.

Dirijo los ojos hacia la puerta y hasta intento sonreír a quien entra; la sonrisa se me queda en una mueca extraña cuando me doy de bruces con Benno. Si hubiese sido Joleen, le hubiese presentado mi sonrisa más tranquilizadora. Pero con él, no sé por qué, no me sale.

—Tengo que mear —suelta al verme.

Atraviesa la cocina y sube las escaleras hasta el cuarto de baño. Aprovecho el momento para dejar escapar el aire lentamente y me doy la vuelta, apoyándome en la encimera como si ella pudiese evitar que cayera al suelo. O al fondo de un abismo infernal.

Cuando creo que ya no necesito el apoyo, enciendo la cafetera y hago café porque sé que tomarme uno ahora me sentará bien. Aunque a lo mejor lo que necesito es una tila, sé que el sabor del café me resulta mucho más agradable.

Mientras me lo estoy sirviendo en una taza enorme, Benno regresa a la cocina. Intento ignorarlo porque creo que así seguirá su camino y regresará a la playa. Pero no lo hace. Al menos, no escucho la puerta abrirse y cerrarse y no quiero darme la vuelta para descubrirlo ahí de pie.

—¿Estás bien? —pregunta, y se me eriza todo el vello de los brazos al escucharlo—. Parece que has visto un fantasma.

Me dan ganas de soltar una carcajada de esas irónicas. Qué gracia que haga el comentario porque la verdad es que sí, me siento casi como si hubiese visto o, mejor dicho, hablado con uno.

Me doy la vuelta para encararlo y esbozo la sonrisa más tranquilizadora que soy capaz ahora. Aunque lo hago, sé que no he podido transportarla a mis ojos. Lo dicho, soy una maestra en lo que a disimular se refiere y, hasta ahora, me ha salido bastante bien en la vida.

—Estoy estupenda, ¿qué te hace pensar lo contrario? —digo antes de llevarme la taza a los labios.

—Pues, lo primero, que si pudieras matarme con la mirada, lo harías ahora mismo —contesta, aunque para mí ha sido una pregunta más bien retórica—. Y, segundo, porque estás llorando.

Me sobresalto al escuchar sus últimas palabras y me llevo una mano al rostro de inmediato. Las muy traidoras se me han derramado sin darme cuenta y eso me pone furiosa. No me gusta estar de mal humor, mucho menos me gusta mostrar debilidad ante otras personas, porque no quiero que nadie piense ni crea que soy alguien que necesita ayuda —teniendo en cuenta que hace años que he dejado de recibirla—, pero esta es una reacción casi normal tras hablar con alguno de mis progenitores.

Inspiro hondo y decido que lo mejor es borrar la sonrisa falsa e intentar salir lo más airosa posible de esta situación.

—No estoy llorando —digo, y me restriego las lágrimas ya caídas por las mejillas—. Estoy bien, no te preocupes.

—No lo hago —asegura Benno sin moverse del sitio. La mesa de la cocina preside la estancia y yo estoy a un lado de la habitación, junto a las encimeras y él, al otro, tras la mesa redonda—. Pero está más que claro que no estás bien.

—¡Sí lo estoy, Benno! —estallo, y me sale el mal humor—. Y da igual que lo esté o no porque no es como si fuéramos amigos y tuviera que ir a contártelo todo.

Me arrepiento en cuanto lo digo. He sido demasiado directa, demasiado bruta, por una vez no he podido —ni he querido, no me voy a engañar— contenerme.

Benno alza las manos en actitud de derrota y, sin decir nada, se marcha por la misma puerta por la que había entrado. No parece estar más enfadado de lo normal por mis palabras, ni me replica a nada de lo que he dicho. Cuando vuelvo a quedarme sola, cierro los ojos con fuerza. Creo que, poco a poco, mis mundos están comenzando a colisionar.

Hasta ahora, tener esa vida social que me ofrecía Fritz significaba tener unos amigos que, en realidad, no lo eran. Era gente que conocía de vista pero por la que yo no me interesaba ni ella se interesaba por mí. Simplemente, estaban ahí. Los veía siempre que íbamos a una fiesta o cuando él me invitaba a pasar la tarde en su casa. Nada más. Eran amigos falsos, de pega. Gente a la que yo no le importaba en absoluto y ella, tampoco a mí.

Con ellos, era mucho más fácil dividir mis facetas. Estar de buen humor y fingir que tenía una vida tan espléndida como la de los más ricos con los que me codeaba.

Ahora esto es mucho más difícil. Porque, por lo visto, entre amigos es normal hacer preguntas para saber cómo están los demás y esas muestras de afecto son a las que yo ya no estoy acostumbrada.

Y las que me sacan tanto de mi zona de confort que me desequilibran.

Dejo escapar un suspiro a sabiendas que, más tarde, tendré que darle explicaciones a un Benno que se ha marchado sin recriminarme nada de lo que he dicho.

Odio los tacos. No me gustan las palabrotas. Pero esto no ha sido más que una situación de mierda.

Capítulo 4

En cuanto Amelie sale del dormitorio que mi amiga y yo compartimos, Jo se me acerca como si estuviese dispuesta a hacerme una confesión. O a preguntarme algo que la atormenta ahora mismo.

Se me alzan las comisuras de los labios en cuanto pienso en ello.

—Pregunta ahora, Amelie no tardará en volver —la incito.

Joleen se sorprende y creo que hasta se sonroja un poco porque la haya pillado. Pero es que los últimos días, a estas horas, siempre ha sido igual. Aprovechando que Amelie iba al cuarto de baño o a por un vaso de agua poco antes de irse a dormir o salía de nuestro dormitorio por alguna razón —porque todavía no he conseguido que duerma con sus hermanos en el dormitorio de al lado—, ella se me acerca dispuesta a lanzar sus preguntas.

—¿Cómo sabes cuándo estás preparada para… ya sabes? —pregunta en voz baja, como si fuese algo prohibido.

—No, no sé.

—Sexo.

Abro la boca para contestar y se me escapa una pequeña carcajada. A veces creo que Jo tiene la edad mental que cualquiera de mis hermanos y me enternece ver que esos son sus problemas actuales.

Incluso aunque sé que no lo son en exclusiva, porque la he pillado en varias ocasiones empezando a escribirle cartas a su madre y tirándolas a la basura. Pero siempre que ella no saque el tema, yo jamás le preguntaré por ello.

—Pues la verdad es que no lo sé —contesto al fin, y mi amiga se desinfla como un globo—. Quiero decir, es que no me acuerdo si… A ver, ¿tú crees que estás preparada?

Joleen se encoge de hombros.

—A veces, cuando nos damos el lote y eso, siento como un cosquilleo en el vientre.

—¿Y tienes ganas de llegar a más?

—A veces sí —contesta.

—Pues, entonces, hazlo cuando lo creas correcto. —Me detengo durante un segundo. Joleen parece sopesar mis palabras. Cuando le he dado un pequeño margen, sigo—. Siento decirte que no vas a encontrar el momento perfecto y tampoco creo que la primera vez lo sea. Al menos, no lo fue así en mi caso. Pero luego va mejorando. Supongo que Gael sabrá guiarte. Si crees que es lo que quieres, hazlo. Aunque siempre con precaución, por favor.

—Suena lógico.

Se me vuelven a estirar los labios en una sonrisa al verla pensar. Como si fuese un problema matemático muy complicado que hay que aprender a resolver para un examen. Y al final no es más que eso, sexo. Acostarse con alguien.

Me da un escalofrío al darme cuenta de que para mí, en realidad, no es nada de suma importancia. Supongo que será porque mis experiencias no han sido del todo alucinantes. Ni necesarias.

—¿Cómo fue tu primera experiencia? —pregunta Joleen, y vuelve a sonrojarse.

Me quedo estática ante la pregunta. Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Considero mentir porque no quiero desanimarla, pero luego lo descarto.

—Horrible, la verdad —me sincero—. No estaba preparada y, además, el chaval no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—¿Fue con Fritz? —curiosea.

Me muerdo el labio inferior. Me encantaría decir que no, pero…

—Sí, fue con él.

—¿Y él no sabía lo que estaba haciendo? Me cuesta imaginármelo —comenta, y me duele un poco el comentario, aunque ella no pueda imaginarse el motivo.

—La verdad es que aprendió a hacerlo mejor después. Acostándose con otras chicas.

—¿Perdona? —exclama Jo con una máscara de completo asombro.

—¡Venga ya! —suelto—. En el instituto, Fritz tuvo el mismo comportamiento que en la universidad. Se iba de rositas cada dos por tres y luego venía pidiendo perdón.

—¿Y no tenías suficiente de eso?

Y tanto que sí. Pero no se lo digo, me encojo de hombros y la dejo interpretarlo como ella quiera. No me gustaría verme obligada a contarle que mantenía aquella relación de forma egoísta porque sus regalos eran tan buenos que luego los vendía por internet y ganaba algo de dinero que apartaba para comprar cosas que mis hermanos necesitasen. Cada vez que a Fritz se le iba la mano —y otras partes del cuerpo— y terminaba dejándose hacer por otra chica, venía arrastrándose con los bolsillos llenos de regalos y los labios con muchos más halagos de los que era capaz de soltar de normal. Me pedía disculpas, yo fingía que lo perdonaba y todo seguía como antes.

Hasta que decidí que también entraría en el juego una vez la gente reparó en lo que estaba pasando.

Si Joleen no me hubiese abierto los ojos para darme cuenta de que en este mundo a veces hay mucho más, habría estado más que dispuesta a casarme con él si fuese necesario para sacar a mis hermanos de nuestro infierno personal.

—Ahora te gustan las chicas, ¿no? —continúa Jo, y me pilla por sorpresa—. Nunca hemos hablado de esto, pero una vez lo dejaste caer.

Boqueo como un pez fuera del agua y me sonrojo. De hecho, estoy segura de que ahora parezco un tomate en toda regla.

—Bu-bueno, eso creo —tartamudeo, nerviosa.

—¿Y cómo te diste cuenta? —continúa ella.

—En mi facultad había una chica muy mona que me hacía ojitos. Y con ella me sentí como con Fritz al principio, no sabría explicártelo.

—¿Y tienes algo con ella? —continúa mi amiga.

—Tuve. Muy corto. No quería meterme en otra cosa después de lo de Fritz —digo, y casi me atraganto con mis propias palabras.

Me avergüenza que Jo me haga estas preguntas aunque tampoco sé bien por qué. Me imagino que es porque todavía no he tenido la valentía de sentarme conmigo misma a pensar en qué significó lo de esa chica —que no duró más de una semana y todo fue demasiado secreto—. Ni yo misma sé si lo que sentí por ella es algo que vuelva a sentir por otras chicas o no. Al igual que tampoco

sé si lo que sentí por Fritz en su momento —muy al principio— puede ser algo que sienta por otros chicos o no.

Es un tema muy confuso al que no quiero dedicarle tiempo porque no me siento preparada.

—¿Recuerdas que cambié de carrera? —pregunto entonces, cambiando el tema de forma radical. Lo hago sin pensar y soltarlo hace que me sienta más relajada—. Que ya no quería seguir en Económicas.

—Claro que lo recuerdo. No hace nada que me diste la noticia.

—Vale. Pues no sé si fue la decisión correcta —suelto.

Inspiro hondo al dejar salir las palabras. Quería cambiar de tema, sí, pero también quería recibir un apoyo de Joleen que no sé si podrá darme.

—¿Y eso por qué? —pregunta ella, sorprendida.

—He pensado que ahora mismo debería dejar de estudiar durante un tiempo y concentrarme en buscar un trabajo a tiempo completo.

—¿Para ayudar a tus padres? —continúa preguntando, y se me atasca el aire en los pulmones al escucharla—. ¿Lo has hablado con ellos? No sé si estarían de acuerdo con esa decisión.

Se me eleva una comisura de los labios en una sonrisa que creo que ella interpreta como otra que no es. Es de ironía. Si Jo hubiese estado en mi casa para conocer a mis padres, le habrían saltado todas las alarmas al momento de verlos. O de ver a su alrededor.

Carraspeo para regresar a la realidad.

—No lo he hablado con ellos. Es mi decisión, no la suya.

Joleen asiente. Parece pensativa. Como si quisiera decir un montón de cosas más o, como me imagino, como si intentase encontrar una razón plausible por la que ponerse de mi lado.

Cierro los ojos y sonrío para quitarle hierro a todo el asunto antes de recostarme sobre el colchón.

—Solo era un pensamiento. No creo que lo haga.

Al escucharme, mi amiga queda contenta y sigue hablando de otra cosa antes de que Amelie regrese al dormitorio, lista para acurrucarse en mis brazos, dispuesta a dormir.

No sé qué estaba buscando o esperando al decirle a Joleen lo de dejar la carrera. Está claro que ella, a pesar de venir de una familia también desestructurada, tiene metas completamente diferentes a las mías.

Para mí, seguir mis sueños es un lujo que creo que no debería permitirme.

Capítulo 5

Suena el timbre de la puerta y, de repente, todos nos miramos los unos a los otros. No conocemos a nadie aquí y, por lo que yo puedo contar, estamos todos.

—¡Se me había olvidado! —exclama Jo, que es la única que no parece haberse sorprendido—. Le dije a René que podía venir. Benno, no me mates.

Se gira a su amigo y junta ambas manos en actitud suplicante. Benno frunce el ceño como si acabase de ponerse de mal humor, pero le asegura que no hay problema. Entonces mi amiga se lanza hacia la puerta a abrirle a su hermano.

Gael se va al salón con su hermano, Bruno y Chris para seguir jugando a la consola y Amelie los acompaña, para mi sorpresa. Y yo me pregunto si Benno será igual de malhumorado siempre, si siempre tendrá tan mala uva y si todo le molesta en esta vida. O si es por el hecho de tener a tanta gente a su alrededor. Porque la sensación de que no le gusta la gente también la tengo, como ya ha comentado Joleen en otras ocasiones.

Escucho a mi amiga darle la bienvenida a su hermano e intercambiar un par de frases con él. Aprovecho el momento para acercarme a Benno, que está pelando y partiendo fruta como si le fuese la vida en ello.

—¿Para quién es todo eso? —pregunto, alargando la mano para coger un trozo de manzana y llevármelo a la boca.

—Para todos —contesta, seco.

Arqueo una ceja y lo dejo continuar con su tarea. Una vez ha terminado de cortar la fruta, comienza a meterla en *tuppers* de plástico.

—¿Eres siempre así de malhumorado o somos nosotros los que sacamos lo peor de ti? —pregunto entonces.

Benno no me mira. Al contrario, parece que no quiere reparar en mí y supongo que es por haber sido tan cortante el otro día con él.

Intento sonreír mientras estoy junto a él para infundirle la confianza que no fui capaz de mostrarle la última vez.

—No soy un malhumorado, joder. Que lo pensáis todos y no sé por qué.

—A lo mejor porque siempre tienes la cara encogida como un viejo rancio —continúo, y me descubro sonriendo al picarlo.

—No te pases —me advierte.

Ensancho la sonrisa, pero a él no se le contagia nada. Me acerco un centímetro más en su dirección y él creo que se empeña en no mirarme a propósito porque, cuando termina de guardar la comida, recoge las cáscaras esparcidas por la encimera y las tira a la basura antes de ponerse a lavar lo que acaba de utilizar.

Abro la boca para continuar con la conversación, y Jo entra en la cocina seguida de René.

—Y esta es la cocina —anuncia mi amiga—. Delilah, ¿te acuerdas de mi hermano?

Asiento porque, aunque solo lo he visto una vez, es inconfundible. De entre sus hermanos, René y ella son los que más se parecen entre sí. Me acerco para saludarlo.

—No sabíamos que vendrías —digo, apartándome de él después de darle un beso en la mejilla—. Espero que no te moleste que seamos tantos.

—¡Para nada! Estoy acostumbrado a estar rodeado de gente —dice, sonriente.

Vaya un contraste entre el uno y el otro. René, sonrisa abierta y carácter afable. Benno, ceño fruncido y descontento con algo que a saber qué será.

—Ven, te sigo enseñando la casa —anuncia Joleen, agarrando a su hermano del brazo para arrastrarlo fuera de la cocina.

Y, cuando se lo lleva, aprovecho para regresar mi atención a Benno. Ahora está secando lo que ha lavado para volver a colocarlo en su lugar.

—Lo siento, Benno —digo, y ahora sí, por primera vez, gira los ojos durante un segundo en mi dirección—. Siento haber sido tan borde el otro día. Me pillaste en un momento un poco malo.

—Ya, no hace falta que lo jures.

—¡No seas así! Te estoy pidiendo disculpas.

—Aceptadas.

Inspiro y aguanto la respiración durante un instante. Espero a que salga algo más de su boca, pero eso no pasa. Al final, suelto el aire de forma lenta.

—Me siento fatal por haberte hablado así —continúo.

—No pasa nada. En lo de que no somos amigos tenías razón, así que no volveré a preguntarte nada más.

—No seas así.

—¿Así, cómo, Delilah? —inquiere, y se gira hacia mí—. No hay nada de malo en dejar las cosas claras. Tienes razón, tú y yo no somos amigos: lo somos de Joleen. Ella es la que nos une y punto. No pasa nada.

—Pero mi reacción fue muy brusca.

—Y estabas en tu derecho —continúa él—. A mí también me fastidia que cualquiera me pregunte cómo estoy cuando sé que en realidad no le interesa.

Benno da la conversación por zanjada porque, antes de poder decir nada más, sale de la cocina dejándome aquí sola. Me desinflo al darme cuenta de que esto no ha salido como yo esperaba. Tampoco estoy segura de haber tenido una imagen clara de cómo quería que saliese. ¿Qué esperaba? ¿Que él aceptase mis disculpas y nos convirtiésemos en los mejores amigos del mundo? Está claro que no, pero ¿por qué me siento decepcionada por que la conversación haya terminado como lo ha hecho?

Abro uno de los *tupper* y lo cojo para seguir comiéndome lo que hay dentro mientras rumio para mí misma qué es lo que acaba de pasar y qué es lo que, por lo visto, yo esperaba.

Hasta que llego a la conclusión de que el problema no es otro que el darme cuenta de que es la primera vez que alguien reacciona así conmigo. Es la primera vez que alguien no reacciona de buen humor y con buen agrado a mis palabras de disculpa.

Incluso aunque no haya tenido que disculparme muchas veces a lo largo de mi vida, no estoy acostumbrada a que alguien reaccione así. Por norma general, cuando me disculpo con alguien, la otra persona reacciona de forma muy positiva y me hace creer que

volvemos a ser buenos amigos. Dentro del significado tan falso que ha tenido esa palabra en mi vida.

Ahora me doy cuenta de que las reacciones que había recibido hasta ahora tampoco se corresponden con la realidad. Al menos, no con la de verdad, sino solo con la de la burbuja en la que Fritz me había tenido metida tanto tiempo.

En algún momento, Benno regresa a la cocina, me echa la bronca por haberme terminado toda la fruta del *tupper* que tengo en la mano y lo rellena con más antes de meterlo en la nevera portátil.

—¡Vamos a la playa! —exclama Joleen para captar la atención de todos los demás, y luego se gira a su hermano—. No has visto una tan alucinante como esta, te va a encantar.

Mientras René asiente, gira el rostro hacia mí, sonriente. Y sigo dándole vueltas a cómo dos personas pueden ser en apariencia tan diferentes. ¿Lo serán así también por dentro? Tengo curiosidad, aunque sé que es algo con lo que intento distraer mi mente de las cosas en las que debería estar pensando de verdad y no me atrevo a afrontar.

Capítulo 6

—Buenas noches —dice Jo, girándose para darme la espalda.

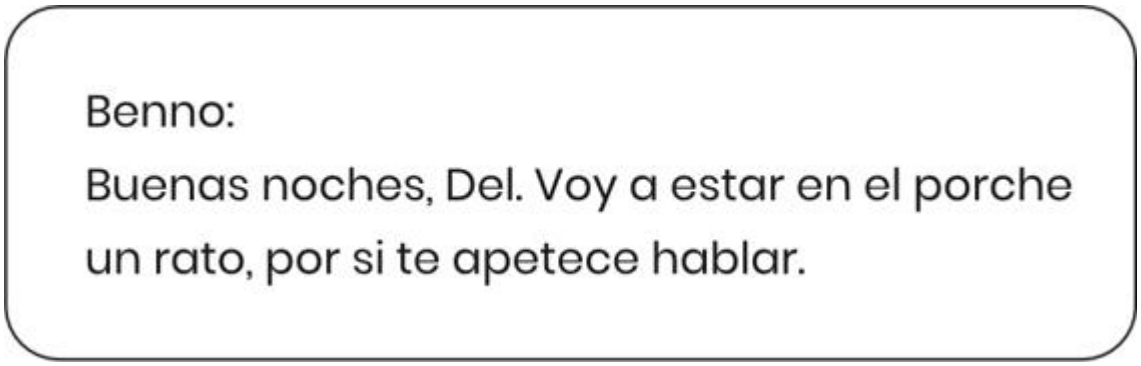
—Buenas noches.

Yo me quedo tirada sobre la espalda en la mitad de cama que me toca. Ella y yo compartimos el dormitorio principal, por lo que tenemos que compartir también una cama de matrimonio. Me cuesta conciliar el sueño porque, por primera vez, he conseguido que Amelie se quede en la habitación de al lado con sus hermanos.

En casa tampoco dormimos separados y supongo que ese es el motivo por el que le ha costado tanto acostumbrarse a estar aquí, sin mí. Así que me quedo tirada sobre el colchón, aguzando el oído por si se cuela algún sonido que despierte mis alarmas al otro lado de la pared.

Está claro que todos los niños están agotados de tanta playa, sol y calor y que han caído rendidos en cuanto sus cuerpos han tocado sus respectivas camas y colchones.

Me vibra el móvil sobre la mesita de noche y, ante mi incapacidad para dormir ahora mismo, lo cojo y leo el mensaje que me ha llegado. No estoy segura de la razón, pero el corazón me da un vuelco al ver de quién se trata. Es una reacción antinatural en mí, así que leo el mensaje varias veces para estar segura de que no me lo estoy imaginando.



Muevo el rostro hacia Joleen y escucho su respiración acompasada antes de tomar una decisión. Me da la sensación de estar haciendo algo prohibido y, al darme cuenta, me siento estúpida.

Me pongo en pie despacio, intentando hacer el menor ruido posible. Pero, cuando choco contra la esquina de la mesita de noche, dejando escapar un gemido de dolor entre dientes, llego a la conclusión de que mi amiga tiene un sueño a prueba de bombas, porque ni se inmuta.

Salgo del dormitorio masajeándome el muslo por el dolor y así mismo llego hasta el porche. Al atravesar la cocina, me llegan, a través del umbral, los ronquidos de Gael y René, sorprendiéndome de que ya estén durmiendo cuando, en realidad, todavía no es tan tarde.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Benno en cuanto atravieso la puerta del porche y me ve.

Intento esbozar una sonrisa y dejo de masajearme el muslo.

—Me acabo de clavar la esquina de la mesita de noche —confieso—. Mañana tendré un morado gigante.

La comisura derecha de su boca se alza y me sorprendo al ver un atisbo de sonrisa en él. Estoy segura de que hace bastante que no la veo y, de forma natural, la mía también se ensancha.

—Doy por hecho que querías contarme algo si me has escrito el mensaje —continúo, antes de que esta conversación muera o sea más incómodo volver a hablar una vez ha caído el silencio.

Benno se encoge de hombros y baja la mirada a algo que tiene entre los dedos y de lo que me doy cuenta ahora. Es un mechero, con el que juega de un lado a otro, sin encenderlo.

—Pensaba que a lo mejor tú querías hablar —dice, sin mirarme a la cara.

—No me trates de tonta. Me dejaste muy claro esta mañana que tú y yo no somos amigos como para estar hablando de nuestras cosas.

Lo digo muy segura, pero en realidad no me siento así, curiosamente. Me resulta muy extraño sentirme nerviosa frente a

alguien que ni me va ni me viene, y algunas preguntas se materializan en mi mente. Pero me niego a hacerles caso.

Benno suspira y se pasa una mano por el rostro.

—Ya, lo siento —dice, para mi sorpresa—. Tiendo a reaccionar de forma muy brusca cuando estoy de mal humor.

—¡Ajá! —exclamo, y lo señalo con el dedo índice. La sonrisa se me ensancha—. ¡Así que estabas de mala uva!

Benno estira también la sonrisa y me invade un cosquilleo por todo el cuerpo al pensar en lo guapo que está al sonreír.

—Me has descubierto, está bien —continúa él, y alza las manos en actitud de derrota. Entonces se gira para apoyar la espalda en la barandilla del porche. Sigue jugando con el mechero—. Pero es que, joder…, tanta gente…

—Te agobia que seamos tantos, ¿verdad? Al final Jo va a tener razón.

—¿Con lo de que soy un antisocial? —pregunta, sorprendiéndome, porque no era eso lo que quería decir—. No lo soy. Me gusta la gente, aunque vosotros penséis que no. Lo que me agobia es no tener ni un rato para mí solo. Por eso he salido aquí.

—Sales aquí y me escribes por si quiero bajar…

Benno se encoge de hombros y, si no fuera porque está oscuro y estoy segura de que me lo he imaginado, creo que se ha sonrojado un poco.

—Jo me ha contado que eres hijo único —digo, y me acerco un poco a él—. ¿Lo eres?

—En teoría sí. —No me mira cuando contesta—. Tengo un hermano pequeño por parte de padre, pero todavía no lo conozco.

Entrecierro los ojos y espero a que él me cuente más, pero como no lo hace, yo tampoco sigo preguntando. Aunque tengo que reconocerme —por muy poco que me guste— que me causa curiosidad. Nunca he sabido lo que es tener tiempo y espacio para uno mismo, pasar tiempo a solas o, mejor dicho, toda una vida. Cuando Bruno vino al mundo, yo no había cumplido los ocho años todavía y por aquel entonces comenzaba a darme cuenta de cosas que no debería haber vivido a esa edad.

Clavo la mirada en dirección al mar, en algún lugar del horizonte, aunque ahora mismo no pueda ver nada de nada.

—Antes, cuando tenía suficiente de Jo y Gael y su gilipollez innata, me iba a casa y recargaba pilas. Aquí no puedo.

—Puedes salir a dar una vuelta —digo, devolviendo la mirada a su rostro—. O ir a comprar o al pueblo.

—Ya, claro. Pero la casa en teoría es mía —dice, y vuelve a sonreír de medio lado.

—Ahí tienes razón.

—¿Qué haces tú cuando quieres estar sola?

—Nada —digo, sin pensar bien en la pregunta—. Quiero decir, que nunca estoy sola.

—¿Y no te agobias a veces?

Aprieto los labios uno contra el otro mientras pienso en su pregunta. Si tengo que responder de forma sincera, es un claro «sí». Claro que a veces me agobio y quiero salir de mi casa, de mi familia y de mi realidad, pero el temor a dejar a mis hermanos solos con nuestros padres más tiempo del estrictamente necesario pesa muchísimo más.

—No, para nada —miento.

Aparto la mirada de él cuando sus ojos se encuentran con los míos. Lo hago rápido porque no quiero que descubra la mentira en ellos. Por alguna razón, creo que Benno no me va a preguntar nada al respecto en caso de darse cuenta, aun así, no quiero arriesgarme.

—¿Por qué juegas con ese mechero todo el rato? —pregunto, bajando la mirada hacia sus manos.

—Porque antes fumaba y esa era otra de las formas que tenía de alejarme de la gente cuando me tocaba los huevos —confiesa.

Frunzo el ceño al escucharlo y él se da cuenta de que algo me ha molestado porque la sonrisa le flaquea.

—¿Y por qué lo dejaste? —continúo la conversación, mordiéndome la lengua: no quiero hacer preguntas privadas que luego él crea tener el derecho de devolver.

—Se lo prometí a mi madre.

Siento un pinchazo en el pecho porque me parece un gesto muy bonito por su parte. Y creo que hasta se me nota que me

enternezco, creo que vuelve a sonrojarse. Me encantaría que hubiese un poco más de luz para ver si es solo una imaginación mía una y otra vez o no.

—Oye, ¿y vas a dejar de decir tantos tacos en algún momento? —pregunto entonces, cambiando el tema por algo menos personal.

—¿Tanto te molestan?

—Te recuerdo que estamos rodeados de niños —matizo—. Y paso de tener que regresar a casa escuchando el repertorio de insultos que vas a enseñarles como sigas así.

Benno suelta una carcajada que me hace dar un salto en el sitio. Ni me la esperaba ni lo he escuchado nunca reír de forma abierta. Algo se me derrite por dentro y aprieto los muslos de forma instintiva.

¿Qué está pasando aquí?

—No es para tanto, joder. Si no lo aprenden aquí, lo harán en el colegio.

Vuelvo a mirarlo con mis ojos inyectados en un odio pasajero porque no me gusta nada la gente que hace estas afirmaciones. Bastantes cosas escuchan en casa que no deberían escuchar para la edad que tienen como para potenciarlas estando lejos de mis padres.

—No tiene gracia —mascullo entre dientes—. Son pequeños y repiten todo lo que escuchan.

—Venga, va. —Benno se separa de la barandilla y se gira hacia mí, haciendo que la temperatura suba de repente unos cuantos grados centígrados. Por favor, y otra vez: ¿qué está pasando aquí?—. No voy a discutir por eso. La realidad es que cuando regresemos a casa, yo seguiré siendo hijo único y podré decir lo que me salga del…

—Ya, pero el hábito puedes quitártelo igualmente —lo interrumpo para que no termine la frase.

Benno sonríe sin apartar los ojos de los míos. Me siento muy nerviosa ahora mismo.

—¿Apuestas algo? —pregunta en voz baja.

—Yo no apuesto —digo, y la voz me sale demasiado insegura.

Carraspeo para recuperar la compostura e intento sacar pecho para mostrar mi falsa seguridad. Es que no tengo ni idea de lo que me está pasando aquí con él, sin duda me está dejando fuera de combate y está generando demasiadas preguntas a las que no quiero enfrentarme en mi interior.

—Si ganas, si consigues quitarme el hábito en el tiempo que estemos aquí, te prometo hacer algo muy vergonzoso en el campus de la universidad —dice Benno, aparentemente muy seguro de que ganará—. A hora punta, delante de un montón de gente.

Trago con dificultad porque no quiero aceptar la apuesta, pero se me torna interesante el tener algo que me una a él de alguna forma.

—¿Y si ganas tú? —pregunto con un hilo de voz.

—Me cocinas lo que quiera durante un mes.

Frunzo el ceño y, al escucharlo, me dan ganas de reírme.

—¿Cómo sabes que sé cocinar?

—Jo habla muy bien de tus habilidades culinarias —comenta Benno—. Vamos, ¿aceptas?

Me muerdo el labio inferior con fuerza. Una parte de mí no quiere hacerlo porque odia las apuestas, por muy inocentes que sean a veces. Las apuestas pueden llegar a crear una necesidad, convirtiéndose en algo indispensable en la vida de una persona y, sobre todo, a tener un riesgo muy grande cuando pasan a apostarse otro tipo de cosas.

Por otro lado, tengo interés en cómo podría salir algo así. Qué significaría para dos personas que en realidad no tienen una amistad, y que de alguna forma parece que sí que quieren tenerla. Al menos, eso es lo que percibo en mi caso. Entiendo por qué Benno me rechaza una y otra vez, pero no puedo dejarlo pasar. Como si algo en él tirase de mí en su dirección.

—De acuerdo —digo al fin, y estiro la mano hacia él.

Benno la aprieta con fuerza y, al sentir su piel contra la mía, a pesar de que la palma de su mano es algo áspera, se me eriza todo el vello de los brazos. Trago para humedecerme la garganta y asiento una vez.

—Espero que sepas que no vas a ganar —digo, intentando mostrarme de nuevo muy segura.

—Eso ya lo veremos.

—Buenas noches, Benno —digo entonces, dándome la vuelta para regresar al interior de la casa.

Una vez me alejo de él sin esperar a que diga nada más, me percato del frío que hace a mi alrededor. Por algún motivo que se me escapa —o al que prefiero no enfrentarme—, en el porche con él no he sido capaz de notarlo. Ahí, sin embargo, he estado presente para otras cosas que me han dejado tan noqueada que ahora siento la imperiosa necesidad de irme a dormir antes de comenzar a hacerme preguntas que no quiero contestar.

O para las que no quiero encontrar una respuesta, mejor dicho.

Capítulo 7

Amelie suelta mi mano para seguir a sus hermanos al parque de turno. Llevamos toda la tarde dando vueltas por el pueblo y los niños han saltado de un parque a otro con entusiasmo y emoción. Al principio, ni Hugo ni Chris han mostrado gran interés —Chris, porque, conociéndolo, quería aparentar que no le emocionaba para nada esta salida—, pero, al final, han tenido que unirse también a los juegos. Incluso Amelie ha optado por reconocer que tenía ganas de unirse a ellos en vez de estar pegada a mí.

Dejo que se marche mientras los contemplo en la distancia. En casa esto es algo que no pueden hacer casi nunca. Bruno, que es demasiado más maduro de lo que debería a su edad, está disfrutando como si hubiese retrocedido cinco años en el tiempo.

Se me escapa una sonrisa.

—¿Quién quería la margarita? —pregunta Joleen, obligándome a salir de mi burbuja.

Me giro hacia ellos. Jo y Gael llevan los trozos de *pizza* gigantes que han ido a pedir entre las manos. Ella me tiende el mío porque ya han repartido los demás y dan por hecho que ese es el que me pertenece.

—Dejamos jugar a los niños un rato y luego tienen que venir a comer también —zanja mi amiga, como si fuera la encargada de todos ellos.

Le doy la razón mientras me llevo la *pizza* a la boca y la engullo de forma rápida. Cuando he terminado de comérmela, los demás no han avanzado apenas. Me avergüenzo de haber sido tan rápida, en casa estoy acostumbrada a comer a toda pastilla.

Benno me lanza una mirada de curiosidad. Me doy cuenta de ello porque también he estado mirándolo, pero me doy la vuelta para tirar el cartón a la basura, obligándonos a cortar el contacto visual. Entonces me dirijo hacia donde juegan los niños.

—¡Eh, chicos! —exclamo para llamar su atención—. ¡A comer! Luego podéis seguir jugando.

Amelie corre en mi dirección y se aferra a mi mano con fuerza. Me la llevo hasta donde Gael ha dejado los trozos de los niños, sobre el banco en el que él y Jo se han sentado. Le tiendo a Amelie el suyo y ella empieza a comer con bocados diminutos. Saco el móvil del bolsillo y miro la hora.

—Creo que después de que hayan comido, me voy a casa con ellos —anuncio, haciendo que todos giren la mirada hacia mí—. Hasta llegar a casa van a ser casi las diez.

—Yo creo que todos están llenos de energía todavía —comenta Gael, como si no pillase nada sobre niños.

—Ya, ahora. Ya verás cómo se ponen en dos horas por estar sobreestimulados.

—Pensaba que la que estudiaba para tratar con críos era Jo —comenta René con una sonrisa.

Benno frunce el ceño y le lanza una mirada al último en hablar. No entiendo bien el gesto, pero no le doy mucha importancia. Intento sonreír y quitarle hierro al asunto.

—Es cierto, pero yo tengo más experiencia práctica —digo, girándome hacia mi amiga, que también sonríe—. No me lo tomes a mal.

—Es la verdad —confirma ella.

Amelie me tiende el resto de su *pizza* que no quiere comerse y se la doy a Bruno cuando él ha terminado con el trozo que le corresponde. Una vez todos los niños han terminado de comer, miro otra vez la hora en el reloj.

—Vámonos a casa —digo, y Bruno asiente de inmediato—. Se está haciendo tarde.

—¡Todavía es muy pronto! —exclama Chris, visiblemente molesto.

Frunzo el ceño al mirarlo. Durante varios segundos nos contemplamos como lo hacemos siempre en este tipo de situaciones. Pero aquí me pienso muy bien si empezar una discusión con él o no.

Chris es, de los tres, el que más fácil consigue sacar mi faceta más oscura. También es el que más suele jugar con los límites y

sabe muy bien cómo y cuándo provocarme para conseguir que me ponga a la defensiva.

—Es muy pronto, y mañana quieres volver a ir a la playa sin quejarte de que estás cansado, ¿verdad que sí? —pregunto entre dientes.

Sé que no es mi reacción normal. Estoy segura de que todos se han dado cuenta de que he hablado de forma diferente a como lo hago siempre. Pero ahora mismo me da igual. Lo único que quiero es que él entienda que nos vamos, que no tiene que tomar ninguna decisión porque ya lo he hecho yo y que no voy a tolerar que discuta conmigo ahora.

—Nos vamos a casa, Chris. —Bruno se pone de mi lado y, al escuchar a su hermano, se calma de inmediato.

Aparta la mirada de la mía, masculla algo en voz baja que hace que Benno deje de mirar al chaval para mirarme a mí con los ojos abiertos y, luego, asiente.

Inspiro hondo, intentando recuperar la aparente calma que siempre me acompaña.

—Me los llevo a casa y aprovecho para irme a dormir yo también. Estoy agotada —digo, regresando la vista a los demás—. Hugo, ¿quieres venir con nosotros?

El chico afirma con la cabeza, se acerca a Gael para darle un abrazo por la cintura y luego se nos une. Entonces René se acerca a mí, cosa que me sorprende.

—Creo que yo también me voy con vosotros. Estoy cansado de tanto sol.

—Claro, como hace tiempo que no sales de tu cueva para que te dé el aire, ahora es como si corrieras una maratón —suelta Jo, riéndose a carcajada limpia.

Se me escapa una sonrisa. Hasta donde sé —porque ella me lo ha contado—, René se pasa los días encerrado en su dormitorio estudiando sin parar. Incluso sus compromisos sociales se reducen a eso: quedar para estudiar.

Los ojos se me escapan hacia Benno sin que pueda evitarlo y, cuando los míos y los suyos se topan, él aparta la mirada con el ceño fruncido. Tiene las manos metidas en los bolsillos de sus

vaqueros de talla extragigante. Me da la sensación de que, si no tiene cuidado, se quedará en calzoncillos delante de todos.

Intento no tomarle en cuenta que me haya apartado la mirada de forma tan brusca, pero me pregunto a qué se debe. Aunque la verdad es que no debería preguntármelo porque no debería querer saber la respuesta. Al menos, no para continuar con mi vida como hasta ahora.

—Buenas noches, chicos —me despido, poniendo rumbo hacia la parada del autobús.

Los demás se despiden de nosotros. Una vez estamos sentados en la parte trasera del bus, Chris, el que no quería marcharse a casa, da cabezadas en su asiento y Bruno lo pincha con el codo una y otra vez para que no termine dormido.

Amelie se ha recostado sobre mi regazo y dejo de acariciarle la cabeza cuando creo que ella también está durmiéndose. Pero, entonces, me sorprende incorporándose y mirándome de forma directa.

—¿Has hablado con papá y mamá? —pregunta.

Sé que no lo hace con mala intención. Sé que ella es la única que todavía tiene esperanzas de que nos convirtamos en una de esas familias normales. Me tenso en el asiento al escucharla. Primero, trago con dificultad y pienso muy bien lo que voy a contestar. Segundo, recuerdo que, diga lo que diga, tengo a René sentado al lado, por muy poco interés que disimula en nosotros. Tercero, pillo la mirada de alerta de Bruno, que, con toda seguridad, ha reaccionado de la misma forma en la que lo he hecho yo.

—Sí, cariño —digo, y, antes de que ella pueda decir nada más, continúo—. Saben que estamos aquí y nos echan de menos.

En mi interior me estoy dando cabezazos contra una pared imaginaria. Porque no quiero despertar en ella una esperanza mayor de la que ya tiene, sabiendo que jamás se cumplirán sus expectativas de tener una familia «normal».

Cuando miro a Bruno, él aparta la mirada, dolido, y sé que piensa lo mismo que yo. Ambos nos parecemos tanto que estoy segura de escuchar lo que piensa ahora mismo.

Por suerte, Amelie no hace más preguntas y se queda sentada en su sitio hasta que llegamos a nuestra parada.

En cuanto estamos en casa, subo con los chicos hasta el piso superior y los mando uno a uno al cuarto de baño a ponerse el pijama y lavarse bien los dientes. Hago el mismo proceso con Amelie. Los acuesto en sus respectivos lugares, los arropo y les doy un beso de buenas noches. Al final, me acerco a Hugo y, antes de arroparlo como he hecho con mis hermanos, le pregunto:

—Te puedo tratar como a uno de los míos, ¿quieres?

Le sonrío al hacerle la pregunta.

—Por favor —pide, y esboza una sonrisa algo más tímida.

Lo arropo y le doy un beso en la frente. Les leo dos cuentos de los pocos que hemos podido traer de casa —y que tenemos— y, antes incluso de terminar con el segundo, ya se han quedado dormidos.

Sé que Bruno ya no está en la edad de escuchar cuentos. Sé que Hugo no conocerá esto de casa —o me lo imagino—, pero es mi forma personal de hacerles ver y saber que todavía pueden seguir siendo niños y que se lo merecen.

Es mi forma de decirles que quiero protegerlos de todo lo que nos rodea.

Abandono el dormitorio, bajo al primer piso y salgo al porche. Me dejo caer sobre el banco que hay pegado a la pared e inspiro profundamente con los ojos cerrados.

—¿Ya están durmiendo? —Escucho que pregunta René.

Quería quedarme un rato aquí sola, pero me echo a un lado sobre el banco para dejarle espacio. Se deja caer a mi lado.

—Ellos creen que no, pero están cansadísimos todo el día. La playa, el sol… Todo eso cansa.

—Y la ronda de ejercicios en el parque —agrega él, haciéndome sonreír—. ¿Te encuentras bien?

Lo miro con la curiosidad pintada en el rostro. Es increíble lo mucho que se parece a Joleen.

—Claro, ¿por qué no debería?

Él se encoge de hombros.

—Me ha dado la sensación de que te molestaba que tu hermana preguntase por vuestros padres.

Vaya con el chaval. Se ha dado cuenta. No me lo esperaba.

Intento sonreír, aunque creo que me queda más bien una mueca algo tirante en vez de una sonrisa tranquilizadora.

—No ha sido nada. No esperaba que me lo preguntase así tan de repente.

—Pero con tus padres, ¿todo bien? —insiste.

—Todo estupendo —miento, y las palabras me queman en la boca.

René asiente una vez con la cabeza, como captando la información. O a lo mejor se ha dado cuenta de que no es un tema del que quiera hablar. No lo sé y tampoco me interesa. Lo único que quiero ahora mismo es que deje de hablar de ellos.

—¿Y con los tuyos? —pregunto en una maniobra desesperada de cambiar de tema y sé al momento que ha sido una decisión mal tomada.

—Como siempre —contesta él, apartando la mirada de mí al fin —. Supongo que estás al tanto del lío con nuestra madre. Jo ha ido a visitarla ya varias veces y yo todavía no sé cómo sentirme.

Lo suelta como si nada y me pregunto cómo será capaz de hacerlo con tanta naturalidad. Es decir, yo no podría. No ante alguien con quien no tengo plena confianza.

—Lo único que quería dejar claro al preguntarte por tus padres es que, si necesitas hablar, puedes hacerlo conmigo si quieres — dice, volviendo a mirarme. Creo que intenta sonreír o algo así, pero no le sale muy allá.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

René asiente otra vez con la cabeza y, durante un segundo, posa una mano sobre mi rodilla en actitud tranquilizadora. Luego, se pone en pie y regresa al interior.

Cuando vuelvo a quedarme sola, los ojos me arden. Me siento, además, como si todo en mi interior diese vueltas; durante un segundo, me he sentido comprendida. Aunque, sinceramente, todos tenemos movidas en nuestras familias. No todas serán como las mías, pero ¿quién no las tiene?

Me muerdo el labio inferior para intentar retener las lágrimas al máximo. Sé que no voy a ser capaz cuando noto la primera resbalándome por la mejilla.

Estoy sola y está muy oscuro, así que ni siquiera me molesto en frenarlas. Las dejo salir porque, a veces, es lo único que me ayuda a resetearme para seguir hacia adelante.

Capítulo 8

Abro los ojos asustada. He tenido un sueño muy raro, pero lo que de verdad me sorprende es no escuchar nada a mi alrededor.

Ninguna voz, ningún grito. Ningún ruido.

Nada.

Salgo de la cama y me meto en el cuarto de baño para cepillarme los dientes. Cuando bajo al piso inferior, mi sorpresa es todavía mayor porque resulta que estoy completamente sola. Regreso al piso superior a por mi móvil y llamo a mi amiga.

—¿Dónde estáis? —pregunto sin saludar en cuando ella coge la llamada.

—Tranquila, Del. Estamos todos en la playa, donde siempre. No es que hagamos muchos planes diferentes. —Jo ríe—. No te has despertado con nada esta mañana y he pedido que te dejemos dormir.

—¿A qué hora llegasteis ayer? —pregunto de nuevo.

Parece que mi amiga piensa al otro lado.

—No lo sé. Creo que a eso de medianoche.

—¿Y ya estáis fuera otra vez? Son las nueve de la mañana.

—Te digo que me sorprende que no te hayas despertado con la guerra que dan estos niños desde tan temprano.

—Me visto y voy.

—No, tranquila, Del —me corta Jo—. Desayuna en paz, disfruta un poco del silencio. Y cuando estés lista, vienes. Pero los críos están bien aquí. Gael está buscando conchas con ellos.

—¿Estás segura?

—¡Segurísima!

Escucho varias voces detrás de ella y, al final, me veo obligada a aceptar el ofrecimiento. Sin embargo, le prometo estar lo antes posible con ellos.

Al colgar la llamada, me quedo mirando un buen rato el móvil. Y, después de pensarlo y volver a pensarlo, me pongo en marcha. Saco una sartén del armario inferior y me preparo unos huevos revueltos.

Meto pan en la tostadora y corto un poco de fruta. Al hacerlo, no puedo evitar pensar en Benno.

Me giro hacia la cafetera para ponerla en marcha cuando se abre la puerta del porche, pegándome un susto de mil demonios.

—¡Joder, Benno! —grito al verlo.

—Tengo que mear —dice, y no es la primera vez que lo hace en estas vacaciones.

—¿No puedes hacerlo en los baños públicos de la playa? —pregunto, dándome cuenta de que está chorreando agua—. ¡Y no entres si estás mojado!

Me ignora por completo y atraviesa la cocina hasta el pasillo para ir directo al cuarto de baño. El corazón se me ha subido a la garganta del susto. Intento concentrarme para hacer café y, cuando termino, me llevo la taza a los labios mientras sujeto una segunda en la mano libre.

Lo he hecho sin pensar y ahora estoy aquí de pie con dos tazas de café como si estuviese esperando a alguien.

Mi cuerpo lo ha hecho de forma automática, reaccionando de la única forma que por lo visto ha sido capaz al saber que Benno había entrado en la casa. Es increíble.

Lo escucho bajar las escaleras e intento concentrarme en otra cosa, como en terminar de hacer los huevos y ponerlos sobre las tostadas con mantequilla.

—Te he hecho también una taza de café. Ha sido sin querer —anuncio, y me sonrojo al soltar las palabras.

—Gracias. Qué detalle.

Creo que sus palabras han sonado algo irónicas o, al menos, a mí me lo parece. Cojo el plato que he terminado de preparar y me siento a la mesa. Para mi sorpresa, Benno también lo hace, frente a mí. Se lleva la taza a los labios sin quitarme los ojos de encima.

—No sabía que eras capaz de decir palabrotas también —comenta para romper el hielo.

Pongo los ojos en blanco. Pensaba que no se había dado cuenta.

—Me has asustado.

Benno sonríe de medio lado, divertido, y deja la taza sobre la mesa. Aparta la mirada de mí durante un momento.

—¿Cómo estás, Del? —pregunta entonces.

El tenedor se queda suspendido en el aire durante un único segundo. A medio camino entre el plato y mi boca. Pero intento recuperarme de la impresión lo antes posible y me llevo el bocado para masticarlo con tranquilidad, concediéndome el mayor tiempo posible antes de contestarle.

—Parece que todos os habéis empeñado en preguntarme cada dos por tres cómo estoy —me quejo.

—Puede que sea porque, al estar tanto tiempo juntos, nos demos cuenta de que no siempre tienes el buen humor que nos presentas en casa.

Se me queda el aire atascado en los pulmones. Casi creo que me voy a ahogar porque no me llega el oxígeno.

¿Desde cuándo es Benno capaz de notar esas cosas y, sobre todo, de comunicarlas? No lo consideraba tan capaz, siempre me da la sensación de que a él tampoco le gustan este tipo de conversaciones. Y creí que, hablando con él, mis temas privados se quedarían, eso, privados.

—Estoy bien —contesto, rápida, ignorando su última frase. Pero, al mirarlo a los ojos y ver un brillo algo extraño en ellos, rectifico—. Más o menos. Aunque aquí, mucho mejor.

—¿Aquí? —pregunta él, y no sé con qué intención lo hace.

—Sí, aquí. En Sigi. Es un pueblo bonito y me hace olvidar lo que me espera en casa.

Bajo la mirada hacia el plato y pincho con el tenedor un par de bocados más que mastico con parsimonia. Sin embargo, ya no me atrevo a alzar los ojos y toparme con los de Benno.

Sé que se muere por preguntar o, al menos, yo en su situación me moriría por ello. No lo hace. De su boca no sale nada. Aunque me imagino que sigue mirándome porque siento sus ojos taladrarme sin pausa.

—El otro día me preguntaste si no me agobiaba por estar tanto tiempo con mucha gente y te dije que no, ¿te acuerdas? —Benno asiente sin decir nada. Lo sé porque he alzado la mirada de nuevo hacia él—. Era mentira. A veces me agobio por estar todo el tiempo

con mis hermanos, pero no quiero dejarlos solos a menos que sea estrictamente necesario.

—¿Por qué? —inquiere.

La pregunta es tan directa que se me clava en las costillas. Suspiro a conciencia, dejando escapar todo el aire de mis pulmones, y cierro los ojos durante un segundo. Las palmas de las manos comienzan a sudarme y sé a qué se debe.

A la imperiosa necesidad que crece en mi interior de abrirme a él y decirle lo que ocurre. Cuál es el problema. Cuáles son los problemas.

Y encontrar en él, quizás, un apoyo que no me atrevo a encontrar en mi amiga por el miedo a su reacción al contarle la verdad.

—Mis padres no son como los tuyos —comienzo.

—¿Divorciados?

Hago una mueca. Creo que solo ha intentado ser gracioso, pero, sinceramente, preferiría un millón de veces que estuviesen divorciados a que fuesen…

—No, no es eso. Los míos son drogodependientes.

La frase se queda flotando en la cocina. Siento los ojos abrasarme y me muerdo la mejilla interior con muchísima fuerza porque esta vez no estoy dispuesta a llorar. Ya lo hice anoche y fue más que suficiente. No tengo por qué dejarlas salir cada vez que a ellas les venga en gana.

—No lo sabía, lo siento —dice, y creo que lo hace por compromiso. Sigo mordiéndome la mejilla y espero a que continúe hablando; deja pasar tanto tiempo que creo que al final no lo hará, cuando vuelvo a escucharlo—. Qué putada. ¿Tus hermanos lo saben?

Se me escapa un suspiro de puro alivio.

No sé por qué, me siento como si acabase de soltar un lastre muy pesado que llevaba tiempo a cuestas. Supongo que por eso dicen lo de que las penas compartidas son menos penas.

—Claro que lo saben. La situación es insostenible —confieso, y, al hacerlo, giro el rostro hacia otro lado. No quiero mirarlo y descubrir en él un juicio silencioso, ni la compasión que suelo transmitir sin

quererlo al hablar de este tema—. Ellos no conocen otra cosa. No saben lo que es tener una familia normal.

—Y tú, ¿lo sabes?

—Antes sí sabía lo que era. Más o menos.

Inspiro hondo recordando cómo era todo en casa hace mucho tiempo. Antes, cuando yo todavía no tenía ni idea de lo que ocurría de verdad entre nuestras paredes.

—Mi madre se enamoró de mi padre siendo él un exadicto. En teoría, estaba limpio cuando se conocieron. Pero a lo mejor ya te imaginas cómo funciona esto. —Se me quiebra la voz mientras lo cuento y vuelvo a sentir las lágrimas traidoras—. Da igual. La cuestión es que mi madre, al principio, solo quería que él dejase todo. Pero volvió a beber y, al poco tiempo, a las drogas. Yo tenía unos siete años y ella estaba embarazada de Bruno.

Dejo de contar la historia porque no quiero ni puedo seguir. Ya me cuesta demasiado pensar en ello como para tener que ponerlo en palabras.

—Jo nos comentó hace poco que habías cambiado de carrera a una de esas difíciles —comenta Benno.

Vuelvo a mirarlo con miedo de lo que pueda encontrarme en sus ojos. Y resulta que en ellos no hay nada que no hubiese antes. Hay muchas cosas que no logro entender, pero ya estaban ahí. Y me alegro de no ver compasión, ni tristeza ni de sentirme juzgada.

—Sí. Ingeniería Mecatrónica. Aunque creo que lo mejor sería dejar la universidad.

—¿Y eso por qué? —pregunta él de nuevo.

Se me escapa una sonrisa desagradable. De esas que le dedicas a alguien que te cae mal y que está más cerca de ser una mueca fea que un acto de simpatía.

—Porque, si trabajo, puedo intentar sacarnos de casa de mis padres. Ya soy mayor de edad y puedo ocuparme de mis hermanos.

—¿No hay nadie que te ayude?

La pregunta se me clava en el alma.

Lo había, pero ya no lo hay. Estoy sola, aunque los tengo a ellos.

—Nadie —contesto, y se me rompe la voz y algo en mi interior al decirlo y escucharme—. Antes nos ayudaba mi tía, pero ella tampoco

pudo hacerse cargo de una situación que se volvió insoportable.

—Podrías estudiar y trabajar al mismo tiempo. No creo que tengas que dejar tu carrera para…

—¿Sabes, Benno? Hay una cosa interesante en contarle algo tan personal a otra persona y es el darme cuenta de los mundos tan diferentes que nos separan —lo corto, y lo hago de mal humor. Me desaparece la sonrisa y todo lo bueno que haya sentido por él antes —. Ya he intentado estudiar y trabajar al mismo tiempo y no es algo que funcione a largo plazo. Lo que puede pasar es que mi madre descubra el escondite donde guardo ese dinero y, créeme, lo descubre una y otra vez. Lo que necesito es ganar el suficiente dinero para salir de ahí en el menor tiempo posible. Para alejar a mis hermanos de todo el caos.

Benno no dice nada y supongo que es porque no tiene nada que decir. No tiene ni idea de cómo es vivir en un infierno similar día sí y día también.

Se me pone la piel de gallina al pensar en las palizas constantes que recibía antes por parte de mi madre para que le desvelara mis escondites. Hasta que dejó de haber tanto dinero porque preferí dejar de trabajar para no verme en la obligación de esconder más de lo que podía tener. Y ahí entraron los regalos de Fritz en juego.

—No tienes que quedarte aquí, Benno —continúo, poniéndome en pie—. Y tampoco tienes que fingir que te importa algo de lo que te he contado.

—No digas eso.

—Ya lo dijiste tú mismo: no somos amigos. No te preocupes.

—Del, no digas eso —insiste.

No quiero escucharlo. Dejo los platos vacíos en el fregadero y me dirijo a la mesa para coger mi taza de café y terminarla.

—Te estoy agradecida por haberme permitido venir con mis hermanos aquí, pero ya está —sigo—. Sé que a mucha gente le cuesta empatizar conmigo o no saben qué decir. No te sientas obligado, por favor.

—No lo hago —dice, y, con el tono de su voz me obliga a dirigirme a él y mirarlo—. Deja de decir que no me importa lo que te ocurra. Que te haya dicho que no somos amigos no significa que no

lleguemos a serlo. Siento mucho la situación de mierda que tienes en casa. Es una putada, de verdad. Tampoco creo que la solución sea aparcar a un lado todo lo que quieres hacer tú.

—En mi mundo, no siempre hay espacio para llevar a cabo esas cosas que nos hacen felices.

Benno suspira. Nuestros ojos están conectados de una manera que no habían estado antes. Pero él tiene pinta de estar cabreado y yo, ahora, lo que estoy es triste. Por darme cuenta una y otra vez de la parte de la sociedad a la que pertenezco.

—No se lo digas a Joleen, por favor —suplico entonces, y, al hacerlo, se me quiebra del todo la voz.

Me doy la vuelta para no mirarlo más y supongo que él capta el mensaje porque termina marchándose de la cocina y dejándome de nuevo sola. Esta vez no me permito llorar. No lo hago, ya es suficiente. Y porque mis lágrimas nunca solucionan ninguno de mis problemas.

Capítulo 9

Dejo el bolso sobre la mesa de la cocina de muy mal humor. Me pica todo el cuerpo, me arde la piel a más no poder.

Después de la conversación con Benno esta mañana que terminó en discusión, salí disparada de casa tras ponerme el bañador, sin ponerme crema protectora ni antes ni después de abandonar estas paredes.

Mi amiga se gira hacia mí y sonríe. Al verla, frunzo el ceño con más fuerza. Estoy de muy mal humor; primero, porque tardaré semanas en deshacerme de estas quemaduras y, segundo, porque he dejado que Benno me noquee tanto que consiga olvidarme de algo de vital importancia con mi color de piel.

—No tiene gracia —mascullo, y Jo aparta la mirada, sin dejar de sonreír.

—Lo siento, tienes razón: no la tiene —corresponde ella, pegándose al costado de Gael—. Pero es que pareces un tomate.

Hago un mohín, ofuscada. Me arde toda la sangre en las venas. Miro a mi alrededor para ver cuál es el motivo de que ninguno haya dicho nada al respecto y, cuando me topo con los ojos de Benno pasan dos cosas: siento como si mi corazón diese un salto de emoción y él aparta la mirada lo más rápido que puede.

Cosa que me pone de peor humor.

Porque me hace pensar en demasiadas cosas y la pregunta que me ronda la mente desde esta mañana no me deja en paz, agobiándome constantemente.

¿Me está empezando a gustar Benno?

Sacudo la cabeza. No puede ser. Estaba segura de que lo de las chicas era definitivo. Al menos, así lo sentí en su momento.

—Ayer, cuando nos quedamos en la ciudad, vimos un club que estaba abierto cuando estábamos por volver a casa —comenta Gael cuando regreso mi atención a la conversación.

—¿Un club? —pregunta René, sorprendido—. Pensaba que en un pueblo como este no habrías ni clubes ni discotecas. Solo bares.

—Pues hay uno —asegura Gael.

—Aunque el bar donde estuvimos anoche también está muy bien —interviene Benno, que ha abierto una bolsa de patatas fritas y se las lleva a la boca.

—Eso es verdad —añade Jo—. Tenía un nombre raro, pero el sitio estaba muy bien.

—La Medusa —informa Gael y, luego, se gira hacia todos—. La cuestión es que habíamos pensado que estaría bien salir todos juntos una noche, no sé, divertirnos un poco.

—Pensaba que no erais de esos —dice René, casi robándome las palabras.

Para mí está claro que no habrá ninguna salida. Alguien tiene que cuidar de los niños y para mí es más que seguro que esa persona soy yo. Tampoco me importa. Y es por eso que prefiero quedarme al margen de la conversación.

—¿Qué os parece? —pregunta Jo, recogiendo la aceptación de los demás—. ¿Del, y tú?

Muevo la mirada hacia ella. La clavo en sus ojos durante varios segundos, sin entender por qué me pregunta de forma directa. Me siento tonta creyendo que lo que para mí es tan obvio para los demás no lo sea.

—Yo no puedo. Alguien tiene que quedarse aquí con ellos —digo, y bajo la voz al hacerlo.

Los chicos están todos en el salón, intentando encontrar algo que ver y en lo que estén de acuerdo. Me doy cuenta de la cara de decepción de Joleen en el mismo momento en el que noto que alguien tira de mi mano. Me inclino pensando que Amelie reclama mi atención, pero me sorprende ver a Bruno a mi lado.

—Yo puedo ocuparme de todo por una noche —dice, y se me hiela la sangre al darme cuenta de que ha escuchado la conversación—. Puedes confiar en mí.

—Confío en ti —aseguro, y lo hago en voz baja porque no quiero que todos se enteren de nuestra conversación. Escucho que Benno vuelve a hablar, como si quisiera quitar el foco de interés en nosotros y ponerlo en otro sitio. Ahora mismo, se lo agradezco—.

Pero no estaría bien dejaros solos una noche en una casa desconocida.

Me agacho para estar a su misma altura. Intento sonreír de forma tranquilizadora. Utilizo esta sonrisa que siempre me viene de lujo cuando intento hacerle creer que está bien que esté con ellos y que no tengo la necesidad de estar en ningún otro sitio ni de hacer otra cosa. El brillo de sus ojos me revela que, a lo mejor, Bruno ya es demasiado mayor como para picar el anzuelo.

¿Cuándo se ha vuelto tan perceptivo?

—Solo estamos en un lugar diferente, pero las cosas por hacer son las mismas —alega, muy seguro de sus palabras—. Además, aquí no debemos tener miedo. Estaría bien que pudieras salir sin tener que estar pensando en volver a casa lo antes posible.

—Salir no es importante, Bruno…

—Por favor, Del —me interrumpe, y se me para el corazón en el pecho cuando lo hace—. Ve con tus amigos. Y olvídate de ser nuestra madre, no lo eres.

Escucharlo duele y reconforta a partes iguales.

Sé que no lo soy. Sé que no soy la madre en esta familia. Pero a veces —muchas más de las que me gustaría— se siente así. Y otras incluso me gustaría que lo fuera. Porque de esa forma ellos solo conocerían la parte buena de una familia y no la otra, la que ya han tenido la desdicha de vivir.

—¿Estás seguro? —pregunto, todavía en voz baja.

—Muchísimo.

Bruno sonríe y asiente una vez con la cabeza. Adopta ese aire que tanto le gusta cuando yo no estoy en casa y él es quien tiene la última palabra. Parece que hasta lo disfruta.

—De acuerdo. Lo haré —reculo—. Muchas gracias.

Él se acerca a mí, me da un abrazo por la cintura en cuanto me incorporo y regresa con sus hermanos. Cuando vuelvo a la conversación principal, todos están hablando de otra cosa y Benno da un paso en mi dirección. No sonríe y sigue mirándome con esa intensidad que me desestabiliza porque no logro descifrar qué es en realidad.

—¿Vienes, entonces? —pregunta, tan seco como de normal.

—Eso parece.

Lo digo apartando la mirada de él. Sin prestarle más atención de la debida. O, mejor dicho, prestándole mucha menos atención de la que me gustaría.

—Será divertido —añade él, pero no sonríe al hablar.

Ni sonríe ni muestra una pizca de buen humor o emoción. Y, tras soltar lo que tenía que decir, se aleja de mí para irse con los niños al salón.

—¿Salimos hoy? —Escucho que pregunta Gael.

—¡Por mí, estupendo! —exclama Benno desde el salón, y alzando el dedo pulgar.

René y Joleen asienten y, luego, se giran hacia mí. Me sonrojo de inmediato, aunque me imagino que ni se darán cuenta porque ya estoy roja.

—Por mí, también bien —asiento en voz baja.

Mi amiga estira la sonrisa en el rostro al escucharme y luego se acerca a mí y me abraza con fuerza antes de colgarse de mi brazo.

—¿Has traído ropa decente para salir? Porque yo no.

—¿A qué te refieres con ropa decente? —pregunto, y noto cómo el mal humor se disipa.

Jo se encoge de hombros y la sonrisa le flaquea.

—¡Y yo qué sé! Tú eres la que te conoces estas cosas.

Suelto una risita entre dientes y entonces soy yo la que tira de ella para subir al dormitorio. Todavía quedan otras cosas por hacer antes de arreglarnos para salir, pero aprovecho la emoción de mi amiga por algo que no suele hacer con asiduidad y dejo que se me contagie un poco, olvidando así el resto de temas que se amontonan en mi cabeza.

Capítulo 10

El ambiente es de esos que agobian, pero, al contrario de lo que pienso en un primer momento, no se siente mal.

Estar aquí con gente tan diferente a lo que conozco me gusta. Todos entramos juntos y nos acercamos a la barra. El club está a rebosar, cosa que me confirma que, con mucha probabilidad, es el único del pueblo.

—¿Cerveza para todos? —pregunta Benno a voz en grito.

Todos asienten, así que yo también lo hago. Jo se gira hacia mí.

—¿Tú también quieres cerveza? —le pregunto al oído.

—¿Crees que puedo aguantar todo esto sobria?

Suelto una carcajada. Sé que ella no es de las que beben con rapidez, ni demasiado, pero también sé que no es de las que salen de fiesta a una discoteca como muchas otras chicas de su edad, así que la entiendo.

Benno nos tiende poco a poco los vasos de cerveza y, cuando cada uno tiene el suyo, brindamos. Le doy un trago al contenido amargo que me obliga a esbozar una mueca en los labios sin quererlo.

Jo sigue colgada de mi brazo y Gael, a su lado. A mi derecha, tengo a René y, justo frente a mí, a Benno. Evito mirarlo por todos los medios. Creo que hasta ha intentado arreglarse o algo porque se ve muchísimo mejor que de normal. O a lo mejor soy yo, que lo veo con otros ojos.

El cabello castaño le ha crecido un poco desde que estamos aquí y como siempre lo lleva despeinado —y, además, se pasa la mano por él para revolverlo en un tic nervioso, cosa que lo hace verse más despeinado todavía— es fácil darse cuenta de que hoy se ha dignado a peinarse.

Aparto con rapidez la mirada de él cuando me doy cuenta de que Benno también me mira. Estoy confusa y un poco noqueada. Sigo bebiendo de mi cerveza hasta que me doy cuenta de que he terminado con ella en un tiempo récord para mí.

Jo ha dejado de estar colgada de mi brazo y ahora lo está del de Gael, a quien se ha pegado muchísimo. Benno recoge los vasos.

—A esta ronda invito yo —anuncia René, acercándose a la barra.

—¿Y qué os parece una ronda de chupitos? —pregunta Benno, alzando la comisura de sus labios.

Se me queda el aire un poco atascado en los pulmones al verlo y me obligo a apartar la mirada de él antes de comenzar a babear. Esto se me está saliendo un poco de control y no entiendo muy bien a qué se debe, qué ha hecho él para que esto suceda.

Me uno a la aceptación general y recibo de cada uno de ellos una cerveza y un vaso de chupito, uno en cada mano.

—Esto tiene pinta de ser muy divertido —dice René, alzando una de sus bebidas.

—¡Por una noche inolvidable! —exclama Jo, haciéndome reír.

Parece una adolescente saliendo por primera vez de casa y me enternece darme cuenta. Sé que mañana se arrepentirá, pero hoy ya se lo está pasando en grande.

Me llevo el vaso a los labios y cierro los ojos con fuerza mientras el líquido me baja por la garganta, quemándolo todo. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando el contenido llega hasta mi estómago y dejo el vasito sobre la barra. Me giro hacia mis amigos y me doy de bruces con que Gael y Jo nos han dejado.

—Mucho habían tardado —masculla Benno, mirándolos alejarse.

Sigo la dirección de su mirada y se me escapa la sonrisa cuando los veo darse el lote en medio de la pista de baile como si no hubiese un mañana. Benno se gira, dándoles la espalda, y llama la atención del barman otra vez.

—No quiero ver estas cosas —interviene René, que por lo visto no quiere ver, pero tampoco puede apartar la mirada—. ¡Es mi hermana pequeña!

Le doy una palmada en el hombro como único apoyo y lo cojo del brazo para hacer que se gire hacia nosotros. Ahora mismo estoy entre los dos y aquí de pie me pregunto cuánto tiempo tardará alguna chica en acercarse a nosotros para ligar con alguno de ellos.

Se me revuelve el estómago solo de pensar que alguna podría lanzarse a ligar con Benno y me da rabia darme cuenta de que me

sentiría muy celosa si algo así ocurriese.

—¿Otro? —pregunto, sorprendida, cuando Benno nos acerca a René y a mí un segundo chupito sobre la barra—. ¿No sabes divertirte sin beber?

Intento sonar graciosa, pero la pregunta, mucho más seria en mí que en cualquier otra persona, hace que se me congele la sonrisa en el rostro y pase a ser una muy distinta. Benno me mira y sus ojos castaños brillan como si quisieran comunicarme algo y que no logro entender.

—Esto no es algo que haga todos los días —dice, sin más.

René suelta una carcajada y sé que es porque lo ha entendido todo como un chiste sin más. No tiene ni idea de a qué se debe la seriedad en mi pregunta ni que Benno haya contestado sin una pizca de humor.

—No me pidas más, Benno, por favor —dice el hermano de mi amiga—. Hace tanto tiempo que no salgo que no quiero terminar en el hospital.

—Te pasas todo el puto día estudiando, joder. —Benno se inclina un poco hacia René, acercándose peligrosamente a mí. Inspiro intentando encontrar su aroma, pero no lo consigo rodeada de tanta gente—. Disfruta más de la vida de estudiante. ¿No dicen que hay un montón de fiestas y eso?

—Pensaba que tú también ibas a la universidad —comenta René, que también se inclina un poco hacia Benno. De repente, estoy muy cerca de ambos y el corazón me va a mil por hora.

—¡He dejado la carrera! Empiezo una formación en cuanto volvamos a casa. Odio solo estudiar y quería hacer algo con las manos.

Me sobresalto cuando, al escuchar sus palabras, me doy cuenta de que sus dedos rozan los míos. Y no creo que lo hagan de forma casual porque su dedo meñique roza mi anular una y otra vez, moviéndose de arriba abajo como en una caricia sin importancia.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunto, sintiendo mi propia voz muy rara. Sé que ya nos lo ha contado, pero no consigo acordarme.

Aunque puede que lo único que me esté pasando ahora mismo sea que tanto su cercanía como el alcohol que recorre mis venas me

estén desconcentrando un poco.

—Carpintería —dice, y lo hace en voz baja, como si solo quisiera dirigirse a mí.

Abro la boca para decir o hacer algo y me sonrojo de inmediato al recordar que no estamos solos aquí. Entonces separo mi mano de la de él en un acto reflejo y me alejo de ellos un paso hacia atrás.

—Tengo que ir al cuarto de baño —digo, y le doy el último trago a la cerveza.

No permito que ninguno diga nada. Me doy la vuelta y camino, atravesando la pista de baile hasta el recoveco donde están señalizados los baños. Me abro paso entre la multitud como puedo y espero que esto me ayude a olvidar lo que ha pasado y lo que podría haber estado casi a punto de pasar.

El calor es insoportable y me siento algo reconfortada cuando me doy cuenta de que aquí, en la cola, hay menos gente y se nota algo más el aire acondicionado.

La puerta de uno de los dos baños se abre y de ella salen un chico y una chica riéndose y abrazados muy juntos. Me pregunto qué demonios habrán estado haciendo allí dentro, aunque no debería darle respuesta.

Me aparto para dejarlos pasar en cuanto llegan a mi altura y, una vez se han alejado, noto un líquido recorrerme la espalda hacia abajo.

—¡Joder, joder! —Escucho una voz detrás de mí y me giro para encararla—. ¡Lo siento muchísimo!

Una chica que no aparenta ser mucho mayor que yo acaba de derramar la mitad de su cerveza sobre mi camiseta. Y, aunque me he girado con el ceño fruncido y dispuesta a echarle la bronca, me ablando en cuanto la veo tan apurada.

—¡Lo siento mucho! —exclama otra vez, y comienza a rebuscar en su bolso—. Toma, tengo pañuelos… Es que no he visto venir a esa pareja y me han empujado y yo… ¡Lo siento, lo siento!

—Tranquila —digo en cuanto me recupero del impacto.

Ella sigue soltando disculpas. Aunque dejo de escucharla porque mis ojos han mirado muy por detrás de ella y han captado una escena que hace que se me estruje el corazón en el pecho. Dos

chicas despampanantes se han acercado a Benno y René y han comenzado a hablar con ellos. Desde aquí no distingo la escena con mucho detalle, pero Benno mira a la que se ha colocado a su lado como si tuviese verdadero interés en ella y eso me hace sentir fatal.

Así que, para intentar salir de esa situación, me concentro en la chica frente a mí.

—Te invito a una bebida, la que quieras, cuando salgamos de aquí —dice—. O a dos si quieres.

De repente, creo que el tono de esta conversación ha cambiado un poco. Intento sonreír para que ella no crea que mi desagrado anterior es por ella o sus palabras.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, ignorando su último ofrecimiento.

—Mia, ¿y tú?

—Delilah —contesto, e intento ensanchar más la sonrisa.

No hablamos mucho más hasta que es mi turno de entrar en el cuarto de baño. Pero, cuando salgo, no me alejo de aquí sin más, olvidándome de Mia ni de lo que ha pasado. Al contrario: recuerdo con mucha fuerza el rostro de Benno tan cerca del de esa chica desconocida que puede que no me dé muchas vueltas en el físico, aunque de seguro, sí en lo personal. Y eso me desmotiva tanto a regresar con ellos que me quedo aquí clavada al suelo.

En cuanto la puerta del segundo baño se abre, la intercepto al momento.

—Querías invitarme a algo —digo, y le muestro a Mia mi sonrisa más espléndida.

Ella la corresponde y toma la delantera para ir hacia la barra.

La dejo que pida lo que le da la gana y, cuando tengo el vaso entre las manos, me acerco a ella intentando entender cuáles son sus intenciones aquí.

—No te había visto por Sigi todavía —dice, hablándome al oído—. ¿Es la primera vez que vienes?

—Llevamos casi una semana aquí y sí, es la primera vez.

—¡Ah, por eso! Yo vengo todos los años con mis padres desde que tengo uso de razón —continúa parloteando—. Y con cada año que pasa al final conoces a la gente más asidua.

—Lo creo.

—¿De dónde vienes? —pregunta entonces.

—De Colonia.

—Debe haber sido un viaje muy largo —exclama Mia con asombro.

Le digo que sí, porque, sinceramente, lo fue. Tan largo y tan agotador que no tengo nada de ganas de hacerlo de vuelta. Ni por lo largo del viaje ni por lo que regresar a casa significa para mí.

—Oye, si quieres, puedo enseñarte muchas cosas del pueblo que no son tan turísticas. Si te apetece, podemos…

—Claro. Puedo darte mi número —la interrumpo.

No estoy segura de por qué lo hago, creo que estoy despechada, porque por el rabillo del ojo sigo viendo a Benno y cómo la chica que se le ha acercado está cada vez más pegada a su cuerpo sin que él haga nada. Lo que para mí significa que lo que yo pudiera estar comenzando a sentir por él no es recíproco.

Detengo la dirección de mis pensamientos al momento.

Para el carro, Delilah.

No, no estás empezando a sentir nada por Benno. Solo crees que es así porque ha sido el único chico, desde hace mucho tiempo, que te ha prestado verdadera atención. Pero, por esa regla de tres, René también lo ha hecho. Y lo hacen simple y llanamente porque se interesan por ti.

Como amigos.

Sacudo la cabeza para despejar todos estos pensamientos y regreso la atención a Mia. Me concentro en ella para no concentrarme en lo estúpida que llego a ser a veces.

Me concentro en lo que intenta contarme y sonrío, río y asiento cuando lo creo necesario. Pero sin enterarme del todo de lo que está diciendo. Mi cerebro se empeña en no hacerme caso y recordarme una y otra vez todo lo que ha pasado y está pasando tanto a mi alrededor como en mi interior.

Capítulo 11

Abro los ojos envuelta por una neblina muy espesa. La claridad del día entra a través de las finas cortinas, lo que me hace preguntarme por qué las casas vacacionales nunca tienen persianas.

Me giro hacia el otro lado sobre el colchón y me doy cuenta de que Jo también lo ha hecho en mi dirección. Me duelen muchísimas partes del cuerpo, sobre todo, la cabeza y la garganta de tanto gritar.

—Buenos días —dice mi amiga con voz pastosa—. No volveré a beber nunca más.

—Creo que ya he escuchado eso antes —replico, esbozando una sonrisa y restregándome los ojos con una mano—. Pero yo tampoco lo haré.

Ambas terminamos acostadas sobre la espalda, mirando al techo. Intento respirar con tranquilidad y pido porque los pinchazos en la sien se vayan lo antes posible. Pero las imágenes del día anterior se proponen empeorar mi dolor de cabeza, así que cierro los ojos durante un par de segundos a sabiendas de que no volveré a dormirme. Escucho a Joleen a mi lado buscar una nueva posición, mascullando para sí.

—Oye, Jo… —llamo su atención, y mi amiga gira todo su cuerpo hacia mí para prestarme atención—. Ayer ligué con una chica.

—¿En serio? —pregunta ella, muy interesada de repente—. ¿Con quién? ¿Y por qué yo no me di cuenta de eso?

Inclino el rostro hacia ella y sonrío con algo más de picardía de la que quería.

—Porque estabas muy ocupada haciendo otras cosas.

Mi amiga se sonroja hasta la raíz del pelo. Y ahora da lo mismo que se haya puesto morena por el sol, no puede ocultarlo. Se lleva una mano al rostro y se tapa los ojos con ella.

—¿Tan terrible fue? —pregunta, cohibida.

—¿Terrible? ¡Qué va! Estabais en vuestro derecho de hacer lo que quisierais —aseguro—. Pero, bueno, algunas cosas os las

podríais haber guardado para cuando estuvierais solos.

Jo ahoga un gemido de vergüenza y yo río porque todo esto me parece muy divertido. Al menos, me ha ayudado a olvidarme de todo lo que tengo en la mente.

—No estábamos hablando sobre mí, sino sobre la chica con la que ligaste ayer —dice entonces Jo, dirigiendo la conversación a lo que ella cree más importante—. ¿Cómo se llama? ¿Habéis intercambiado números?

Suspiro, dispuesta a contarle todo. Y cuando digo «todo», me refiero a todo de verdad.

—Se llama Mia y sí, intercambiamos número. Pero no sé si quiero volver a verla.

—¿Y eso por qué?

—Porque no creo que me guste lo suficiente —confieso, y vuelvo a mirarla—. No es que no sea simpática ni nada, sí que lo es. Es que creo que estoy empezando a sentir algo por otra persona y no sería justo para ella, ¿no?

—¿Por otra persona? —me interrumpe Jo, y le brillan los ojos al hacer la pregunta.

—Creo que me estoy pillando un poco por Benno.

Ya está. Ya lo he dejado caer. He tirado la bomba y ahora espero a que estalle de alguna manera.

Por el momento, no pasa nada.

Literalmente: nada.

Jo me mira con los ojos abiertos como platos y la boca entreabierta, como si quisiera decir algo pero no supiese el qué o no le saliesen las palabras. Espero y, al final, creo que ha sido una mala decisión.

El ambiente está tan tenso que puede cortarse con un cuchillo ahora mismo.

Mi amiga reacciona y frunce el ceño, confusa.

—Creía que te gustaban solo las chicas.

—Ya, yo también —digo, y suspiro al hacerlo—. Puede que me gusten ambos sexos. No estoy segura.

—¿Y cómo puedes estarlo? —pregunta, y creo que hay más de curiosidad que de reproche en su pregunta; sin embargo, me duele

lo segundo.

—No lo sé, Jo —contesto, molesta—. Yo tampoco había estado en esta situación antes.

De repente, se me ha olvidado el dolor de cabeza, el de garganta y el de piernas. Aunque sé que siguen estando ahí, no me molestan.

Me incorporo tan rápido para sentarme en el borde de la cama que toda la habitación me da vueltas y necesito un par de segundos antes de ponerme en pie para ir al cuarto de baño.

No sé si mi amiga todavía quiere decir algo, pero no le doy mucha más oportunidad que la que ya ha tenido y salgo del dormitorio para ir a lavarme la cara y los dientes con la esperanza de volver a sentirme un poco más persona y menos… zombi.

Una vez regreso al dormitorio, ella ya no está, así que bajo antes siquiera de ponerme una ropa decente. A cada peldaño que desciendo, inspiro hondo para armarme de valor y pido por tener la energía suficiente para aguantar el día junto a mis hermanos.

Sin duda, no debería haberme dejado llevar con tantas bebidas.

Al entrar en la cocina, ya están todos allí. Jo esconde el rostro en el pecho de Gael y Benno y René preparan el desayuno.

—Buenos días —saludo, restregándome los ojos otra vez. Aquí la luz es más potente que en el dormitorio de arriba—. ¿Dónde están los niños?

En el mismo momento en el que lo pregunto, sé la respuesta porque me llegan desde el salón las voces de Bruno y Chris discutiendo el uno con el otro. No tengo ni fuerzas de ir donde ellos para detenerlos.

—Están jugando a la consola —dice Gael, que me da la razón definitiva para quedarme donde estoy.

Entonces él se separa de Jo y va hacia uno de los armarios superiores para sacar platos, tazas y vasos para todos.

Benno no se digna siquiera a darse la vuelta y, aunque sé que es porque está ocupado, me lo tomo un poco como un ataque personal.

Al apartar la mirada de su espalda y dirigirla hacia mi amiga, me doy cuenta de que ella también me está mirando y lo hace con el

ceño fruncido. Hago acopio de todas mis fuerzas y autocontrol y me dirijo a ella.

—¿Qué pasa? —pregunto, más a la defensiva que de normal.

—Lo estabas mirando.

—¿Y tengo que disculparme por eso? —Me muerdo la mejilla por dentro durante un par de segundos antes de volver a hablar—. No va a pasar nada, Jo. Sobre todo, si tú estás tan en contra de que pudiese llegar a algo. Además, no es recíproco, tranquila.

—Del, yo no quería…

Mi amiga no puede terminar su frase porque Benno nos interrumpe. Y, la verdad, me alegro de que no pueda terminarla.

—¿Podéis llamar a los críos? Esto está casi listo —pide.

Me doy por avisada al instante y me dirijo al salón para decirles que en cinco minutos los quiero listos para desayunar.

Benno se separa de los fogones para ir dejando platos sobre la mesa. La cantidad de comida que hay que preparar para cinco adultos y cuatro niños es insana.

—¡Oye, Del! —Escucho a René y le dirijo mi atención—. ¿Quién era esa chica tan mona a la que estuviste anoche tan pegada?

Me sonrojo de inmediato. Ahora mismo prefiero que la tierra bajo mis pies se abra y me trague para siempre. Primero, porque estoy segura de que, con el volumen al que lo ha preguntado, mis hermanos habrán escuchado todo en el salón y, segundo, porque todas las miradas recaen ahora sobre mí.

—¿Cuándo pasó eso? —pregunta Benno, que le lanza una mirada malhumorada a René.

—Mientras tú te estabas comiendo a esa morena con la mirada.

El estómago se me cae a los pies, al igual que el corazón. Me muerdo el labio con fuerza porque René acaba de confirmarme lo que me temía. Siento hasta cómo las lágrimas me suben a los ojos. Pero si de una cosa estoy segura es que no me voy poner a llorar aquí como una niña. Así que hago un esfuerzo sobrehumano por tragármelas y sentarme a la mesa con todo el orgullo del que soy capaz.

—Para tu información, se llama Mia y me invitó a una copa porque me tiró la mitad de la suya por encima mientras

esperábamos para entrar en el cuarto de baño.

—Qué romántico —dice, y se sienta frente a mí.

No conocía esta faceta de René y no sé si me gusta o no. La última frase no la dice con retintín, lo hace como si esperase ver mi reacción. Le sostengo la mirada y, al final, él es quien la aparta. No estoy segura de cómo tomarme sus palabras, pero intento no darle vueltas.

Jo se sienta a mi lado y me coloca una mano sobre la rodilla como si con ese gesto quisiera brindarme algo de apoyo.

No dice nada, saber que la tengo aquí conmigo me reconforta. Porque, si antes no había entendido a lo que me refería con que mis posibles sentimientos no son recíprocos, estoy segura de que ahora sí que lo ha hecho.

A él, yo no le intereso lo más mínimo. Y estoy segura de que es mejor así, tener algo conmigo sería muy complicado. Demasiado difícil.

Me concentro en el desayuno y, mientras como sin meterme en ninguna otra de las conversaciones a mi alrededor, pienso en cómo voy a decirle a Mia que ha estado bien conocerla, pero que no tengo ningún interés en ella más allá que el amistoso. Sobre todo, después de cómo ayer le presté toda mi atención para olvidarme de lo que estaba pasando al otro lado de la barra con un Benno que no hacía más que acercarse más y más a esa otra chica.

Y, aunque sé que tengo que hacerlo y que debería hacerlo lo antes posible, no sé si seré capaz.

La inseguridad desaparece del todo cuando, al mirar la pantalla del móvil, descubro varios mensajes de ella que me hacen reaccionar y reconocerme que no es justo ni para ella ni para mí mantener algo que sé que no funcionará jamás.

Capítulo 12

He intentado acercarme a él tantas veces en los últimos dos días que ya no sé más cómo seguir haciéndolo sin parecer repetitiva. Pero es que ya me ha rechazado tantas veces —con su comportamiento— que comienzo a desmotivarme.

Solo quiero saber si lo que siento es verdad y si habría la menor posibilidad de que fuese recíproco.

Ahora que he rechazado a Mia me ha quedado más que claro que Benno es quien me gusta. Independientemente de lo que creyese antes en relación a mi sexualidad.

Me acerco al frigorífico y saco la salsa, el queso y las verduras que hemos comprado para la cena de hoy. Me he visto en la obligación de prometerles a mis hermanos que les haría *pizza* casera porque hace meses que quieren comerla. Según ellos, mi *pizza* es la mejor que han comido nunca.

Nosotros no salimos nunca a comer fuera y rara vez puedo comprarles pizzas congeladas, son demasiado caras.

Así que se me ablandó el corazón al momento de que me lo pidiesen y tuve que anotar varios ingredientes más en la lista antes de que Gael y Jo fuesen a comprar esta mañana.

Destapo la masa que ya ha crecido en el bol, echo harina por la encimera y la amaso con las manos otra vez. Al menos, cocinar es algo que siempre me ha relajado y que me hace olvidarme de todos mis intentos por acercarme a alguien que, por lo visto, no tiene demasiado interés en pasar tiempo conmigo.

Es una hipocresía que hubiese dicho que podíamos llegar a ser amigos.

Divido la masa en varias porciones y estiro la primera, la redondeo y la coloco sobre la bandeja del horno.

—¿Necesitas que te ayude? —pregunta la inconfundible voz de Benno a mi espalda.

Un escalofrío me recorre toda la columna vertebral y la emoción hace palmas en mi interior. No me doy la vuelta de inmediato porque

no quiero parecer una desesperada. Echo la salsa de tomate con parsimonia sobre la masa, lo hago tan concentrada que no me doy cuenta de que él ha avanzado hacia mí hasta que lo tengo justo al lado.

Me doy tal susto que un poco de salsa sale volando desde la cuchara para estamparse a escasos centímetros de él.

—Lo siento —digo, dejando el bote de cristal a mi lado y limpiando la salsa rebelde con un dedo.

Me lo llevo a los labios para deshacerme de la salsa antes de girarme hacia él. Al hacerlo, me doy cuenta de que algo no va como siempre.

Benno me mira con los ojos muy abiertos y una máscara en el rostro que no le he visto hasta ahora. Como si acabase de ocurrir algo que lo ha dejado petrificado, sin palabras.

—¿Estás bien? —pregunto entonces, intentando que regrese a la realidad—. ¿Benno?

Él sacude la cabeza de repente e intenta estirar los labios en una sonrisa, pero es una de esas nerviosas. Y hasta me sorprende darme cuenta de ello porque, normalmente, él es mucho más indescifrable para mí.

—Estoy bien, sí —dice, y se gira un poco más hacia la bandeja frente a mí. La coge con una mano y tira de ella hacia él—. Le pongo yo el resto, ¿vale?

—Claro, como quieras —digo, limpiándome las manos en el delantal que me he puesto antes de empezar—. Ahí tienes las cosas. Si necesitas que corte más, me avisas.

Benno se afana en su nueva tarea y no me dirige ni una única vez la mirada. Todavía junto a él, antes de seguir a lo mío, recuerdo su caricia casi imperceptible el día en el club y me sonrojo de inmediato. De hecho, siento tanto calor que tengo que dar un paso atrás para alejarme de él y evitar así que se dé cuenta.

Mis pensamientos son tan intensos que tengo miedo de que sea capaz de escucharlos. Sé que eso no es posible, pero ahora mismo sí que lo considero hasta probable.

Preparo una segunda *pizza* en otra bandeja.

—¿Quieres que la meta en el horno? —pregunta, haciéndose a un lado.

Me acerco a él y lo aparto de forma involuntaria con un brazo para hacerme con la bandeja y meterla en el horno. Sé que, mientras lo hago, él me está mirando muy fijamente porque conozco bien cómo se sienten sus ojos sobre mi cuerpo. Y eso me pone nerviosa.

Cuando las dos pizzas ya listas están en el horno, vuelvo a girarme hacia él y le doy otra porción de masa, esta vez para que la estire. No lo hace con mucha gracia, así que sonrío antes de dirigirme a él.

—Pensaba que sabías cocinar —comento con gracia.

—Cocinar es una cosa, hacer pizzas, otra.

—En teoría, hacer *pizza* es más fácil —rebato.

—Eso es lo que tú dices.

Vuelvo a concentrarme en lo que estoy haciendo. Termino de redondear la masa en el diámetro correcto y le echo la salsa.

—Oye, ¿en qué ha quedado lo de la chica del club? —pregunta entonces Benno, para mi sorpresa.

Lo primero que ocurre es que algo en mi interior salta de júbilo creyendo —puede que muy tontamente— que, si él pregunta por Mia, es porque tiene algún interés en que le diga que no ha pasado nada entre nosotras. Luego, se me seca la garganta; pensar en ella me hace recordar que durante unas horas le presté muchísima más atención y puede que la hiciera incluso crearse expectativas que luego rompí en un único segundo.

—En nada —contesto con sinceridad—. Es muy maja y está muy bien, pero no quiero tener nada ahora mismo.

—¿Ni siquiera algo de verano? —pregunta Benno, que, cuando lo miro, sigue concentrado en su masa.

Ni parece alterado ni se sonroja ni nada por el estilo, lo que me hace creer que lo único que quiere es entablar una conversación normal y que lo del interés en mí no ha sido más que mi tonta manía de creerme más importante de lo que soy.

—No lo descarto —digo, rápida, antes de que crea que no voy a contestar—. Pero ella no era la adecuada.

Entonces sí: Benno me mira de reojo y lo capto porque soy incapaz de mover los ojos de su rostro, buscando cualquier indicio en él que me delate si pudiera o no tener algún interés en mí.

Y lo hago porque soy una estúpida. Mi parte más racional me dice que lo deje estar, que me olvide del asunto y que no le dé alas. Sin embargo, la emocional está haciendo palmas con la entrepierna.

—¿Y quién podría serlo? —pregunta, retándome.

Ya está. Ahí lo tengo. Estoy a punto de contestarle de la forma más sincera que puedo, con un «pues tú lo serías», cuando René entra en la cocina, destruyendo el ambiente tan caldeado que se ha creado entre nosotros.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta, alzando la comisura de los labios en cuanto me ve.

Me aparto de Benno un paso porque ahora me doy cuenta de lo juntos que hemos estado. Inspiro una bocanada de aire como si no lo hubiese hecho en horas, pero es que estar tan cerca de él me roba cualquier atisbo de cordura que pudiera quedarme en la vida.

Me dirijo hacia René y, nerviosa, comienzo a rehacerme el moño en lo alto de la cabeza para concentrarme en otra cosa que no sea Benno.

—Puedes terminar esta de aquí —digo con la voz más chillona de lo normal mientras dejo la bandeja sobre la mesa redonda en el centro de la estancia—. Benno ha hecho dos con verduras, así que nos falta esta con queso y jamón y aquella, que será una margarita.

René asiente y se sienta en una de las sillas. Comienza a echarle queso a la masa mientras yo todavía lo miro embobada. Lo hago porque, si lo miro a él, no tengo que mirar a Benno, que, aunque sé que sigue a lo suyo, me ha dado mucho más que una señal esta noche.

O eso o estoy ya para que me encierren en el manicomio.

Capítulo 13

Le doy un beso en la frente a Amelie y salgo del dormitorio. Creo que han comido tantas pizzas que, si no explotan hoy, no lo harán nunca. Todos los demás se quedaron de piedra al darse cuenta de cómo mis hermanos y yo engullimos un trozo tras otro. Como si estuviésemos comiendo el manjar más exquisito de la Tierra.

En la condición en la que está siempre nuestra cocina en casa, es imposible ponerme a hacer pizzas caseras. Sobre todo, si no quiero que algo de origen dudoso termine por error en la masa o nos intoxiquemos debido a cualquier otra cosa.

Suspiro al recordar ese lugar que debería ser mi hogar, pero que es muchas cosas más menos eso.

Llego al piso inferior y mi amiga me recibe en la cocina.

—¿Quieres venir un ratito a la playa? —pregunta, interceptándome.

—No, podéis ir vosotros, yo me quedo —contesto.

Estoy cansada y, la verdad, ahora mismo no tengo muchas ganas de socializar.

Joleen ladea un poco el rostro.

—No vamos todos —explica—. Solo tú y yo.

Dirijo mi atención de nuevo a mi amiga y esbozo una «O» con la boca, entendiendo qué quiere decirme. Entonces dirijo la mirada hacia la bolsa de tela sobre la mesa y la regreso a Jo.

—Sí, espera.

Camino hacia el salón donde los chicos están tirados en sus respectivas camas-colchones. Gael está buscando algo que ver en la tele, René lee un libro y Benno tiene la mirada clavada en la pantalla del móvil. No quiero dirigirme a ninguno de ellos en específico. Mucho menos a Benno.

—Jo y yo queremos salir un poco a la playa. ¿Os quedáis al cargo de los niños?

—Siempre que sigan durmiendo, sin problema —comenta Benno, que alza la mirada en mi dirección.

Frunzo el ceño al bajar mis ojos hacia él, que sonríe con picardía. Sé que es una broma, pero a mí me hace de todo menos gracia.

—Ya, vale. Gracias.

Me doy la vuelta para regresar donde mi amiga, que se ha colgado la bolsa de tela del hombro y me espera para salir. Escucho a los otros tres mascullar algo en el salón, pero no me interesa lo que puedan decirse.

Caminamos quejándonos de lo incómodo que es moverse sobre la arena con deportivas —o, mejor dicho, Joleen es la única que se queja—, hasta que nos alejamos unos metros de la casa en dirección al agua. Nos quedamos mucho más lejos de la línea entre la arena y el mar que de costumbre. Jo saca una toalla de la bolsa y la extiende para que ambas podamos sentarnos.

Lo hago sin apartar la mirada del horizonte. Este lugar es bonito y tiene algo que antes no había creído cuando Benno lo comentaba. Según él, el pueblo no tiene mucho de especial, pero un aura de esas que atrapan.

Jo sigue sacando cosas de la bolsa. Cuando giro la mirada hacia ella, tengo que contener una risa de sorpresa.

—He traído vino y algo para picar —dice con la botella en una mano y sacando unas bolsas de patatas—. Quería hacérnoslo agradable.

—Solo con tu presencia ya lo es —la halago, recibiendo uno de los vasos de plástico que me tiende—. Qué *glamour*…

Joleen suelta una carcajada entre dientes, destapa el vino y me echa un poco en el vaso. Luego, se rellena el suyo.

—Primero, gracias por lo que me dices. Harás que me sonroje y todo. Segundo, sabes que no soy yo de muchos lujos.

—Yo tampoco —aseguro.

Mi amiga estira la sonrisa. De un segundo a otro me alegro muchísimo de estar aquí con ella. De no estar en el ambiente tan estrecho y agobiante de la casa a esta hora. Aunque los niños ya estén durmiendo y no pululando por todas las habitaciones, estar en el mismo lugar físico que Benno me hace sentir nerviosa todo el tiempo.

—¿Cómo estás, Del? ¿Qué tal lo de… ya sabes, lo de Benno?

Noto a Joleen nerviosa. Más de lo normal al hablar sobre ciertos temas y supongo que le ha costado bastante sacarlo. Por otro lado, también se lo agradezco.

—Estoy bien —digo, y le doy un trago al vaso—. Un poco picada con el tema de Benno, es cierto, pero bien. Me encantaría quedarme aquí para siempre si pudiera.

—¿Y por qué no puedes? —pregunta mi amiga, que lo hace de una forma tan casual que duele—. Bueno, tienes tu vida en la ciudad. Pero a lo mejor a tus padres también les gusta esto.

Me quedo sin aire al escucharla y le doy otro trago al vaso para hacer tiempo. No quiero hacer ningún comentario al respecto y espero —y deseo— que ella diga algo más.

—Aunque pensándolo mejor, no. No te doy permiso para que te quedes aquí. Te echaría muchísimo de menos en casa.

Entonces sí me giro hacia ella y le sonrío. Alzo un brazo que le paso por los hombros para atraerla a mí en un corto abrazo que disfruto bastante porque jamás me había sentido tan cercana a alguien a quien, en realidad, no conozco desde hace tanto tiempo.

—Antes casi le digo a Benno que me gusta —suelto a bocajarro una vez deshago el abrazo—. Casi se me escapa. ¿Te imaginas?

—¿Hubiese sido un error decírselo? —pregunta ella con curiosidad.

Me encojo de hombros.

—No lo sé —confieso—. No creo que pudiéramos tener ningún futuro al regresar a casa. Yo siempre llevo a mis hermanos encima y él…

—No es de mucha gente, ya.

Sonrío con un poco de tristeza, recuerdo las palabras que me dijo Benno en su momento. Y decido que no quiero hablar más de él porque me hará pensar y recordar cosas que no quiero. Cosas a las que no debería darle más alas de las que ya le he dado.

Suspiro y me sacudo un poco el cuerpo, como intentando relajarme.

—¿Y qué ha sido de la chica del club? —continúa preguntando Joleen.

—¡Ese es otro tema fantástico! —exclamo con sarcasmo—. Le he dado calabazas a la pobre. No creo que sea justo concederle mucha atención si me gusta otra persona, ¿no crees?

—Bueno, tampoco hubiese sido algo para toda la vida con ella.

Tengo que reconocer que Jo tiene razón, pero no se lo digo. Solo asiento para darle a entender que soy de la misma opinión. Sin embargo, no lo hubiera sentido correcto hacerlo y por eso tomé la decisión que tomé.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Adelante —contesto, pensando que, en teoría, eso ya ha sido una.

Jo parece pensárselo y, antes de volver a decir nada, bebe de su vaso de plástico.

—Cuando estabas con Fritz, ¿te imaginabas que te podían gustar las chicas?

—Al principio no. Cuando empecé con él, todavía era muy joven. Estaba a punto de cumplir los quince años. Era todo muy inocente y no pasaba demasiado. Además, hasta que me preguntó si quería salir con él de verdad pasaron meses. Yo me sentía bien con él porque no era un capullo rematado —cuento, recordando esa época —. Estaba bien pasar tiempo con él. Luego se unió al equipo de fútbol y se creyó lo más de lo más. Fue cuando se convirtió en lo que ambas hemos tenido el honor de conocer. Por aquel entonces solo era él. Cuando empezó a hacerse más popular, para mí era un motivo de orgullo ser su chica. Él me gustaba mucho, la verdad.

—¿Cómo pudo cambiar tanto? —inquiere Jo, y creo que es una pregunta retórica para la que no busca respuesta—. Porque, sinceramente, es un capullo de los grandes.

—Lo es —asiento, y dejo escapar una risita—. Y me río, aunque no es gracioso. Me lo hizo pasar muy mal. Las chicas creo que empezaron a llamarme la atención cuando entré en la universidad. Al menos, creo que ahí me di cuenta de que ya no las miraba como posibles amigas, sino que me fijaba en ellas como lo hacía con los chicos.

—O sea, que te seguían gustando los chicos y, a partir de ahí, también las chicas.

—Sí. No. No lo sé… El que me gustaba era Fritz, pero había algunas chicas que… Ya sabes, en la universidad de repente hay un montón de gente nueva que no has visto nunca antes en la vida y todo es nuevo y…

—¡Lo sé, lo sé! —exclama Joleen, que saca la botella de vino para rellenarnos los vasos—. Tú dices que te gustan las chicas; a lo mejor te van ambos sexos.

Y ahí está. La bomba que llevo evitando demasiado tiempo porque me hace cuestionar muchísimas otras cosas.

Inspiro hondo y cuento hasta diez intentando que el latir de mi corazón se tranquilice un poco. Hablar sobre estas cosas me pone nerviosa y es excitante, todo al mismo tiempo; sigo descubriendo cosas sobre mí que antes no entendía y no conocía. Y son cosas que, en realidad, no deberían tener mucha cabida en mis días porque lo más importante son mis hermanos.

—En realidad, da igual qué sexo te guste. El amor es amor.

Cierro los ojos al escuchar a mi amiga y esbozo una sonrisa con los labios apretados. O se está pasando de vino o Joleen está experimentando una transformación completa.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —exclamo, ladeando el rostro hacia ella.

Jo suelta una carcajada, se termina el contenido del vaso y lo guarda en la bolsa de tela. Entonces se abraza a sí misma, pasándose las manos con fuerza por los brazos.

—Me encanta pasar tiempo contigo, Del, lo sabes. Pero me estoy congelando. ¿Te importa si volvemos?

—Me voy a quedar un rato más —decido de forma espontánea.

Joleen asiente y recibe mi vaso vacío, que mete en la bolsa antes de poner rumbo a casa. Dirijo la mirada hacia el horizonte. No quiero hacer nada especial aquí y tampoco pretendo quedarme mucho más tiempo. Solo quiero disfrutar de un poco de soledad y del silencio.

Cierro los ojos e inspiro varias veces, dándole vueltas a todo lo que hemos hablado hoy. Puede que ella tenga razón, puede que me gusten las personas independientemente del sexo que tengan. Eso sería bastante bonito.

Dejo pasar los minutos hasta que el frío comienza a calarme también una vez se ha pasado un poco el efecto de los dos vasos de vino y, por consiguiente, el calor interno que me concedían.

Me pongo en pie, sacudo la toalla todo lo que puedo y pongo rumbo a la casa. Cuando estoy más cerca del porche, veo que la luz está encendida y me pregunto quién estará fuera con el frío que hace.

En cuanto me lo pregunto, me descubro deseando que sea él y me reprendo por un pensamiento tan hormonado.

Y a pesar de no querer hacerme ilusiones, la decepción es ineludible cuando René se pone en pie al verme.

Subo los pocos peldaños que separan el porche de la arena.

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunto, colgando la toalla sobre la barandilla—. ¿No tienes frío?

—Jo me dijo que te quedabas un rato más fuera y quería esperarte —dice, y creo que lo reconoce hasta con algo de vergüenza—. Quería intentar hablar contigo.

Me quedo un poco estática ante sus palabras y me esmero por aparentar igual que siempre.

—¿Y sobre qué querías hablar? —inquiero, temiendo que sea algún tema muy personal o alguna pregunta sobre mis padres a lo mejor.

René inspira hondo y deja escapar el aire de forma lenta. Cuando se dispone a hablar, ya no sonríe.

—Esto te va a sonar a locura total, pero es que, si no lo digo, exploto —explica, y enarco las cejas instándolo a que continúe—. Estás empezando a gustarme, Del, y quería saber si existe la más mínima posibilidad de que sea recíproco.

Me quedo de piedra al escucharlo. Abro la boca como si quisiera contestar algo de inmediato, aun así, no me salen las palabras. Y no me salen porque la verdad es que no sé qué decirle ahora mismo. Carraspeo para ganar algo de tiempo; sé que, a cada segundo que tarde en contestar, más y más morirá su esperanza.

Sé bien lo que debo contestarle: que no estoy interesada, por muy bien que me caiga.

No es la primera vez que me ocurre esto, pero jamás con alguien con quien ya había tenido más contacto antes.

Los amigos de Fritz solo se acercaban a mí cuando sabían que él se había ido de rositas con otra, intentado buscar ser mi objetivo para vengarme de mi novio.

Al final, intento sonreír, aunque me sale mucho más nerviosa de lo que me gustaría.

—Gracias por decírmelo, René —digo, y espero algunos segundos antes de continuar—. Y de verdad que me gustaría decirte otra cosa… Lo siento.

—Ya, no te preocupes —me interrumpe él, para mi sorpresa—. Si me he dado cuenta, no te creas. Pero no quería quedarme con la duda, ¿sabes?

—¿De qué te has dado cuenta? —pregunto, recelosa.

—De que no soy yo quien te gusta. Está transparente de claro.

René estira todavía más la sonrisa y yo me tenso aquí donde estoy clavada. Que él me diga que está «transparente de claro» no me gusta nada.

—No te preocupes, que yo en eso no me meto —continúa él—. Y tampoco te preocupes por mí. Está todo bien.

—¿Seguimos siendo amigos?

René asiente una vez y tiende su mano en mi dirección.

—Claro que sí. Amigos —asegura.

Aprieto su mano con fuerza y él las sacude como si acabásemos de cerrar un pacto secreto.

—Y ahora sí que mejor entramos porque hace frío de verdad.

Tengo que darle la razón. No me atrevo a acercarme más de lo correcto a él y lo sigo a través de la puerta del porche hacia el interior. Me encantaría decir que todo seguirá como siempre y que no necesitaré tiempo para procesar lo que acaba de ocurrir. La verdad es que estaría mintiendo.

Las palabras de René me han hecho darme cuenta de que lo que estoy sintiendo por Benno supera el encaprichamiento inicial y me hace preguntarme muchísimas más cosas que me encantaría ignorar, pero a las que sé que me enfrentaré a más tardar al irme a dormir.

Capítulo 14

Cierro la puerta del porche tras de mí. Ahora mismo hace menos viento que de costumbre y el sol tiene una intensidad alucinante.

Me siento en el banco y me llevo el móvil a la oreja tras marcar el número correspondiente.

—¿Qué quieres? —Escucho al otro lado.

—Tú me has llamado —contraataco.

Ella no ha saludado, así que yo tampoco lo hago. La escucho murmurar algo entre dientes, pero la verdad es que no entiendo ni una sola palabra. Intento concentrarme en otra cosa que no sea todo lo que puede salir de esta conversación y pienso en el aspecto de mi madre antes de marcharnos a Sigi.

Los labios se me curvan en una mueca de desagrado al momento.

—¿Por qué no estáis todavía en casa? —pregunta, de mal humor —. Te dije que regresarais ya. Como venga la de los servicios sociales y vea esto…

—También puedes mantener tú la casa limpia, ¿no crees? —la interrumpo.

Me siento valiente y sé que es porque no estoy allí con ella. En el mismo espacio físico. En casa, jamás sería capaz de contestarle de esta manera y no esperar a que me diese un guantazo en toda la cara.

—Malnacida —masculla mi madre, obligándome a cerrar los ojos —. Te juro que cuando vengas, vas a tener que pagar por todo esto.

—¿Por qué? ¿Por haber querido alejarme de vosotros para que mis hermanos pudieran vivir unas vacaciones más o menos normales al menos una vez en la vida?

Al otro lado, silencio. Estoy tan concentrada en la conversación que no me he dado cuenta de que ya no estoy sola en el porche. Giro los ojos hacia la figura que se recorta en la puerta y que la cierra tras de sí con rapidez al verme al teléfono.

Mi amiga me mira con los ojos muy abiertos y me pregunto cuánto habrá escuchado de la conversación.

Maldigo para mis adentros y le doy la espalda, poniéndome en pie y caminando hacia la esquina más alejada del porche.

—Si nuestra trabajadora social se da cuenta en las condiciones en las que tienes viviendo a tus hijos, será solamente culpa tuya —digo con mucha más ira en mis palabras de la que suelo permitir—. Ya va siendo hora de que se entere de que yo…

—¿Dónde tienes el dinero? —pregunta Joan, interrumpiéndome.

—¿Qué dinero?

—El que guardas siempre como si creyeras que no sé dónde está —gruñe, y comienzo a notar el nerviosismo en su voz. Se le está acabando el tiempo de «lucidez»—. Más te vale que me digas ahora mismo…

—No he dejado nada en casa.

—¡Maldita niña desgraciada! —grita al otro lado.

La escucho seguir hablando, pero en la lejanía. Luego, un sonido sordo, como si el móvil se hubiese caído al suelo. Me quedo a la espera durante algunos segundos, creyendo que todavía regresará para soltarme un par de insultos más y, cuando estoy segura de que no lo hará, cuelgo la llamada.

Me giro hacia mi amiga, que, para mi sorpresa, sigue ahí de pie. Sin apartar la mirada de mí.

—Lo siento, no quería interrumpirte —se disculpa.

Tengo que sonreír con ironía porque, aunque no quisiera, bien que se ha quedado ahí parada escuchando la conversación.

Aunque ahora mismo me da igual lo que haya oído o no.

—No pasa nada, solo era mi madre.

—¿Hablas así con tu madre? —pregunta, y no estoy segura de si quiere recriminármelo o no—. Quiero decir, no he escuchado todo, pero…

—Le estaba hablando de forma simpática para lo que se merece.

—¿En serio? ¿Y qué se merece?

—Que no hable con ella.

Las palabras se quedan entre nosotras flotando. Sobrevuelan el espacio y, a más tiempo que pasa, más me arrepiento de haberlo

dicho. Sé que Joan no siempre ha sido así, sé que antes era una madre dedicada y que me quería. Pero en algún momento dejó de hacerlo porque otras cosas se volvieron mucho más importantes en su vida.

Suspiro y cierro los ojos para restregármelos con el dorso de la mano.

—¿Te acuerdas cuando te pregunté si tenías Netflix para ver una serie juntas? —Joleen asiente varias veces, sin abrir la boca—. Vale, pues una de las pocas cosas con las que podía medio entretener a mis hermanos en casa ya no existe. No tenemos tele, así que he dejado de pagar Netflix. Total, apenas podíamos usarlo.

—¿Y eso por qué?

Ahí está la pregunta.

Creo que Jo sabe muy bien cuál va a ser la respuesta porque sus ojos no me delatan curiosidad, ni temor ante lo que pueda decir yo ahora. Al contrario, en ellos veo seguridad. Como si ella ya se hubiese visto venir algo que yo todavía no me había atrevido a contarle.

—Porque mis padres tienen problemas con las drogas y todo lo que había en casa de valor ya ha desaparecido —confieso.

Otra vez, las palabras se quedan sobrevolando el espacio, de un lado a otro, estirándose y encogiéndose en el tiempo. Como si un niño jugase con plastilina.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes? —pregunta ella entonces.

Inclino la cabeza hacia un lado, sintiéndome mal por sus palabras. No es un reproche en sí, al menos, no se siente como tal. Y creo que en ellas van muchas otras cosas que no ha dicho, pero que intuyo.

—Porque me da muchísima vergüenza reconocerlo. Y porque, cuando lo digo, me encasillan.

—Sabes que yo no habría hecho eso.

Al escucharla, reconozco que tiene razón. Ella hubiese sido la última persona en el mundo que me juzgaría por tener una familia desestructurada. Por venir de una «diferente».

—Lo sé y, sin embargo, llevo tanto tiempo ocultándolo que me es más sencillo no hablar de ellos que contarlo.

Joleen aprieta los labios en una fina línea y se acerca un par de pasos hacia mí. Antes de darme cuenta o poder reaccionar, mi amiga alza los brazos y me rodea con ellos en un abrazo de oso de esos que podrían romper a cualquiera. A lo mejor no físicamente, porque ella no es demasiado fuerte, aunque sí por dentro. De los que te rompen para reconfortar cada uno de tus pedazos desperdigados por el suelo.

—Eso lo entiendo —dice, y me sonríe de medio lado al separarse de mí—. Hay cosas de las que es más fácil no hablar. Pero no quiero que creas que estás sola en esto. ¿Sabes lo que me encantaría cogerte a ti y a tus hermanos ahora mismo y llevaros conmigo a casa?

—Ya, por eso tampoco te lo había dicho —aseguro, y correspondo a su sonrisa.

—También sabes que no puedo meter a cuatro personas más en una lata de sardinas —continúa mi amiga—. Quiero que tengas por seguro que, cualquier cosa que necesitéis tú o tus hermanos, no solo me tienes a mí a tu disposición, sino a toda mi familia.

—No se lo cuentes, por favor —pido en un susurro.

—No lo haré. Pero, aun así, nos tienes aquí.

Asiento. No contesto porque siento los ojos húmedos y sé que, si lo hago, terminaré llorando a moco tendido.

—Y ahora tengo que irme. Había salido para despedirme de ti —continúa, cambiando de tema y dejando caer las manos que había tenido posadas sobre mis brazos—. Gael y yo tenemos tarde de cita.

—Que os divirtáis.

Se me escapa en un susurro y creo que con un halo mucho más triste del que me gustaría —y del que mi amiga se merece—. No intento camuflar mis sentimientos ahora mismo.

En otro momento, Jo habría añadido un «espérame despierta si quieres saber los detalles» o algo así. No lo hace y supongo que es porque ahora ve que lo que ella me cuente no es nada en comparación a todo lo que pasa en mi vida.

No quiero que cambie su forma de ser conmigo.

—Te esperaré despierta para los detalles —digo, e intento sonreír.

A ella le brillan los ojos de emoción al escucharme y me da un beso en la mejilla antes de darse la vuelta para regresar adentro.

Puede que Jo no sea la persona más intuitiva del mundo. Puede que haya tardado demasiados años en darse cuenta de que su mejor amigo de toda la vida estaba enamorado de ella hasta los huesos, pero para otras cosas sí que es rápida. Como para ofrecer su ayuda o estar al lado de una persona que la necesite.

Y eso fue lo primero que vi en ella aquel día en el que se escondió en los baños públicos para no tener que encontrarse con quien era su novio.

Sonrío para mí misma al recordar la situación; lo que empezó como una casualidad sin más —y producto de una apuesta entre dos tontos muy tontos— ha terminado siendo de lo mejorcito que me ha regalado la vida desde que mi madre decidió que el amor que sentía por mi padre era mucho más grande que el que sentía por nosotros, y se dejó arrastrar al mundo en el que él ya había perdido su razón de ser.

Capítulo 15

Me quedo en la cocina de pie durante algunos segundos. Lo hago intentando serenarme, aparentar un poco más como yo y menos como me siento ahora. Aunque la verdad es que ya ni sé cuál es la Delilah real y cuál la ficticia, la que le muestro a todo el mundo.

Acabo de acostar a los niños y hubiese preferido quedarme con ellos en la oscuridad del dormitorio, pero allí, sola, rodeada de niños durmiendo, tampoco habría parado el rumbo de mis pensamientos.

Así que prefiero estar aquí y hacer como si nunca hubiese pasado nada. A pesar de que la conversación con Joan me ha dejado hecha polvo otra vez.

Me dirijo hacia el salón donde René y Benno están jugando a la consola y le hablo al primero.

—¿Te ocupas si alguno de los niños se despierta? —pregunto, todavía en el umbral.

Ellos pausan la partida que tienen a medias y mueven el rostro hacia mí. Me siento acalorada cuando los dos pares de ojos se clavan en mi rostro. Trago con parsimonia para aclararme la garganta.

—Claro, sin problema. ¿Estarás mucho fuera? —pregunta, entendiendo a qué me refiero sin haber dicho mucho más.

—No. Solo un rato.

No espero a que diga más, no creo que haya mucho que decir. No ha pasado el tiempo suficiente como para que se me olvide la confesión de René. O como para que todo vuelva a sentirse «normal» entre nosotros. Pero la realidad es que él me lo hace mucho más fácil, dado que su comportamiento conmigo no ha cambiado en absoluto.

Cosa que no puedo decir de Benno, que un día parece querer estar más cerca de mí y al siguiente no hay kilómetros suficientes en la playa para alejarse.

Me desespera en más de un sentido.

Camino por la playa hasta el agua y me quito las chanclas en cuanto llego a ella para meter los pies y comprobar qué tan fría está. Para mi sorpresa, no lo está tanto como había imaginado.

Aquí siempre hace mucho viento, lo que da una sensación templada incluso cuando el sol ataca sin piedad todo el día. Y por eso pensaba que, al caer la noche y no amainar el viento, el agua bajaría varios grados. Pero me equivocaba.

Me quedo aquí de pie durante algunos segundos y mi cabeza vaga entre imágenes pasadas y recientes. Comparo a mi madre, la Joan que es ahora con la que recuerdo de mi infancia. Son recuerdos tan distorsionados que no sé si serán reales o si han sido creados por mi mente, que prefiere recordar todo lo bueno que tuvimos como si fuese mucho mejor de lo que era.

Nunca habíamos sido una familia con muchos recursos. Nunca tuvimos lujos, ni un piso enorme, muchos muebles ni vacaciones alucinantes. Pero antes todo era mejor, eso sin duda.

Me quito la camiseta y los pantalones cortos porque quiero saber cómo se siente el agua al mojar mi piel a esta hora de la noche. La playa está vacía. No hay ni un alma rondando por aquí, así que no me importa quedarme con la parte de arriba del bikini como sujetador y las bragas.

Me sacudo un poco, como si eso me ayudase a terminar de tomar la decisión, y avanzo con paso decidido, adentrándome más y más en el agua de mar. Una vez estoy lo suficientemente hondo, meto también la cabeza bajo la superficie.

Y, al salir, tengo la sensación de estar más limpia. Aunque sea una estupidez.

Mientras estoy aquí dentro, el pensamiento de que lo correcto sería abandonar la universidad y buscar una opción de ofrecerle a mis hermanos una vida lejos de lo que conocen se hace más y más grande. Más pesado. Más patente.

Y es que creo que es justo lo que debería hacer.

Al pensar en ello, también se me queda el aire atascado en los pulmones porque significaría relegarme a un último plano. A un «algún día». A olvidarme de algo que podría hacerme un poquito feliz.

Y, si dejo ahora la carrera, tal vez jamás vuelvan a concederme una beca. Sin ella, no podré volver a estudiar, eso está claro.

Suspiro, me echo el cabello mojado hacia atrás, lo estrujo para eliminar el resto de agua y salgo del mar.

Siento el frío cuando el agua comienza a secarse sobre la piel, pero todavía no quiero regresar a la casa. Cuando lo haga, tampoco quiero pasar demasiado tiempo con los chicos. No quiero que se den cuenta de mi estado actual.

Se me pone la piel de gallina cuando el rostro de Benno se abre paso en mi mente.

—¿No hace mucho frío para un baño a estas horas? —pregunta alguien, y doy un brinco al darme la vuelta a pesar de reconocerlo al momento—. No te asustes así.

—Pues no te acerques a mí como si fueses un ninja —me quejo, y sé que me he sonrojado.

Benno sonríe con algo de gracia y acorta los pocos metros que lo separan de mí. El corazón me late desbocado e intento achacárselo al susto que me acaba de dar. La verdad es que no estoy del todo segura si es por eso o por su mera presencia.

—¿Estás bien, Del? Te has pasado toda la tarde un poco tristona.

Me encojo de hombros. Me encantaría decirle que sí, que está todo en orden, como siempre.

Sonreírle y que se quede tranquilo.

Pero es que no me sale.

—Más o menos —contesto, sincera—. He hablado antes con mi madre y eso siempre me deja para el arrastre.

Él no dice nada. Me agobia darme cuenta de la poca distancia que hay entre ambos y de lo más corta todavía que parece porque en la oscuridad todo se encoge.

—¿Y por eso pensaste que venir a darte un baño en medio de la noche te haría sentir mejor?

El tono de su voz tiene un deje de burla que sé que escoge de forma consciente, como si lo hiciese para hacerme sentir mejor. O para que olvide el motivo por el que estoy de capa caída.

Al final, me arranca una sonrisa diminuta.

—Ah, ahí está —dice, inclinándose un poco para ponerse a mi altura—. La sonrisa.

Aparto el rostro de él, como si quisiera ocultarla.

—¿Querías algo? —pregunto entonces, recuperando la seriedad y regresando los ojos a él—. No creo que hayas salido de casa solo para ver cómo estoy.

Benno, que lleva las manos metidas en los bolsillos de su pantalón corto de chándal, se encoge de hombros. En el momento en el que él realiza el gesto, siento cómo se me eriza el vello de todo el cuerpo. No sé a ciencia cierta si es por el frío o por tenerlo aquí tan cerca. Doy por seguro que será lo segundo porque la realidad es que, ahora mismo, siento calor.

Él lo envuelve todo con su presencia y no sabe lo loca que me vuelve. Me pregunto si lo intuirá siquiera.

Lo dudo.

—Sí, solo he salido para ver cómo estas —suelta, y yo me muerdo el labio inferior al escucharlo—. Y para verte un poco a solas.

Sus ojos brillan en la oscuridad de la noche y, aunque no sé bien qué ocultan, me pregunto si él podrá ver en los míos las ganas que le tengo.

Recuerdo lo a puntito que estuve hace unos días de decirle que él sería una opción estupenda para tener un lío de verano y me ruborizo hasta la raíz del pelo. Doy gracias por la oscuridad porque dudo mucho que pueda darse cuenta de mi apuro ahora mismo.

—¿Y por qué querrías verme a solas? También puedes hablar conmigo cuando están los demás, pero parece que ahí prefieres ignorarme.

—Eso no es cierto —se defiende él—. No sé de dónde sacas esa idea. El otro día no te ignoré cuando estábamos haciendo las pizzas…

Entreabro los labios. Ahí está. Ese día.

Algo salta de emoción en mi interior al escucharlo mencionar ese momento.

No sé quién de los dos habrá sido, ahora la distancia que nos separa es mucho menor. Y creo que en cualquier instante empezaré

a hiperventilar.

Me encantaría decir algo muy inteligente, de esos comentarios que dicen algunas chicas y dejan al sexo opuesto pensando o babeando por ellas una vez se marchan. La realidad es que yo solo tengo el físico, no la rapidez mental. O, mejor dicho, no sé cómo utilizarla a mi antojo. A veces me sale, pero está claro que Benno me nubla el sentido común.

Los segundos se estiran entre nosotros y se expanden de forma opuesta al espacio que nos separa.

Entonces lo tengo clarísimo. Todo en mí tiembla de emoción. De la emoción de estar aquí con él, de compartir este tiempo y este espacio. Y también tiembla de expectación y de ganas.

Me digo una y otra vez que no es una buena idea. Que debería dejarlo pasar. Que ya le he dado demasiadas alas a algo que no debería tenerlas en absoluto. Pero no puedo controlar lo que siento. No puedo controlar cuándo nace un sentimiento o no.

Y es justo ahora cuando tomo una decisión radical. Una que quiero dejarme tomar porque, normalmente, no hay espacio para lo que yo quiero en mi vida. Ahora, menos que nunca.

Acorto la distancia que nos separa tan rápido que Benno no se lo ve venir y estampo mis labios sobre los suyos. No quiero un beso casto y corto. Lo quiero como me lo he imaginado tantas veces.

Creía —o algo en mi interior deseaba de forma maligna— que él no iba a corresponderme y que esa sería la mejor manera de olvidarme de todo lo que está pasando en mi interior.

Pero no es así. Al contrario. Benno me agarra con fuerza por la cintura y me acerca todavía más a él. Ahora ya no hay distancia entre nuestros cuerpos. Alzo los brazos y me cuelgo de su cuello. Entreabro los labios y dejo que mi lengua juegue con la suya, intensificando todavía más el beso. Y algo se me derrite por dentro cuando él ahoga un gemido gutural dentro de mí.

Lo beso como si no hubiese un mañana, no sé si él mañana se arrepentirá de esto. Yo no soy una chica de esas normales, no soy una de esas con las que podría tener algo sencillo, algo corto, algo de verano.

Aun así, quiero sentirme como si lo fuera. Y me olvido de todo: de mis padres, de mis hermanos, de lo que debería hacer y tanto me cuesta.

Y me concentro en Benno y en el beso, que gana intensidad a cada momento que pasa. Lo disfruto como si supiera que no va a haber otro. Hasta que, al final, nos vemos obligados a separarnos para no morir ahogados.

—Joder, Delilah… —masculla, agachando la mirada. Sus ojos se posan en mis labios, que con seguridad estarán algo hinchados—. Eso ha sido… Joder, de verdad…

—Las palabrotas —lo riño en un susurro.

—Me importan una mierda las palabrotas ahora mismo. Lo que me gustaría es… —continúa, pero no termina la frase. Y no hace falta que lo haga, noto la dureza entre sus piernas, tan pegados como estamos el uno al otro—. No puedes hacer esto conmigo.

Me muerdo el labio inferior y creo que eso lo destroza más porque se le escapa un quejido.

—Yo no he hecho nada —me defiendo.

Benno utiliza ambas manos para separarme un poco de su cuerpo y me duele que lo haga. Así que intento volver a acercarme a él.

—Si te acercas otra vez así a mí, voy a hacer cosas que no deberíamos hacer, ni aquí ni ahora.

Se me esboza una sonrisa pícara en el rostro sin planteármelo siquiera.

—¿Y qué pasa si esas cosas son las mismas que quiero yo? —pregunto.

—Maldita sea, Del… ¿Quién eres tú, joder?

Benno alza la cabeza, como si intentara rezarle a alguien allí arriba, alguien que pudiera escucharlo. Estoy segura de que lo único que quiere es apartar la mirada de mí y de lo que le provoco. Porque está claro que he podido provocarle cosas. Muchas cosas.

—De acuerdo —digo al fin, borrando cualquier resto de maldad o picardía de mi rostro—. Te dejaré en paz… solo por ahora.

Él suelta una carcajada que me sorprende y que hace que todo en mi interior se revuelva. Hasta me obliga a apretar los muslos el

uno contra el otro porque creo que, de escucharlo, me he puesto cachonda.

—Volvamos adentro, por favor —pide, agachándose para recoger mi ropa sobre la arena.

Accedo, ya que, ahora que no lo tengo pegado a mi piel, me ha entrado frío. Y aferro la mano que me tiende para regresar a la casa.

No sé qué significa esto. Ni qué ocurrirá a partir de ahora. Pero se ha sentido como si hubiese hecho lo correcto y eso es con lo que prefiero quedarme.

Así que inspiro hondo su aroma en cuanto tengo la oportunidad de pegarme a su costado alegando que tengo frío y Benno me rodea los hombros con uno de sus brazos. Lo disfruto como si para mí esto fuese una situación normal. Como si pudiese hacerlo de forma libre, sin tener que pensar en otras tres personas que dependen de mí.

Y lo disfruto tanto que me lo creo de verdad, como si mañana no fuera a abrir los ojos y regresar a mi devastadora realidad.

Capítulo 16

Jo no ha dejado de parlotear todo el rato que llevamos en la cocina. Hemos recogido los bártulos del desayuno y ahora estamos arreglando lo que vamos a llevarnos a la playa. A Benno le toca fregar los platos y ponerlos en su sitio y no soy capaz de dejar de mirarle la espalda cada pocos segundos.

Las miraditas durante el desayuno han sido incómodas. Lo han sido porque era imposible negar que estaban cargadas de muchas cosas y porque han sido demasiado constantes. Algo que no habríamos hecho varios días atrás. Y me ha consolado darme cuenta de que yo no era la única, sino que lo he pillado a él lanzándomelas a mí en muchas ocasiones.

Demasiadas.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Jo, que ha detenido su perorata y me mira con el ceño fruncido.

—La verdad es que no, perdona. He desconectado hace al menos diez minutos.

—Por lo menos eres sincera, joder —masculla.

Mi amiga gira sus ojos hacia Benno, que termina de colocar los platos en el armario superior y se da la vuelta. Sus ojos se clavan en los míos y, en cuanto lo hace, me sonrojo.

Recuerdo los labios de Benno sobre los míos, sus ganas y sus manos sobre mis caderas, sobre mi piel, por todo el cuerpo.

Estoy segura de que las horas que he pasado en vela han ayudado a exagerar muchísimo los recuerdos de la noche anterior, pero la realidad es que fue algo increíble, incluso aunque no pasara de un beso en la playa —y de dos más en el porche antes de entrar —.

—Necesito tu ayuda arriba, Del —dice mi amiga, captando de nuevo mi atención.

Jo no espera a que le conteste nada, me coge de la mano y tira de mí, arrastrándome fuera de la cocina y al dormitorio en el piso superior.

—¿Con qué necesitas ayuda? —pregunto una vez dentro.

Me doy la vuelta para encontrármela apoyada en la puerta cerrada. Me mira de una forma que no conozco en ella. Es una mezcla entre curiosidad, malicia y diversión. Abro mucho los ojos.

—¿Qué pasa?

—Eso debería preguntarte yo —ataca—. ¿Qué pasa, Del? ¿No vas a contarme qué pasa entre Benno y tú?

Me quedo helada en el sitio. O, mejor dicho, chamuscada. Como si acabara de alcanzarme un rayo y me hubiese dejado más que tiesa. Al menos, ese es el sentimiento ahora mismo. Abro la boca porque quiero decir algo que me ayude a salir del paso, pero soy incapaz. Ni soy rápida para encontrar una excusa plausible ni quiero hacerlo —creo—.

—¿Todas esas miraditas entre vosotros en el desayuno? ¿Hay algo que quieras contarme?

—Nos hemos besado —confieso sin pensar.

—¿Disculpa?

—Tres veces.

Jo me mantiene la mirada, como si intentase adivinar si estoy hablando en serio o gastándole una broma. No podría bromear con semejante tema, imposible.

—¿Has entendido lo que te he dicho? —pregunto, preocupada por mi amiga.

—Te has dado el lote con Benno —repite ella.

—Bueno, tanto como el lote…

Joleen chista, haciéndome callar. Arqueo mucho las cejas, sin apartar la mirada. De repente, me siento como una niña pequeña a la que le están echando la bronca. O que anticipa que se la van a echar y ya está asustada y nerviosa.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunta ella.

—¿Por qué debería mentirte?

Jo suelta todo el aire que había guardado en los pulmones y su rostro se metamorfosea. Sus labios se estiran en una sonrisa tontorrona y sus ojos brillan de una forma diferente. Entonces se acerca a mí y me coge de ambas manos.

—Me tienes que contar todos los detalles —susurra.

—Eres una cotilla.

—Lo sé, pero me los tienes que contar igual.

No puedo evitarlo. Los labios se me ensanchan y una sonrisa hace aparición. Joleen también estira la suya y eso me quita el resto del nerviosismo que tenía.

—Es que no ha pasado nada más. Ayer, mientras Gael y tú estabais fuera, hicimos todo como lo hacemos normal y luego quise salir un poco a refrescarme —comienzo contando. Mi amiga me arrastra hacia la cama, donde nos sentamos, ella todavía con mis manos entre las suyas—. Me dio un susto de muerte allí, hablamos un poco y al final lo besé.

—¿Lo besaste tú primero?

—Digamos que yo tomé la delantera. Pero él no me hizo ascos, así que…

—¿Habéis hablado de qué va a pasar? —pregunta Jo, sin ocultar su emoción.

—Para el carro —digo, y se me escapa una risita nerviosa—. ¿Hablar de qué? No hay nada de qué hablar. Puede que nos liemos una o dos veces aquí, pero lo que ocurra en Sigi, aquí se queda.

—¿Y él está de acuerdo?

—¡Yo qué sé si está de acuerdo! Será así, lo quiera él o no.

—¿Y eso por qué? —Mi amiga suena molesta.

—Porque no estoy dispuesta a que quiera tener algo más conmigo. Benno es un buen chico, no tiene que ocuparse de mis hermanos ni de mí ni de nadie. Al menos, no de momento. Cuando tenga otra edad y encuentre a la persona correcta.

—Eso no puedes decidirlo tú.

—¿Por qué no? —me defiendo, frunciendo el ceño—. Jo, tú eres su amiga. Si no fuese yo, si otra chica con hermanos o con hijos intentara camelárselo para que se ocupara de ella, ¿qué harías?

—Tú no eres una aprovechada, no exageres.

—Eso no lo sabes. No me conoces desde hace mucho.

—Puede que tengas razón, pero tú no te vas a aprovechar de él —sentencia mi amiga—. Si te aprovechaste un poco de los regalos de Fritz, fue porque el capullo se lo merecía y tú lo necesitabas. Así que, estrictamente hablando, yo lo llamaría sobrevivir.

—La cuestión es que tampoco quiero que él crea que tiene que ocuparse de nosotros. Soy capaz de hacerlo sola.

—Y con todo y con eso, no te corresponde a ti decidir si él quiere o no quiere hacerlo. Deberías hablarlo con él, plantearle tu posición y ver qué opina, ¿no?

—¿Y tú desde cuando estás tan al tanto de estas cosas?

Mi amiga suelta una carcajada y desenlaza nuestras manos.

—Aprendo rápido —contesta, guiñándome un ojo.

Esbozo una mueca de resignación con los labios muy apretados. Entonces Jo se pone en pie y me tiende una mano para ayudarme a seguirla.

—Que no tenga que volver a sacarte estas cosas con cuchara, ¿entendido? —me amenaza, señalándome con el dedo—. Y, ahora, vamos abajo antes de que se piensen que estamos haciendo algo de moralidad dudosa aquí arriba.

Ahora soy yo la que me veo obligada a soltar una carcajada ante el comentario. Dejo que mi amiga me lleve de nuevo al piso inferior y acepto de buen grado ayudarla a terminar de meter algunas cosas en las bolsas que siempre llevamos a la playa.

En cuanto estamos listos y nos disponemos a salir por la puerta del porche, Benno se acerca rápidamente hacia nosotras y colisionamos de forma casual-no-casual. Me sonrojo al sentir su brazo rozar el mío. Él me hace un gesto con una mano para dejarme salir antes y le doy las gracias en voz tan baja que estoy segura de que no lo habrá ni escuchado.

Y, ahora sí, creo que me cocinaré como un pollo en el horno que ha comenzado a calentarse en mi interior. Creía que, después de ver si él podría tener o no interés en mí, todo lo que siento, la expectación y las preguntas dejarían de desestabilizarme tanto. Pero está claro que, una vez más, estaba equivocada.

Capítulo 17

Jo me zarandea cuando la película se ha terminado, claramente, se ha dado cuenta de que me he quedado casi durmiendo.

—¡A la cama! —exclamo en cuanto los créditos del final aparecen en la pantalla—. Hoy habéis aguantado demasiado.

—¡No es tan tarde! —grita Chris, que tiene que quejarse cada noche.

—Y, aun así, te toca irte a la cama —contraataco—. Si no puedes dormirte de inmediato, lees. O miras el techo, lo que quieras. Pero te vas a la cama.

—Eres mala.

—Y también soy tu hermana y me ocupo de ti, así que cuidado.

Bruno se pone en pie y le tiende la mano a Amelie, que la coge y se la aferra con fuerza. En los últimos días, había tenido la impresión de que ya no está tan pegada a mí, pero ahora parece que lo está a Bruno. Suspiro para mis adentros. Me da pena que, a su edad, siga siendo tan dependiente de otra persona cerca de ella.

—Recoged un poco el desastre, los cuencos, a la cocina, y arriba a lavaros los dientes.

Recito las órdenes como cada vez que vemos una película juntos antes de que se vayan a dormir; si fuera por ellos, lo dejarían todo hecho una pocilga y se meterían en la cama sin más. El único al que no tengo que decirle las cosas es a Hugo.

Mis hermanos recogen sus respectivos cuencos donde antes había palomitas y los dejan en la cocina. Chris sigue quejándose en voz alta sobre lo injusto que es tener que irse ya a la cama si nosotras todavía no nos vamos a dormir.

—Podríamos haber salido con tus amigos —dice mientras se da la vuelta hacia mí.

Tengo que tener una cara de malas pulgas impresionante porque creo que quería seguir quejándose y se queda clavado en el sitio. Arquea las cejas y me contempla como si acabase de ver un fantasma.

—Y yo te repito que hoy no es ese día.

No alzo la voz ni soy más directa de lo normal, pero creo que él capta el mensaje. Se encoge de hombros y hace con Hugo una carrera para ver quién llega antes al piso superior.

—Voy a acostarlos y vuelvo —le anuncio a mi amiga.

—Iré buscando algo para ver después.

Me voy al piso de arriba con Bruno y Amelie y ayudo a la segunda a ponerse el pijama mientras los dos primeros terminan en el cuarto de baño. Una vez están todos listos, los acuesto y los arropo en sus respectivos lugares y les leo los dos cuentos de todos los días. Bruno me da la espalda antes de terminar de leer y supongo que o no tiene interés en escuchar las mismas historias otra vez o está demasiado cansado. Él siempre escucha mis cuentos por respeto, aunque sé que ya es demasiado mayor para tener que leérselos.

—Buenas noches.

Me pongo en pie y salgo del dormitorio. Cuando regreso al salón con mi amiga, ella ya ha elegido la próxima película a ver.

—No sé si aguantaré otra —anuncio, cansada, mientras me dejo caer en el suelo.

—He elegido una de miedo, seguro que sí. Además, he sacado las chuches.

Joleen me acerca una bolsa de ositos de gominola y meto la mano para sacar un par y llevármelos a la boca. Me resulta casi irreal estar aquí con ella, tirada en el salón y dispuestas a ver una película, comiendo golosinas como si fuéramos dos chicas normales.

Como si mi vida estuviese a años luz y ahora tuviese la oportunidad de ser otra cosa.

Me imagino que así debería de haber sido mi adolescencia de verdad. Mirando pelis, pasando tiempo con mis amigas y comiendo lo que me diese la gana.

—¿Da mucho miedo? —pregunto entonces, refiriéndome a la peli —. No me gustan mucho las de terror.

—No lo sé. No la he visto nunca.

Genial. Estoy segura de que terminaré cagándome encima. O a saber.

Dejo que le dé al *play* y me hago con uno de los cojines del sofá al momento, dispuesta a taparme los ojos siempre que sea necesario.

Antes de darme cuenta, ya llevamos la mitad vista y yo estoy en tensión constante. Se me escapa un gritito cada vez que no me veo venir algo y creo que me he pasado más tiempo tapándome los ojos con el cojín que mirando la pantalla. Creo que a Jo le encantan mis reacciones, se ha reído como si fuese una comedia.

—¡Ya estamos de vuelta! —exclama alguien.

Lo que ocurre es, como mínimo, parte de un número cómico. Jo se gira hacia la puerta y grita, cosa que me asusta más que las palabras que acabamos de escuchar. Su grito lo complementa el mío. Dado que tenía la mano metida en la segunda bolsa de gominolas que hemos abierto, esta ha salido volando por todo el salón al sacarla demasiado rápido. Me he pegado a mi amiga con desesperación y, de repente, nos hemos quedado las dos mirando hacia el umbral del salón con los ojos llenos de lágrimas —al menos, los míos— y temblando como una hoja en otoño —al menos, yo—.

Las figuras de Benno y Gael se recortan en el umbral. No pasan ni diez segundos cuando el primero empieza a reírse a carcajada pura.

—¡Avisad la próxima vez, capullos de mierda! —exclama mi amiga.

—Los niños están durmiendo —susurro yo a mi vez.

Intento separarme de mi amiga para pausar esta película, que, está claro, no volveré a ver jamás en lo que me queda de vida.

—Hemos avisado, idiota —se defiende Benno.

—¡Pues haber llamado!

—¿Quién iba a saber que estabais tan metidas en… lo que sea que estéis viendo? —contraataca él.

—¡Gilipollas!

—Los niños están durmiendo —repito porque nadie me ha escuchado.

Gael se acerca a su novia, se deja caer a su lado y la abraza con muchísima fuerza antes de darle un beso en los labios. Me hace gracia que Jo se relaje con cada segundo al estar entre sus brazos.

—¿Qué está pasando? —pregunta René, que acaba de aparecer en el salón—. ¿No están durmiendo los niños?

Asiento de forma frenética, pero no sé si alguien se da cuenta. Es que no me sale volver a hablar. Acaban de darme el susto de mi vida.

—Estas dos, que estaban viendo una película de miedo solas y se han cagado cuando hemos avisado que estábamos de vuelta.

René esboza una sonrisa divertida al escucharlo. Benno mueve sus ojos de nuevo hacia el salón y, esta vez, los clava en mí. De repente, la gracia que había estado sintiendo hasta ahora se disuelve y la sonrisa le flaquea. Aparto de él la mirada y apago la televisión.

—Creo que no volveré a ver nunca una peli de miedo —anuncio, todavía en voz baja, y comienzo a recoger los ositos de gominola desperdigados por el salón—. Y ahora a ver si puedo dormir.

El corazón todavía me martillea en el pecho cuando me incorporo tras la tarea, aunque ya no sé si es debido al susto o a que Benno no ha apartado más sus ojos de mí.

—Me voy contigo —anuncia mi amiga.

Jo se gira hacia Gael y le da un beso en los labios. Tengo que apartar la mirada en cuanto me doy cuenta de sus intenciones porque me siento algo violenta.

A mí también me gustaría tener la libertad de hacer algo así ahora mismo…

Sacudo la cabeza en cuanto el pensamiento se instala. Las mejillas me queman y agacho la cabeza al pasar junto a Benno para que no se dé cuenta de ello.

—¡Buenas noches! —exclamo, sin esperar a mi amiga.

A los pocos segundos, Jo me sigue y nos encontramos en el dormitorio que compartimos. Cuando ella entra, tengo ambas palmas de las manos sobre las mejillas calientes.

—¿Qué ocurre? —pregunta, cerrando la puerta y a un volumen más decente que hace un rato—. ¿Te encuentras mal?

—No, estoy bien —digo, y creo que miento—. Es que me está subiendo la vergüenza de mi reacción de antes.

Jo sonríe y se da la vuelta para desvestirse.

—Vaya unas cagadas estamos hechas.

—Es que la peli era terrible.

—Te juro que casi me meo encima.

—Yo también —aseguro, y es la primera vez que se me escapa una sonrisita.

—Somos unas tontas.

Me veo obligada a darle la razón. Lo somos.

Me quito la ropa y me pongo el pijama. Cuando ambas estamos tiradas sobre la cama de matrimonio, Joleen todavía se gira en mi dirección y apoya la cabeza sobre una de sus manos, elevándola, para hablar conmigo.

—Oye, ¿has hablado ya con Benno? —pregunta.

—Todavía no.

—¿Y cuándo piensas hacerlo? —continúa—. Una vez me dijiste que el momento perfecto para hablar con alguien no existe y que ha de ser cuanto antes.

Pongo los ojos en blanco. Está claro que esta chica escucha lo que le interesa y, sobre todo, es como una navaja suiza: ataca en cuanto tiene la oportunidad.

Mi amiga sonríe ante mi reacción.

—No sé quién te habrá dicho eso, yo, seguro que no —me defiendo.

—Una amiga mía que creo que es muy inteligente —alega ella—. Así que ya sabes, hazle caso a esa persona tan inteligente y habla con él.

—Lo haré en cuanto lo crea conveniente.

—Cuanto antes —matiza mi amiga.

Ladeo la cabeza hacia ella y le saco la lengua.

—Creo que esta amiga mía de la que te hablo te caería bien.

—Muy graciosa, Jo —mascullo, dándole la espalda—. Hablaré con él en cuanto pueda.

—Así me gusta.

No quiero darle más oportunidad a que siga con esta conversación, así que apago las luces del dormitorio, sumergiéndonos en la oscuridad más absoluta.

Sé que no voy a dormirme rápido. Sé que tengo que hablar con Benno y sé que tengo que hacerlo lo antes posible. Pero la realidad es que no tengo ganas, ni energías. También tengo miedo de cuál sería su reacción y si para mí su respuesta podría ser decepcionante.

Aunque, pensándolo mejor, ni siquiera sé qué respuesta espero ni cuál podría decepcionarme.

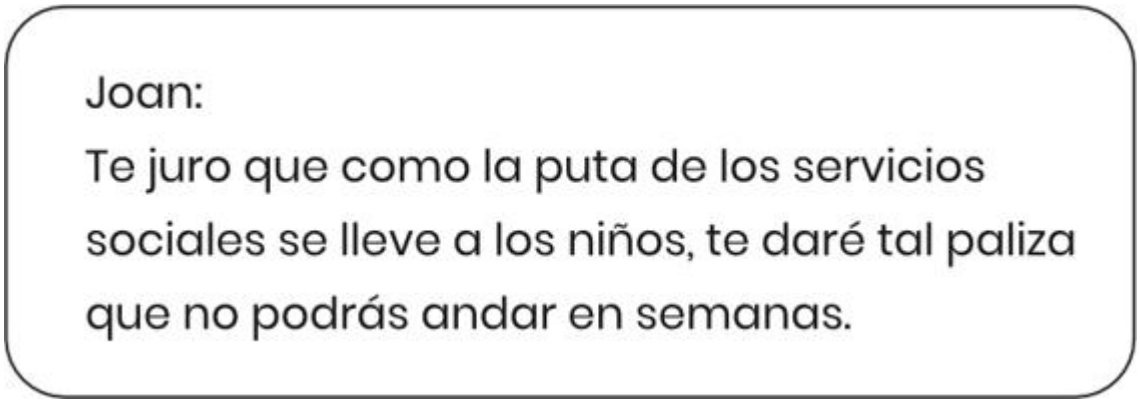
Cierro los ojos con fuerza y me quedo así hasta que dejo de ser consciente de todo lo que hay a mi alrededor y me duermo.

Capítulo 18

Saco el móvil del bolsillo y leo el nuevo mensaje. No conozco el número, pero sé que es de ella por su forma de escribir. De Joan.

A mi alrededor, las voces de mis amigos se mezclan las unas con las otras. Hasta hace un buen rato, yo también participaba de esta conversación, pero, de repente, hasta se me ha olvidado de qué va. Al recibir el primer mensaje, un sudor frío me bajó por la espalda y se me secó la garganta al momento.

Ahora, con el segundo, lo que está pasando fuera de las palabras de mi madre desaparece.



Un escalofrío me recorre el cuerpo y me abrazo para eliminar la sensación tan desagradable que me ha invadido. Aparto el plato, total, iba a comérmelo por puro compromiso. Gael no sabe cocinar ni unos huevos revueltos.

—Tengo que hacer una llamada… —mascullo, poniéndome en pie.

No miro a nadie en concreto al hablar. Sigo con la mirada clavada en la pantalla del móvil y lo hago así porque no quiero notar las miraditas de los demás. De preocupación, de intriga. Y tampoco quiero dar pie a que ninguno diga o pregunte nada.

Ahora, por lo visto, nuestra situación es de dominio público.

Benno y Joleen lo saben. Sé que el primero no se lo habrá dicho a nadie porque a veces es más cerrado que una cámara frigorífica.

Pero de ella no estoy tan segura. Aunque le pedí que no se lo contara a nadie, no estoy segura de si habrá podido guardar el secreto y no contárselo a su hermano predilecto ni a su pareja, su mejor amigo en todo el mundo.

Y, en caso de habérselo contado, la verdad es que no podría recriminárselo.

Mi madre me manda otro mensaje. Esta vez sin nada escrito, pero con una foto terrible y movida. Parece una hoja y, aunque soy incapaz de leer lo que dice, reconozco el logotipo de inmediato. El aire se me queda atascado en los pulmones.

No le contesto a sus amenazas, sé que no traerá nada hacerlo. Así que marco un número, otro, y espero a que la mujer coja la llamada al otro lado.

—Buenos días. Peters. ¿Cómo puedo ayudarle?

La voz de la mujer me reconforta, incluso con lo que está ocurriendo ahora mismo en casa. Y aunque no debería hacerlo porque ella es precisamente quien tiene las riendas de mi vida —de las nuestras— en sus manos.

Trago para humedecerme la garganta y me dirijo hasta la esquina más alejada del porche, como si así me asegurase de que nadie va a escuchar lo que estoy a punto de hablar.

—Buenos días, Evelyn —saludo—. Soy yo, Delilah.

—Señorita Dunst… —dice, y su voz suena mucho más triste de lo normal—. Supongo que sé el motivo de su llamada.

Se instala un silencio algo incómodo entre ambas. Evelyn Peters es nuestra trabajadora social desde hace años. Es la que me conoció cuando yo todavía no había cumplido la mayoría de edad y a la que logré convencer una y otra vez de que mis padres se ocupaban de los niños. De que ellos les lavaban la ropa y les hacían de comer, de que los llevaban al colegio y se ocupaban de que todo funcionase de una forma medianamente normal. Ella fingía creérselo a pesar de que sabía muy bien lo que estaba pasando. Aun así, la realidad de nuestra vida no constaba en ningún lugar oficial.

No sé cómo lo hice en su momento, pero logré convencerla de que nos dejara juntos y no nos diera en adopción. Y, con el paso del tiempo, ella luchó por no dar nuestro caso a sus compañeros cuando

su jefe se lo pedía. Tenía miedo, supongo, de que pudieran separarnos. O porque a lo mejor había aprendido hasta a querernos un poquito. Quién sabe. Los trabajadores sociales también son personas y, en muchas ocasiones, ellos mismos tienen familias.

—Siento mucho que haya tenido que ser sin su consentimiento —dice Evelyn, y suspira—. Necesitaba hacerme una idea de si la situación real ha empeorado o no.

—Lo entiendo —digo, y las palabras me duelen al escucharlas salir de mis labios—. Y no estoy enfadada, de verdad. Quiero que sepa que, precisamente por eso, he tomado una decisión.

—¿Lo ha hecho?

Me duele el pecho antes de decirlo en voz alta. Significa que, ahora, voy a sacrificarme del todo. Ya no habrá una decisión que tomar y todo se hará real. Había estado luchando contra ello demasiado tiempo, pero ya no hay vuelta atrás.

—En cuanto vuelva a casa, buscaré un trabajo a tiempo completo. Dejaré la universidad y saldré de casa de mis padres lo antes posible. Quiero llevarme a mis hermanos. Puedo convertirme en su tutora legal. Sabe que puedo conseguirlo.

Al otro lado, silencio. Aguanto la respiración, como si con ello también pudiese aguantar las lágrimas. Ahora me duele el pecho porque, de repente, mi vida ha vuelto a ponerse patas arriba.

Esto está siendo un buen guantazo de realidad en medio del oasis que yo misma me había creado.

—Me entristece escuchar eso —dice al fin la mujer al otro lado—. Pero también lo entiendo. —Evelyn vuelve a suspirar y la escucho buscar entre algunos papeles—. Voy a darle un plazo de dos semanas a su vuelta. Quiero que encuentre trabajo lo antes posible y que pueda mandarme un contrato válido. Retrasaré la citación que he enviado a sus padres hasta entonces. Una vez pueda asegurar el bienestar de sus tres hermanos, comenzaremos con el trámite para que se convierta en su tutora legal, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, Evelyn.

—Espero que sepa que, una vez sea usted la tutora de sus hermanos, no solo estará a cargo de los niños, sino que sus padres

dejarán de recibir el dinero por sus hijos —aclara, y lo hace en voz más baja—. ¿Entiende a lo que me refiero?

—Lo entiendo perfectamente.

—¿Y podrá asegurar también su bienestar, señorita Dunst? —pregunta.

Su tono de voz no suena como el de una trabajadora social que intenta reducir su lista de quehaceres. Suena como la de la Evelyn a la que llevo tanto tiempo conociendo. Como la de alguien que de verdad se preocupa por nosotros. Por mí. Aunque no pueda hacer más de lo que ya hace —avisarme con un día de antelación a sus visitas, mirar hacia otro lado con la situación de mis padres y concentrarse solo en si yo soy o no capaz de cuidar de mis hermanos, dándonos la oportunidad de seguir juntos—.

—Me ocuparé de que así sea —aseguro, aunque yo misma noto la duda en mi voz y me pregunto si ella también lo hará.

—De acuerdo —asiente la mujer—. Espero que, cuando regrese, tenga un plan sin fisuras.

—Se lo prometo. Gracias otra vez, Evelyn.

Otro silencio. Es corto, pero a mí me dice muchas cosas. Tantas como que ella sufre un pequeño momento de debilidad y esboza una pequeña sonrisa sentada a su mesa de escritorio. Lo sé porque suele dejar escapar el aire por la nariz de una forma diferente cuando lo hace.

—No me las des, niña. Espero de verdad que escapes de esa ratonera.

Se despide de mí sin esperar a que yo le corresponda y cuelga la llamada. Inspiro hondo, tengo la sensación de que me ha faltado oxígeno en los pulmones desde hace minutos.

Ahora que he colgado la llamada, sé que debería regresar adentro con los demás, pero no soy capaz. Me quedo aquí de pie, contemplando el mar y queriendo regresar al oasis que me había creado en mi realidad. Queriendo creer que soy una chica normal, con padres normales y problemas que también lo son.

No puedo porque la mentira sería demasiado obvia.

Cierro los ojos en cuanto escucho que la puerta del porche se abre y suplico para que no sea ninguno de mis amigos. Una mano

pequeña se cuela entre la mía y, cuando agacho la mirada, me sorprende encontrarme a Chris.

No me mira. Tiene el ceño fruncido y me aprieta los dedos entrelazados con fuerza.

—Todo va a estar bien —asegura.

Lleno los pulmones intentando controlar la marea de sentimientos en mi interior. Más que una marea me atrevería a decir que es un tsunami. Al final, asiento una única vez; si le contesto en voz alta, puede que empiece a llorar.

Que sea él quien acuda a mí para darme ánimos me hace darme cuenta de que he tomado la decisión correcta. Tal vez esté tirando mis sueños por la borda, que jamás consiga el tiempo ni el dinero para volver a estudiar y que desperdicie mi potencial —como ya se ha ocupado Evelyn de decirme en varias ocasiones—.

Pero ellos son lo más importante que tengo. Y estar juntos es mi objetivo principal.

Todo lo demás deja de tener importancia. Mi conversación pendiente con Benno pasa a ocupar el último puesto en mi lista. Y no me importa, lo que yo quiera, ahora mismo, ha dejado de ser importante.

Capítulo 19

He intentado dominarme como he podido después de la conversación con Evelyn y he participado en todas las actividades que hacemos de normal por las mañanas. René se ha llevado a Bruno y a Hugo a comprar, alegando que ellos también tienen una edad para ocuparse de algunas de las tareas que nos repartimos.

Me resultó curioso que ninguno de los dos pusiera pegas, aunque también supongo que están más acostumbrados a ello que los demás.

Y así quedamos menos personas para ir a la playa.

Desde hace un buen rato, estoy aquí de pie, mirando al agua, donde Jo, Gael, Benno, Chris y Amelie juegan a la pelota. La última apenas se mueve de su sitio y no ha abierto la boca desde que se ha visto rodeada de tanta gente.

El comportamiento de mi hermana me hace preguntarme demasiadas veces si todavía está dentro de lo que es considerado normal. De si tendrá alguna carencia o algo que se debería tratar.

La realidad es que no puedo —ni quiero— decírselo a nadie, eso significaría, primero, hacer uso de un dinero que no tengo para llevarla a algún especialista y, segundo, hablar de nuestra situación en casa a más desconocidos.

Clavo la mirada en Benno. He sido la única que no ha ido a jugar a la pelota como si no pasase nada.

Lo taladro con los ojos. Tengo el ceño fruncido y, a cada segundo que pasa, esa tristeza inicial se va transformando en rabia por algún motivo. Bueno, no por algún motivo, sino por uno muy concreto: el desagrado que le tengo a mis padres ahora mismo. Me encantaría incluso decir que los odio, pero no puedo. No sería cierto. Me gustaría echarles la culpa de todo. Pero tampoco puedo.

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo aquí clavada sobre la arena, con las gafas de sol puestas y el cabello sin recoger, que se pega a mi nuca y a mis mejillas por el sudor. Entonces veo a Benno

correr hacia mí, sonriente, abierto como tan pocas veces y es ahora cuando veo la oportunidad correcta.

Sé que esta mañana hablar con él había perdido toda su importancia, pero creo que es, al menos, lo justo.

—¿No quieres venir? —pregunta, pasando a mi lado para acercarse a la nevera portátil y sacar una botella de agua fría—. Llevas parada aquí todo el rato, como si te diese alergia sentarte sobre la toalla o algo.

—Tenemos que hablar.

La voz me ha salido demasiado seria. Decir esta frase es sinónimo de «algo va mal». Si para colmo la dejas salir como yo ahora mismo, se puede traducir como que de un segundo a otro voy a hacer estallar tu mundo en pedazos.

Y creo que Benno lo ha entendido así porque la botella se queda suspendida a mitad de camino de sus labios durante unos segundos y su sonrisa flaquea. Me levanto las gafas de sol para que pueda verme los ojos y entonces él se lleva el botellín a los labios, le da un buen trago y la deja caer sobre la toalla.

—De acuerdo —dice, ahora también tan serio como yo.

Benno se gira hacia nuestros amigos y hace unas señas con los brazos en la distancia. No tengo ni idea de si lo han entendido o no; no me quedo a comprobarlo. Echo a andar mientras me recojo el cabello en un moño en lo alto de la cabeza. Al poco rato, él me da alcance.

—¿Qué ocurre? —pregunta, directo al corazón.

Me alegro de haber echado a andar porque eso no me da mucha oportunidad de mirarlo a los ojos. Creo que, si pudiese hacerlo, me rompería ver lo que hay en ellos al dejar salir las palabras.

Prefiero disfrutar un rato de este paseo con él. Tengo la sensación de que, después, no va a querer nada más de mí, y con razón.

Benno se acerca un poco a mí y me estremezco cuando sus dedos se posan en mi muñeca y la acarician.

Me muerdo el labio inferior con fuerza.

—Esta mañana he hablado con nuestra trabajadora social —suelto, y lo miro de reojo, esperando su reacción. Él no dice nada,

solo espera a que continúe—. Por lo visto, hace unos días fue a visitar a mis padres aprovechando que no estábamos y les ha mandado una citación.

—¿Una citación para qué? —pregunta Benno.

—Para comprobar que son capaces de asistir a la cita sin llegar tarde, ni ir colocados y testificar que son perfectamente capaces de ocuparse de nosotros.

—¿Y lo son?

—Por supuesto que no —suelto, casi gruño—. Ya no. Hace un año, quizá hubiesen podido fingirlo por unas horas. Ahora, desde luego que no.

—¿Y qué pasa si no van? —sigue preguntando.

Cierro los ojos un segundo. Y doy gracias por tener una relación decente con Evelyn. Si no hubiese sido así, este sería el fin de nosotros cuatro como familia.

Aunque, de no ser así, la realidad es que hace ya demasiados años que no seríamos una familia.

—Que los servicios sociales los calificarían como «no aptos» y mis hermanos pasarían a formar parte de la lista de niños que necesitan una familia de acogida.

—¿Y tú?

Vuelvo a lanzarle la mirada. Él se mantiene serio y sus dedos siguen acariciando mi muñeca al andar. Sé que no quiero decirle lo que tengo que decirle y me siento fatal por ello. Porque son mi cabeza y mi corazón luchando a muerte.

—Yo no pinto nada en esa ecuación, soy mayor de edad —explico —. De momento, no va a ir a más, espero. Nuestra trabajadora social nos conoce bien y me… ayuda a que la situación siga como está, siempre que yo pueda garantizar el bienestar de los niños. Ha citado a mis padres, aun así, revocará la citación hasta que regresemos.

Hago una pausa para inspirar hondo. Me lleno los pulmones con un oxígeno que difícilmente me satisface. Sé que es algo muy manido, pero me siento como un pez fuera del agua. Y eso, además, en más de un sentido.

—Tengo la sensación de que me estás contando esto por algo en especial y que no es lo que querías hablar conmigo.

—Chico listo —correspondo, y se me escapa una sonrisita algo triste en contra de mi voluntad—. Lo que quiero decirte es que, sea lo que sea que podría haber nacido de esto, tenemos que dejarlo estar, olvidar que ha pasado.

—¿Olvidar que ha pasado? —repite Benno, y se detiene en seco —. ¿Te refieres a lo de hace unos días? No había tenido la valentía de sacarte el tema porque me mandas señales contradictorias.

—¿Que yo te mando señales contradictorias? ¡Mira quién fue a hablar! —exclamo, y la sonrisa irónica se me esboza sola en los labios—. Mira, la cuestión es la siguiente… —Me detengo a su altura y me aprieto los ojos cerrados con los dedos durante un segundo—. Voy a dejar la universidad para conseguir un trabajo a tiempo completo. O dos, o los que hagan falta, para salir de casa de mis padres y convertirme en la tutora legal de mis hermanos. Eso significa que no tengo tiempo para tener nada… Para estar con alguien.

—Y eso lo has decidido tú sola y sin tenerme en cuenta, ¿verdad? —El desagrado en su voz es palpable y me pone la piel de gallina.

—No hemos llegado a nada, pero incluso antes de que pasase, esto ya tenía fecha de caducidad.

—Qué poético, joder.

Siseo entre dientes al escuchar la palabrota, él ni se inmuta.

—No voy a dejar que te metas en mi vida una vez regresemos a casa, Benno.

—Eso no deberías decidirlo tú sola —ataca, y sé que lo está haciendo porque da un paso hacia adelante que me obliga a mí a dar uno hacia atrás—. Ni siquiera sabemos si esto podría llegar a ser algo serio y ya quieres cortarlo. Te diría que tienes miedo, pero no estoy seguro de si es eso o estás como una puta cabra.

—No te pases ni un pelo —lo amenazo—. Además, lo estoy haciendo también por ti.

—¿Por mí? No tienes que preocuparte por mí, gracias.

—Benno, tranquilízate. —Alzo ambas manos colocándolas entre ambos y digo estas palabras para aplicármelas a mí también. Inspiro

hondo y dejo escapar el aire poco a poco—. Baja a la realidad, por favor. Podemos seguir con esto durante el verano y luego darnos cuenta de que en nuestro día a día no va a funcionar. O cortar lo que sea que pase ahora mismo. Nos hacemos daño ahora, pero desde luego será menos que dentro de unas semanas.

—Del, no lo decidas tú sola…

—Soy como una madre soltera con tres hijos. Por el amor del cielo, Benno, puedes estar con la chica que quieras. No elijas que sea conmigo porque no va a ser fácil. Y no es justo para ti.

—Eso sigues sin poder decidirlo tú sola…

Cierro los ojos con fuerza otra vez. Siento un pinchazo en la cabeza que me la taladra sin descanso.

—Cuando lleguemos a casa, encontrarás a una chica mona con una vida más fácil que la mía y que esté al cien por cien para ti, ¿vale? Estoy segura de ello. Se te acercan como abejas a la miel.

Intento sonreír, pero no me sale. Además, la cara de mala uva de Benno hace que se me quiten las ganas. Ahora mismo, lo que más me gustaría es echarme a llorar.

—¿Esa es tu última palabra? —Su voz sale algo cascada y espera unos segundos antes de continuar—. ¿No darnos una oportunidad por lo que pueda suponer al regresar a casa?

—No darnos una oportunidad porque no sería lo correcto.

Lo suelto sin pensar y él aparta la mirada en cuanto dejo de hablar. Creo que volverá a mirarme en algún momento, pero no lo hace. Así que, al final, también agacho la cabeza. Me abrazo a mí misma con fuerza, dándome la estabilidad que necesito ahora mismo. Hace muchísimo calor, aunque en mi interior siento frío.

Esto es justo lo que llevaba días sabiendo que tenía que hacer. Lo que, según mi razón, es lo correcto. Pero se siente mal.

Desastrosamente mal.

—Gracias por habérmelo dicho ahora, supongo.

No lo miro al pronunciar sus últimas palabras, pero lo siento. Su disconformidad ante mi decisión me la ha lanzado a la cara como si fuera una tortilla caliente.

Se da la vuelta y deshace el camino que hemos hecho un rato atrás. Suspiro con los ojos cerrados de nuevo y lo sigo a una

distancia prudente.

Sé que he hecho lo correcto, lo que se supone que debo hacer. Y sé que ahora nos dolerá a los dos —porque esto parece que, al menos en mi caso, era más que un simple encaprichamiento momentáneo—, pero que en unas semanas nos reiremos del asunto. O eso espero.

Él no es Fritz. Él no se conformará con formar parte de mi vida al borde de la realidad. Él querrá estar en medio y querrá, con mucha probabilidad, ser parte de todo.

Y eso no puedo permitirlo.

Esta es mi vida y mi realidad y no estoy dispuesta a arrastrar a otra persona a ella. Independientemente de lo que pueda o no gustarme esa otra persona.

Capítulo 20

Me siento en el borde de la cama y me restriego los ojos. Me duelen y seguro que estarán hinchados. Me cambio la camiseta del pijama por otra tirada a mis pies y me meto en el cuarto de baño para asearme, evitando por todos los medios mirarme al espejo.

Es demasiado temprano y yo no he dormido apenas. Las imágenes y las palabras de mi conversación con Benno me persiguen. Esas y las de mi madre, nuestra casa y esa citación que he intentado leer en un millón de ocasiones, pero que ha sido imposible porque la foto que me mandó Joan es terrible. Cada vez que lograba conciliar el sueño, me despertaba al poco rato presa de una pesadilla en la que me quitaban a mis hermanos, nos separaban y los mandaban a cada uno a una punta del país.

Se me pone la piel de gallina al pensar en ello.

Bajo a la cocina con muchísimas ganas de tomarme un café bien cargado, pero me quedo estática en el umbral al ver que ya hay alguien allí, haciendo lo mismo que yo quería.

Benno se da la vuelta y cruza los brazos sobre el pecho antes de darse cuenta de que yo también estoy aquí. Nos miramos durante algunos segundos y maldigo mi suerte una y otra vez.

—Buenos días —digo al fin con la voz ronca—. ¿Puedo coger un poco de café?

Él no dice nada, solo se aparta unos centímetros de donde ha apoyado el cuerpo para dejarme pasar. Me hago con una taza limpia y la relleno. Mientras el líquido oscuro cae en ella, me doy cuenta de que me duele estar tan cerca de él. Ahora mismo, lo que me gustaría sería estamparle un beso en los labios como si no hubiese un mañana. Y tocarlo por todos los rincones de su cuerpo.

Pero eso no es compatible con lo que le dije ayer.

A lo mejor, él tiene razón y sí estoy como una puta cabra.

Dejo el resto del café en su sitio y me doy la vuelta para dirigirme a la puerta del porche. No le digo a Benno que voy a salir a tomármelo sentada en el banco porque dudo muchísimo que le

importe. Y, así, al menos, no tenemos que obligarnos a estar en la misma habitación.

Me siento y saco el móvil del bolsillo de los pantalones. Continúo navegando por donde lo he dejado una de las tantas veces esta noche y leo cada una de las ofertas de trabajo que creo que podrían ajustarse a mi educación actual. Cuando encuentro una que me interesa, la guardo y paso a la siguiente. Y, mientras llevo a cabo esta tarea, bebo un sorbo tras otro de la taza.

Me entristece estar haciendo esto porque me lo había imaginado muy diferente. Aunque está claro que yo nunca he tenido una oportunidad real de graduarme en la universidad como la chica de una serie americana cualquiera.

Dejo el móvil a un lado y cierro los ojos cuando ya me he guardado dos ofertas de trabajo y leído otras tantas.

Cuando escucho la puerta a mi lado, muevo el rostro hacia ella y veo a Benno salir de la casa, sujetando una taza en una de sus manos y el ceño fruncido. Con su buen humor de siempre, vamos.

—Tenemos que hablar —son sus primeras palabras del día.

No se sienta a mi lado. Se queda de pie y se apoya en la barandilla. Mantiene uno de sus brazos cruzado sobre el pecho y con la mano del segundo sujeta la taza, pegada a sus labios.

Si supiera las ganas que tengo de sentirlos en cada centímetro de mi piel, no habría puesto tanto espacio entre nosotros.

Aparto la mirada sintiéndome muy violenta al darme cuenta de que le he mirado la boca con demasiada fijación.

—¿De qué quieres hablar? —pregunto, para que no crea que me he quedado muda o algo.

—De lo que me dijiste ayer y de nosotros.

Va directo al grano, el chaval. No quiero volver a mirarlo porque no confío en dónde podría clavar mis ojos esta vez y tampoco quiero contestar en voz alta; creo que hoy le corresponde a él decir lo que quiera. Así que asiento una vez, instándolo a que comience.

—Mira, Del, de las vacaciones ya no nos queda tanto tiempo y han estado muy bien —comienza, y creo notar algo de duda en su voz al hablar. Conociendo a Benno, seguro que me lo habré imaginado—. Sé por qué dijiste ayer lo que dijiste, pero quiero que

sepas que no estoy de acuerdo. —Benno se separa de la barandilla y da un par de pasos en mi dirección, todavía sin acercarse demasiado. Interpreto su gesto como una necesidad de que lo mire de forma directa, así que lo hago y el corazón casi se me detiene al clavar mis ojos en los suyos—. No estoy de acuerdo en que nos hagamos daño ahora y no en algunas semanas.

—Benno…

—Déjame terminar —pide, alzando una mano para detenerme—. No estoy de acuerdo porque tampoco tendríamos que hacernos daño en unas semanas. Ni en unos meses. ¿Entiendes por dónde voy?

Ladeo la cabeza. Él ha acortado la distancia que nos separa y se ha sentado a mi lado. Tenerlo tan cerca de mí me desestabiliza por completo y me hace darme cuenta una y otra vez que hay algo muy poderoso que tira de mí hacia donde él está. Me encantaría decirme que apenas lo conozco y que solo podría ser lo físico —Benno está como quiere, no puedo mentirme—, pero me da la sensación de que hay algo más. Como si ya lo conociese bien, como si lo conociese de antes. Podría decir que de otra vida, aunque yo no creo en esas cosas.

—Sí que lo entiendo. Pero sigo creyendo que no…

—¿Por qué no, Delilah? —me interrumpe, y me da la sensación de que está desesperado por escucharme decir otra cosa—. Me gustas muchísimo, ¿vale? No sé cómo ha pasado porque, normalmente, a mí me gusta otro tipo de chica…

—¿Otro tipo de chica? ¿Dices de las que están más buenas y tienen menos problemas? —lo interrumpo yo. Intento esbozar una sonrisa divertida para quitarle hierro al asunto, y me es imposible al ver que él sigue con su cara seria.

—Tú eres perfecta tal cual te ves, puedes creerme —suelta de repente, haciendo que me ponga roja como un tomate y tan nerviosa que me vea obligada a apartar la mirada de él—. No, me refiero a otro tipo en plan… más superficial, ya sabes. Al principio, creí que también eras de seas, pero eres… eres mucho más.

Inspiro hondo con los ojos cerrados. Tengo muchísimo calor y supongo que es por todo lo que acaba de decirme que no solo me

ha halagado, sino que ha hecho que me vea obligada a apretar los muslos mucho más de lo que me gustaría ahora mismo.

No sé cuál es el problema de mi cuerpo para tener una reacción similar cada vez que estoy con él.

—Eres guapa, eres inteligente y tienes tema de conversación. No estoy acostumbrado a hablar con chicas sobre… cosas —continúa, y se me escapa la sonrisa antes de poder evitarlo. Vuelvo a mirarlo—. Lo importante era otra actividad, ya sabes. Pero contigo no pienso en eso…, al menos, no como prioridad.

Entonces ocurre algo que no creo haber visto jamás en él. Benno se sonroja. Las mejillas se le tintan de rojo como ha pasado conmigo minutos antes y, al verlo, siento como si una mano con mucha fuerza en sus dedos me estrujase el corazón en el pecho. Casi que me falta la respiración al verlo y se me olvida lo que acaba de decir.

—Creo que sería un error no darnos una oportunidad.

Benno me mira como si fuese lo único que importa ahora mismo. Sabe bien cómo hacer que me sienta más especial que el resto. Tanto con lo que me ha dicho como con su forma de mirarme.

—Es muy bonito todo lo que has dicho, pero…

—No te mientas, Del, por favor —me interrumpe otra vez, y tengo la sensación de que no está dispuesto a volver a escuchar mi negativa—. He visto cómo me miras y lo haces de la misma manera en la que te miro yo. Me mandas señales contradictorias, sí, y es porque estás luchando contigo misma. Y eso me lo dejaste claro ayer.

—Creo que estás un poco pagado de ti mismo.

—Joder, Del —masculla, y apoya la espalda en el respaldo del banco, llevándose las palmas de las manos a los ojos. Parece a punto de perder los estribos—. No quiero que me digas lo que es o no es correcto. Quiero que me digas lo que quieres tú. Lo que te gustaría hacer o permitir. Sé que será difícil, que tienes una situación complicada y que piensas en tus hermanos como prioridad; esto no tiene que ver con ellos, sino contigo. Contigo y conmigo.

Cuando vuelve a mirarme, veo en sus ojos muchas cosas: decisión, rabia y enfado, esperanza. Y, esto es de mi cosecha, ganas de que deje de mentirle y de mentirme a mí misma. La realidad es

que sé que lo que me dice mi cabeza es lo correcto y que debería ser así para no hacer la situación más complicada de lo que ya es.

El corazón me pesa demasiado en el pecho y tampoco sé si sería capaz de verlo a él coquetear con otra chica al regresar a casa.

—¿Qué es lo que quieres tú? —repite.

Sus ojos me taladran y me quedo un par de segundos prendada de ellos y lo bonitos que son. O, al menos, a mí me resultan los más bonitos que he visto nunca. Incluso con su ceño fruncido y su cara de malas pulgas.

Abro la boca para contestar, me quedo así durante un momento, no me salen las palabras. Ordeno las ideas en mi cabeza y tomo la decisión de serle sincera porque creo que es lo que se merece.

—A ti —suelto al fin, después de haberle dado vueltas a otras cuarenta cosas que habría dicho en lugar de lo que he dicho.

A Benno le tiembla una de las comisuras de los labios. Se estira hacia arriba de forma lenta y ahora soy incapaz de apartar los ojos de esa parte de su cuerpo. No tengo ni la más remota idea de si a él le molestará o no, ahora mismo me da igual. Sus labios son perfectos, sin más. Para él y para estar conmigo, qué mierdas.

Se me acelera la respiración y estoy dispuesta a dejarme llevar por segunda vez en estas vacaciones cuando lo escucho hablar de nuevo.

—Ya iba siendo hora, joder.

No me deja replicarle nada, se acerca a mí tan rápido que no me da tiempo ni a llenarme los pulmones de aire. Me besa con una desesperación que, estoy segura, es la que yo le dejo ver también. Enreda una de sus manos entre mi pelo y me obliga a acercarme más y más a él. Yo también lo hago, le tiro del pelo y el beso se intensifica a cada segundo que pasa. Su lengua recorre todos los recovecos de mi boca, no se deja nada para descubrir más adelante. Benno gruñe con sus labios todavía pegados a los míos y me eleva para colocarme a horcajadas sobre su regazo.

Se me mojan las bragas al instante al darme cuenta de lo que estamos haciendo, dónde lo estamos haciendo y saber que esto es mucho más recíproco de lo que yo habría imaginado nunca. Seguimos dándonos el lote con una intensidad que no había tenido

jamás con nadie hasta ahora y noto la dureza en sus pantalones al momento.

Separo mis labios de los suyos y él aprovecha la oportunidad para recorrer mi cuello y bajar en dirección a mi pecho. Dejo escapar un gemido en cuanto posa un beso en mi escote y es entonces cuando pienso por segunda vez dónde estamos.

—Joder, Benno, joder —mascullo, apartándolo con ambas manos.

—¡Delilah Dunst! —exclama, y su voz suena tan ronca y tan sensual que me pongo a mil por hora—. ¿Desde cuándo tú diciendo tacos?

—Calla. —Le tapo la boca con una mano y aprovecho para inspirar hondo una única vez—. Sabes bien que no deberíamos estar haciendo esto, y mucho menos deberíamos estarlo haciendo aquí y ahora.

—¿Me estás pidiendo ir a otro lugar a continuar?

—¿A cuál, idiota? Estamos en una casa con otras siete personas.

La realidad de la situación nos cae sobre los hombros como un cubo enorme de agua helada, congelada, con cubitos de hielo inclusive.

Benno sonríe y me lo contagia. Al final, terminamos riendo por lo estúpido de toda esta situación.

—Tienes razón. —Sus manos se posan a ambos lados de mis muslos y siento un calor muy agradable allí donde están colocadas —. Pero creo que ahora te toca, al fin, darme la razón a mí.

—¿La razón con qué? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Con que nos debemos una oportunidad a pesar de todo lo que podría ponérsenos en contra.

Ladeo la cabeza y aprieto los labios en una fina línea. Sigo creyendo —o, mejor dicho, mi cabeza lo cree— que esto no es lo correcto. Que le concede un grueso trazo de complicaciones al cuadro en el que se está transformando mi vida. Tampoco puedo quedarme impasible ante lo que este chaval me hace sentir.

Quiero decir, nunca nadie había hecho que se me mojaran las bragas con tanta rapidez.

—Creo que podrías tener razón… —comienzo, y, cuando veo que él va a decir algo para interrumpirme, alzo el dedo índice para

detenerlo—. Pero también creo que va a ser muy difícil seguir con esto al regresar a casa. Sin embargo, quizá, establecer algunas normas ayude.

—Normas que estableceríamos al final de las vacaciones, ¿cierto?

—Cierto.

—Aceptaré cualquier norma que quieras poner siempre que nos dejes seguir intentándolo.

Siento un pinchazo en el corazón y, sin poder evitarlo, le rodeo el cuello con ambos brazos.

—A lo mejor te cansas de mí antes de que lleguemos a las normas —digo, y esbozo una media sonrisa.

—Lo dudo mucho —asegura, y me da un beso en la nariz—. Y ahora, por favor, bájate de mi regazo antes de que tenga que explicarle a alguien por qué la tengo tan dura.

—Eres un cochino.

—Y tú me vuelves loquísimo, por si no te has dado cuenta.

Me pongo en pie a regañadientes; la verdad es que sus palabras me han dejado muy blandita por dentro. Antes de dejarlo en paz, me inclino un poco sobre él para hacerme con las tazas de café que se han quedado abandonadas a nuestros pies. Al hacerlo, Benno se muerde el labio inferior y a mí se me escapa una sonrisa divertida.

—Me voy adentro para que puedas resolver… eso.

Él asiente frenéticamente con la cabeza y me da la sensación de que es un chiquillo en la pubertad. Con ambas tazas regreso a la cocina. Lo que jamás le diré ni en esta vida ni en la siguiente es que también tengo que alejarme de él para que todo en mi interior deje de hacer palmas de expectación ante lo que podría haber pasado allí mismo, sin haber tenido en cuenta dónde estábamos ni la hora que era.

Capítulo 21

Muchos besos a escondidas, mensajes escritos para decirnos cosas que no queríamos que escuchasen los demás, miraditas disimuladas y besos lanzados al aire, esquivando las miradas ajenas, rozaduras de manos y caricias furtivas.

Todo eso es lo que ha llenado mis últimos dos días.

Y muchas, pero muchas, sonrisas de pura satisfacción.

Jamás me habría creído que permitir algo así me hiciera sentir tan plena. Por un lado, me da hasta vergüenza sentirme de esta manera porque me parece una tontería. Pero bien sé también que no lo es. En esta vida, todos tenemos la imperiosa necesidad de que nos quieran y nos acepten.

Contemplo a Benno jugar con mis hermanos y con Hugo. Lleva a Amelie colgada de la espalda y huye de los demás, que los persiguen jugando a pillarse. Mi hermana se ríe como hacía tiempo que no la escuchaba y eso me calienta todo por dentro. Aunque creo que verlo a él jugar con ellos es lo que más sentimientos me despierta.

Me dejo caer sobre la toalla y me ajusto las gafas de sol para obligarme así a apartar la mirada de ellos. De él.

Debido a las quemaduras de la primera semana ya ha comenzado a despellejárseme la piel, como no quiero interrumpir el juego de los demás, me quedo aquí, achicharrándome como un pollo en el horno. Hasta que noto que alguien se sienta a mi lado y giro el rostro en la dirección. Sonrío al verla.

—¿Qué hay? —pregunta Jo, dándose la vuelta para acostarse sobre el abdomen—. ¿No tienes nada que contarme?

Jo sonríe y mueve los ojos hacia mí. Ambas nos contemplamos durante unos segundos y, finalmente, no me queda otra opción que sonreír y darle la razón, así que giro el cuerpo para colocarme en una posición en la que me resulte más fácil hacer confidencias.

—Lo hemos hablado —digo, y me sonrojo al instante—. Y es imposible negar lo que sentimos.

—Te dije que tenías que hablar con él.

—Anda, sí que te has aprendido el cuento de la primera vez, ¿no? —pregunto, divertida—. Ya, tenías razón.

—Y ahora sois, ¿qué? ¿Novios? ¿Amantes?

—No seas idiota —recrimino, y me subo las gafas de sol para que pueda verme los ojos—. No nos hemos puesto etiqueta, no creo que la necesitemos.

—Está sobrevalorado —corresponde mi amiga.

Guardo silencio, pensando en las dos últimas conversaciones que he tenido con Benno. Desde que le reconocí lo que quería y sentía, apenas hemos tenido tiempo de hablar en condiciones. Sobre todo, porque se nos ha ido el tiempo en besos y caricias.

—Sigo creyendo que esto va a ser muy difícil —le confieso a mi amiga—. Y me da miedo que nos demos cuenta pasado mucho tiempo, ¿sabes? No quiero hacerle daño y tampoco quiero que él me lo haga a mí. Me aterroriza que, cuando regresemos a casa y él se dé cuenta de lo difícil que es encontrar tiempo conmigo a solas, quiera dejarlo. Porque me gusta mucho.

Mi amiga sonríe y también se quita las gafas de sol para clavar sus ojos en los míos. La confesión me ha apretujado el corazón a base de bien. Es la primera vez que lo reconozco en voz alta. Mejor dicho, que lo reconozco, sin más.

—Yo también creo que será difícil para vosotros. —Mi amiga se incorpora sobre un brazo—. Y también creo que os lo merecéis. No lo parece, porque Benno a veces cambia más de chica que de ropa interior, pero él no es de los que se rinde tan fácilmente. Si fuera así, habría dejado de ser nuestro amigo nada más conocernos.

Jo suelta una carcajada y me contagia. Al escuchar sus palabras, me dan ganas de haber estado en ese momento, de haber podido conocerlos antes en mi vida y haber entablado una amistad. Puede que todo hubiese sido un poco diferente a mi alrededor.

—Es curioso que con él esté siendo todo un poco diferente a como fue con Fritz.

—No deberías compararlos. Te recuerdo que Fritz es un capullo.

—No quiero compararlos —me apresuro a alegar—. Me refiero a cómo comenzó todo. Con él fue mucho más fácil al principio y yo ni

me lo pensé. Cuando tuve la oportunidad de salir con él, lo hice. Éramos unos críos y a lo mejor eso influyó.

—¿O también influyó el hecho de que en casa no fuese todo tan mal?

Me muerdo el labio al escucharla. Me siento sobre la toalla y cruzo las piernas. Bajo la mirada y comienzo a dibujar círculos imaginarios con el dedo.

—Puede que eso también tuviese algo que ver —asiento—. Bueno, la situación ya estaba un poco torcida, pero no tanto. Mamá solo se dedicaba a la parte menos dura de todo lo que ya consumía mi padre. —Inspiro hondo y alzo la mirada de nuevo a mi amiga. Siento la imperiosa necesidad de decir cosas que no había dicho nunca antes—. Siempre me he preguntado por qué a veces el amor hacia otra persona es más grande que el que le tienes a tu propia vida.

—No lo sé.

—Es una tontería, ¿no crees? —continúo, casi sin escucharla—. Quiero decir, puedes alejarte por amor a tu familia, pero destruir tu vida por el mismo motivo es algo que se me escapa…

Todo lo que quería seguir diciendo muere en mi interior al captar el brillo de tristeza en los ojos de mi amiga y me muerdo la lengua porque soy una idiota. Siempre me había molestado que Fritz pareciese vivir en una cúpula de cristal, sin importarle lo más mínimo lo que pasase fuera de ella, siempre que él siguiera teniendo su vida de lujo y despreocupación.

Ahora mismo me he lanzado a hablar sin tener en cuenta la vida y las preocupaciones de mi amiga y de su madre, que también se alejó de su familia por amor, destruyendo casi por completo la relación que podría haber tenido con sus hijos.

No conozco toda la historia, sin duda es igual de dura que la mía. Incluso aunque sean también tan diferentes.

—Yo creo que el amor es un sentimiento muy potente. Puede ser muy bonito y positivo, puede darte esperanza y, yo qué sé, hacerte avanzar. —Jo se sienta sobre la toalla en la misma posición que yo—. Pero también puede obligarte a hacer cosas muy estúpidas o a

dañar a otras personas. Nos pasamos la vida haciendo cosas por amor y yo creo que apenas tenemos verdadera conciencia de ello.

—Quién iba a decir que fueras una filósofa en potencia.

—¡Calla! —exclama Jo, intentando ocultar una sonrisita divertida —. No me ofendas. Pero creo que es así. Mi madre se fue por amor, para protegernos, yo eso no lo sabía.

—Mi madre se metió en el mundo de mi padre también por amor, para estar más cerca de él.

Ambas nos quedamos en silencio. Apartamos la mirada la una de la otra porque creo que nos hemos sumergido en el fondo de nuestras mentes. Al menos, eso es lo que hago yo. Me sumerjo en recuerdos del pasado que siempre me atacan en momentos de debilidad para preguntarme por qué ha ocurrido todo como ha ocurrido.

—En las amistades también hay amor, ¿sabes? —dice entonces mi amiga, devolviéndome a la realidad.

—Que también puede ser bueno o malo.

—El nuestro es bueno, espero —dice, y ambas reímos—. A menos que le hagas daño a mi amigo, ahí no lo será. Aunque creo que también debería decírselo a él. ¡Qué complicado todo, joder!

La miro con el ceño fruncido y ella esboza una sonrisa de disculpa ante la palabrota.

—Pero una cosa sí que quiero decirte —continúa—. Da igual lo que pase, ¿vale? Da igual si sigues con Benno hasta que os salgan canas o si no funciona. Y da igual lo que ocurra en tu casa, con tus padres o en tu vida. Siempre me lo puedes contar todo y estoy aquí para ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me da rabia porque había conseguido mantenerlas a raya durante algunos días seguidos.

—Lo mismo digo, Jo. —La voz me sale cascada—. Pero que sepas que eres una blanda.

—¡Y como se lo digas a alguien habrá consecuencias!

—Entendido.

Ambas nos echamos a reír de nuevo. Y esta vez soy yo la que me acerco a ella para darle un abrazo de esos apretados, de los que cortan la respiración. Entiendo que he conseguido lo que quería

cuando ella se queja y se separa, alegando que no le llega el aire a los pulmones.

Se pone en pie y me tiende una mano para que la siga. No rechazo su invitación, así que me dejo guiar hasta el agua, donde todos nos reciben salpicándonos como si fuésemos unos críos. Pero lo disfruto porque es justo ahora cuando puedo dejar salir a la verdadera Delilah durante unos días más antes de tener que pensar en cómo encajar todas las piezas de mi vida otra vez al regresar a casa.

Capítulo 22

—¿Quieres cenar conmigo? —pregunta Benno, tieso como una tabla de madera y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones cortos.

—¿Qué dices? —lo molesto.

Se me esboza una media sonrisa de diversión sin querer. Pero es que está aquí delante de mí, tan guapo que hasta duele —porque no puedo tocarlo como me gustaría, claro—, nervioso y hasta se ha sonrojado. No sonríe, tiene el ceño fruncido y cara de tener malas pulgas.

—Te he preguntado que si quieres cenar conmigo.

—Ceno contigo todos los días —digo, siguiendo con mi afán de molestarlo un poco.

—Me refiero a ya sabes… con pantalones decentes y en otro lugar. Solos tú y yo.

—¡Ah! —exclamo, dando una palmada—. ¿Te refieres a tener una cita?

Se le sube el color todavía más a las mejillas. Se ha puesto tan rojo que, entre el bronceado que ha cogido en las últimas semanas y este nuevo color, parece que se está poniendo morado.

—Sí, a eso me refiero —masculla entre dientes.

—Hombre, pues haberlo dicho así —continúo, sin hacer caso a su incomodidad actual. Me acerco un poco a él, lo suficiente como para que note que voy a dejar de bromear, pero no tanto como para sentir su calor corporal—. Y claro que quiero.

—¿Esta noche?

—¿Tienes miedo de que pueda pensármelo?

Benno niega con la cabeza y sus ojos bajan hasta mis labios. Se me acelera la respiración al momento.

—Bueno, un poco sí.

—Esta noche, de acuerdo —confirmo en un susurro—. ¿Y qué le decimos a los demás?

—Que tenemos una cita.

—Entiendo…

Ahora es él quien da un paso en mi dirección y su mano roza mi muñeca. Esta caricia se ha convertido en una que disfruto como la que más. No sé si Benno lo hace o no a conciencia, pero me reconforta y calienta a partes iguales.

Recuerdo que estamos en la cocina y que yo he venido aquí a prepararles unos sándwiches a los niños para que se lleven algo a la boca y se marchen arriba a descansar un rato, así que me doy la vuelta y deshago cualquier contacto.

—Le he dicho a Jo que le toca ocuparse de los niños y no tiene problema.

—¿Le has dicho cuál es el motivo? —pregunto, curiosa.

—Me lo ha sacado casi que a hostias, la muy bruta.

—Ya, claro que no tiene inconveniente, entonces —corroboro, divertida—. Dime hora y estaré lista.

—Había pensado que fuese a eso de las seis, ¿te parece bien?

Hago como que me lo pienso un poco y, finalmente, asiento. No quiero girarme más hacia él porque, aunque no lo aparente por fuera, por dentro estoy temblando. Que el chico que te gusta te invite a salir es algo muy emocionante, incluso aunque ya no seamos unos críos y el chico que me gusta y yo llevemos varias semanas compartiendo casa por obligación.

Termino con los sándwiches y Benno se los lleva al salón mientras yo termino de poner orden aquí. Nadie me lo ha pedido, pero he hecho de más porque sé que mis amigos también se estarán muriendo de hambre.

Una vez termino, me quedo aquí durante algunos segundos más intentando mantener —o recuperar, mejor dicho— la compostura. Si salgo de esta cocina en mi estado actual, Joleen se dará cuenta enseguida de lo que ha ocurrido y Benno será la diana de todas sus bromas maliciosas.

No he conseguido todavía serenarme del todo cuando noto su presencia otra vez a mi espalda y, esta vez, se acerca a mí sin titubear ni un solo segundo. Pega sus labios a mi oreja y me susurra en ella.

—Gracias por haber dicho que sí.

Ignoro el comentario, aunque sonrío al escucharlo.

—¿Qué me pongo? —pregunto para cambiar de tema.

El cuerpo de Benno está tan pegado al mío que me arde toda la espalda. Bueno, la espalda y todo lo que está más abajo. Me muerdo el labio inferior e intento pensar en otra cosa, lo que sea, para no concentrarme en las ganas que le tengo ahora y que van en aumento a cada segundo que pasa.

—Te verás estupenda con lo que te pongas —dice, y me deja un beso en el lóbulo de la oreja.

—Dependiendo de a dónde quieras llevarme tendré que ponerme algo acorde, ¿no?

Él gruñe algo que no logro entender de ninguna manera y me pregunto si habrán sido palabras de verdad o solo un gruñido sin sentido.

—Puedes ponerte lo que quieras. Como si quieres ir desnuda.

—¿Y eso te parecería una buena idea? —pregunto, más nerviosa ahora que antes.

—No, mejor no. Eso me obligaría a tener que prescindir de lo que he planeado.

—¿Has planeado algo? —Me doy la vuelta hacia Benno y ahora nuestros rostros están muy cerca el uno del otro—. ¿En serio?

—No voy a decirte nada.

Entreabro los labios, pero no digo nada porque no sé qué más decir. Sin embargo, a los pocos segundos de mirarnos sin que ninguno diga nada, en los que nuestros ojos han dejado muy claro lo que cada uno quiere del otro, carraspeo un poco e intento hablar.

—Nos terminarán pillando.

—Qué más da —susurra Benno, haciendo que todo el vello de los brazos se me erice de forma electrizante—. Es más, que se enteren ya para dejar de estar escondiéndonos todo el rato.

—En realidad, no estamos haciendo nada prohibido, ¿no?

Él niega con la cabeza y, por fin, sus labios acortan la distancia hasta los míos. Cierro los ojos, expectante, saboreando el beso que nunca llega porque Amelie entra en la cocina y Benno se aparta de mí al instante.

—¿Hermanita? —pregunta en el mismo momento en el que ambos hemos escuchado los pasos y él se aleja de mí—. Quiero irme arriba.

Me quedo estática. Benno clava los ojos en mí y yo los aparto de mi hermana para mirarlo a él. Tiene las mejillas ruborizadas y una expresión de miedo en los ojos que no le había visto jamás.

—Solo es mi hermana —digo en voz baja, colocándole una mano en el pecho—. No tienes que reaccionar así.

—Ya, pero no sé si ellos pueden saber… —comienza, y se interrumpe—. No lo malinterpretes, por favor.

Sonrío apretando los labios en una fina línea, le doy una palmada en el pecho y me acerco a Amelie.

Sé a qué se refiere. Sé que no es la mejor idea que mis hermanos se enteren de lo que hay entre nosotros, al menos, por ahora. Jamás hubiese pensado que eso a él podría importarle. Quiero decir, que hubiese siquiera dedicado un segundo de su vida a pensar en algo así, en que pudiera ser relevante o que eso me importara a mí.

Así que acompaño a mi hermana al piso superior con unas ganas loquísimas de pasar un poco de tiempo a solas con él donde darnos las muestras de cariño que nos dé la gana. Pero también con las expectativas muy altas de saber más de él —todo, a ser posible— y de mantener conversaciones de las que ya hemos tenido, de las que nos hemos olvidado en los últimos días por culpa de tanto contacto físico.

Y, aunque en un principio me dije que no iba a hacérmelas, me hago ilusiones creyendo que esto podrá superar cualquier obstáculo que nos ponga la vida real al regresar a casa.

Capítulo 23

Benno arrastra la silla para ofrecérmela, lo que me hace esbozar una sonrisa.

—No sabía yo que te fuesen estas cosas —digo, divertida.

—A mí no, pero a lo mejor a ti sí.

—¿Te crees en serio que soy tan refinada?

Benno se encoge de hombros y se sienta frente a mí. Se está tomando unas molestias para quedar bien que en realidad no le hacen falta. Hemos salido de la casa bajo la mirada atenta de Joleen y sus palabras de que tengamos cuidado con lo que hacemos, lo que la hizo ganarse una cara de muy malas pulgas por parte de Benno y eso hizo que se le desatara la risa tonta.

Me ha traído a un restaurante italiano que de casualidad tenía una mesa libre para dos personas; está a rebosar, incluso siendo todavía relativamente temprano para la hora de la cena.

Aceptamos los menús que nos ofrece la camarera y cada uno se sumerge en decidir lo que va a comer. Él apenas ha dicho nada en todo el rato desde que hemos salido y pienso que es porque está nervioso. O, al menos, eso espero. La segunda opción sería que se lo hubiese pensado mejor y que no quisiese salir conmigo, pero que ya no hubiese sido capaz de dar marcha atrás.

Dejo el menú a un lado y le doy un sorbo al vaso de agua frente a mí.

—Benno —comienzo, y él no aparta la mirada de lo que está leyendo—. No tenías que haberme pedido la cita si no querías.

Consigo que alce la mirada y la pose en mí.

—¿Por qué dices eso? —inquiere, confuso.

—Porque da la sensación de que no quieres estar aquí.

Él inspira hondo y deja escapar el aire despacio. En todo ese proceso, no aparta sus ojos de los míos. Me lo quedo mirando un buen rato; hoy, ahora mismo, está excepcionalmente guapo —más de lo normal, se entiende—. Hasta se ha peinado, que eso ya es mucho decir.

—Espero que lo estés diciendo en broma, porque esto es justo lo que yo quería.

—¿En serio? ¿Y por qué parece que no tengas nada de ganas de estar aquí conmigo?

—Porque estoy nervioso —confiesa y, al hacerlo, aparta la mirada durante un segundo—. Nunca le había pedido una cita a una chica.

—¿Perdona? —Se me escapa una risita tanto divertida como de sorpresa—. Eso sí que no me lo creo, chico.

Él abre la boca para decir algo más, pero la camarera se acerca a nuestra mesa ahora que no estamos mirando los menús para preguntar qué queremos comer.

—La pasta con salsa de la casa, por favor —pido, sonriéndole de forma educada.

—Una lasaña para mí —pide Benno sin mirar siquiera a la chica —. Y una cerveza, por favor.

La camarera se marcha en cuanto lo ha anotado todo y yo regreso mi atención al chico que tengo delante. Hace tanto tiempo que no tengo una cita así que hasta estoy emocionada. De hecho, ni siquiera recuerdo la última vez que Fritz me llevó a cenar en condiciones. ¿Lo hizo alguna vez, acaso?

—Regresemos a eso de que nunca le habías pedido una cita a una chica —digo, cruzando los brazos sobre la mesa.

Benno sonríe de medio lado y agacha la mirada, algo cohibido. Esta es toda una nueva faceta en él.

—Nunca había tenido la necesidad de hacerlo, ¿vale? —se defiende, como si necesitara dar muchas explicaciones en este sentido—. Quiero decir, me gustaba una y muchas veces no tenía ni que hacer nada extraordinario para que se fijase en mí. Por algún motivo, les llamaba la atención, nos encontrábamos un par de veces y luego dejábamos de vernos.

—Qué sincero eres.

—Es que nunca me ha gustado ninguna tanto como para…, ya sabes…, tener una cita.

—Entiendo. ¿Y ahora sí?

Él asiente y, a pesar de que yo misma he hecho la pregunta, me siento tan sorprendida con su respuesta que me pongo roja como un

tomate y me veo obligada a bajar la mirada con la esperanza de que no note mi nerviosismo.

—¿Has vuelto a hablar con tus padres? —pregunta, intentando cambiar el tema de conversación.

—No desde lo de la citación. No hay nada que tenga que hablar con ellos. Joan me escribe de vez en cuando mensajes muy difíciles de comprender.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya la estás haciendo —comento, e inclino la cabeza hacia un lado. La cola de caballo se tambalea en lo alto de mi cabeza.

—¿Cómo es vivir en esa situación? ¿Cómo ha sido crecer así?

Me muerdo el labio inferior y lo contemplo durante algunos segundos. La luz del local es muy tenue y hay velas colocadas sobre las mesas que le concede un aura muy romántica e íntima. Mientras contemplo sus ojos, noto un brillo en ellos que me hace darme cuenta de que siente verdadera curiosidad por mí y por mi pasado. No sé hasta qué punto sea correcto contarle todo lo que ya ha quedado atrás, tampoco quiero remover mis propios sentimientos, mis recuerdos. No quiero que todo eso vuelva a dolerme más.

—Pues ha sido una mierda, la verdad —digo, y él entrecierra los ojos al escucharme soltar el taco—. Tranquilo, nuestra apuesta sigue en pie y no diré más palabrotas. Es que lo ha sido y no hay otra manera para describirlo.

—¿Y por qué sigues ahí? —pregunta de nuevo.

—No lo sé —suelto, y lo hago sin ningún atisbo de sonrisa. Solo con mucha verdad en la voz—. La verdad es que no lo sé. Yo misma soy incapaz de entenderlo. He pensado tantas veces en marcharme…, no podía si dejaba a mis hermanos atrás. Luego, creí que podría terminar una carrera para encontrar un trabajo mejor o labrarme un futuro. Pero era una mentira como tantas otras a lo largo de mi vida.

—¿Por qué una mentira? Puedes estudiar como cualquier otro.

Alzo los ojos un momento hacia el techo. No sé hasta qué punto Benno pueda imaginarse vivir en casa de mis padres. Estar rodeada de una realidad tan desagradable y destructiva.

—No quiero que cambies tu opinión sobre mí, sobre nosotros o que nos tengas lástima. Es lo último que podría soportar —suelto, y se me quiebra la voz al hacerlo—. ¿Sabes? Vivir con padres adictos significa no tener reglas de ningún tipo. Siempre escuché de mis compañeros de clase que estaban hartos de que sus padres les dijeran a qué hora volver a casa, las tareas que debían hacer en ella, que no hicieran esto o aquello… La alternativa es que no te presten atención ninguna y eso es mucho peor. Mientras solo éramos Bruno y yo había más o menos unos límites. Pero después… ya no hubo nada.

Me detengo para observar la reacción de mi acompañante. Sonrío con algo de tristeza al verlo tan concentrado. Su mirada no ha cambiado ni un segundo y me pregunto qué estará pensando ahora.

—No nos decían que debíamos lavarnos los dientes, ni a qué hora irnos a la cama. Tampoco teníamos que poner lavadoras ni limpiar los cacharros de la cocina —continúo—. Pero eso significaba que no había higiene de ningún tipo, ni en mis hermanos ni en casa. Y por eso al final tomé yo las riendas. Enseñarles a ellos que tenían que lavarse los dientes y ducharse, que pusieran lavadoras para tener ropa limpia y mantener más o menos a raya el desastre entre nuestras paredes.

—Tienes que salir de ahí —dice entonces Benno, interrumpiéndome—. Tú y tus hermanos, tenéis que salir de ahí.

—Ese es el plan.

—Sabes que estoy dispuesto a ayudarte en lo que necesites.

—Ya, gracias, no es necesario.

Sueno muy cortante. Y lo hago porque no quiero que crea que necesito depender de alguien, bien sabe Dios, o lo que sea que hay ahí arriba, que sé valerme por mí misma.

—¿Sabes una cosa? —continúo, y sonrío como si no hubiese tenido que remover todos mis recuerdos del pasado hace unos segundos—. Hemos hablado tantas veces de mí…, pero apenas sé nada sobre ti.

Benno sonríe y luego se muerde el labio inferior recostándose contra el respaldo de la silla. Me quedo como una estúpida

mirándolo, esta escena se me ha tornado exageradamente excitante.

—Nací y me crie en otra ciudad. Cuando mis padres se divorciaron, mamá quiso volver a su ciudad natal y me llevó con ella. Así conocí a Jo y a Gael —cuenta, y, mientras lo hace, no aparta sus ojos de mí—. No me llevo muy bien con mi padre, durante el divorcio fue un capullo y resulta que tenía una amante antes de terminar con mi madre. Ahora tiene otra familia.

—¿No hablas con él? —pregunto.

No contesta porque la camarera nos trae lo que hemos pedido y él no suelta ni un sonido mientras nos deja los platos sobre la mesa. Tampoco aparta la mirada de mí.

—No hablo demasiado con él. De hecho, su afán de dejarme la casa fue para ver si podíamos volver a entablar una relación más o menos decente.

—Entiendo —digo, y pincho un poco de comida con el tenedor—. No ha sido un mal trato.

—No sé si esperaba que le dijese que no, la verdad. Pero, qué coño, no me la ha ofrecido para mí solo en años de tenerla. Está claro que no iba a negarme.

Sigo llevándome bocados que mastico con lentitud y degustándolos. Está delicioso, incluso aunque al principio me asustó ver los precios del menú.

—Y tu madre, ¿cómo es? —pregunto.

—Una santa —dice, y se le escapa una sonrisa al hablar de ella que me conmueve—. No lo odia ni aunque le haya roto el corazón. Tampoco odia a su nueva mujer. Dice que el rencor no ayuda a avanzar en la vida.

—Pues creo que tiene mucha razón.

—Estoy seguro de que le caerías bien —dice, y sus ojos se clavan en mí como si no hubiese nada más que mirar en esta estancia.

Me siento un poco incómoda ante su comentario, es algo a lo que no quiero enfrentarme. Conocer a los padres de alguien que puedan hacerme preguntas comprometidas, de esas del tipo de dónde vienes, quiénes son tus padres y a qué se dedican.

«Hola, soy Delilah y, sí, claro, vengo de una familia estupenda: mis padres son drogadictos y tengo tres hermanos menores de los

que ocuparme. Será un placer casarme con su hijo y explotarlo para que cubra todas nuestras necesidades».

Al menos, eso es lo que creo que toda madre entendería de cualquier cosa que pudiera contarle de mi historia, ignorando todo lo demás.

—Hermanos no tienes, ¿cierto? —derivo la conversación.

—Por parte de padre resulta que ahora sí. Es muy pequeño. La mujer por la que mi padre dejó a mi madre era mucho más joven y hace unos años tuvieron un crío. No lo conozco.

—Ah, ya, cierto.

—Y no me lo tomes a mal, pero tampoco tengo mucho interés en conocerlo.

—¿Y por qué no? ¿Porque te aterran los niños?

Intento camuflar mis palabras con un deje de diversión que creo que no llega hasta él porque me mira muy serio.

—No te creas todo lo que te cuenta Jo. Yo no odio a la gente —se defiende.

—Ella no tuvo que decírmelo para yo creerlo —contraataco.

—¿De verdad parece que tengo tan malas pulgas?

—Un poquito —digo, y sonrío—. Aunque ahora que te conozco mejor no lo es tanto.

—Menos mal —suspira él, y a mí se me escapa la risa.

Comemos durante unos minutos más sin decir nada. No soy capaz de terminarme lo que tengo en el plato, incluso aunque es lo mejor que he probado en la vida.

—Gracias por haberme pedido la cita —digo al fin, y estiro la mano sobre la mesa en su dirección ahora que ya no hay platos entre nosotros—. Creo que nunca me había divertido tanto.

—Estoy seguro de que las habrás tenido mucho mejores. Al menos, con gente menos malhumorada que yo.

—¡No digas eso! —exclamo, y estiro más la mano hasta coger uno de sus dedos entre los míos—. Eres un cascarrabias muy interesante. Y hasta simpático a veces. Y no, la verdad es que no las había tenido mejores. Es más, creo que para mí es la primera cita en condiciones también.

—No me lo creo —suelta él, negando con la cabeza—. Eres Siempre Perfecta Delilah Dunst. La chica de muchos momentos.

Se me escapa una risotada tan sonora que tengo que ponerme una mano en la boca para acallarme a mí misma.

—¿Qué dices? ¿Qué me has llamado?

Se me llenan los ojos de lágrimas porque no puedo parar de reír y creo que hasta le he contagiado la risa a Benno, que ha dejado escapar una entre dientes.

—Siempre Perfecta Delilah Dunst. Así te llamaba Jo antes de conocerte y decidir que eres una de los nuestros.

—¡No lo sabía!

—Es que es lo que aparentabas.

—Al menos, es reconfortante saber que lo que intentaba aparentar daba resultado.

Me limpio con el dorso de la mano una lágrima que se me ha escapado. Tengo hasta el corazón acelerado por el ataque de risa. O quizás porque sigo aquí con Benno, la conversación no decae y él sigue sabiendo cómo hacerme reír.

—Oye, no me lo tomes a mal… —dice, y hace que vuelva a prestarle toda mi atención—. Pero quiero pagar y salir ya de aquí, tengo unas ganas de besarte que no me las aguanto.

En cuanto termina de hablar, alzo una mano para llamar la atención de la camarera, que se acerca a nosotros en un par de segundos.

Él ha puesto mis propios pensamientos en palabras. La necesidad de tocarlo y besarlo y tenerlo junto a mí —a ser posible, piel con piel, cosa que de momento no pasará— es más acuciante a cada segundo que pasa. Hablar y tener la sensación de que esto podría llegar a buen puerto también es increíble.

En mi cabeza, una voz me recuerda que esto jamás será lo que yo espero, hay otras muchas cosas esperándome en casa y es, a fin de cuentas, como intentar encajar una pieza de otro puzle en el que estás haciendo ahora. Pero ahora mismo quiero dejarme llevar. Disfrutar de él y no pensar en cuando regresemos a casa.

Incluso aunque se me encoja el corazón al pensar en tener que dejar todo esto —tanto lo físico como lo menos físico— a un lado

porque no es compatible con lo que tenemos en nuestro día a día normal.

Suspiro en mi interior e intento olvidarme de ese pensamiento.

Pero es demasiado tarde, se me ha anclado a los huesos y ya no me abandona en toda la noche. Y porque, aunque a él le haya dicho que podíamos darnos una oportunidad, yo sigo sabiendo que habrá una fecha de caducidad para este «nosotros», y eso me hace sentir triste, desolada, cobarde y cruel por no ser capaz de mantenerlo a raya antes de que todo se nos vaya de las manos.

Capítulo 24

Guardo la ropa recién doblada en el armario y paso un par de segundos más de la cuenta mirando lo que han traído mis hermanos. Es poco, pero me daría algo de vergüenza reconocer ante los demás que es casi todo lo que poseen para vestir en verano. Ni ellos ni yo tenemos ropa para dar y regalar. Y está bien porque hemos aprendido a ser muy creativos con lo que hay.

Mientras tengo los ojos clavados en cada una de las prendas, mi mente divaga en la cita de la noche anterior, en nuestras conversaciones, en los besos y las caricias. En el momento en el que nos quedamos sentados en un banco mirando a la nada y sin soltar palabra.

Fue romántico y desternillante a partes iguales.

No desternillante en plan comedia, pero sí para mí, que no estoy acostumbrada a sentirme a gusto en silencio con otra persona.

Tal vez el problema hasta ahora fuese la persona incorrecta al otro lado de ese silencio.

No puedo evitar pensar en Fritz y en la chica de la carrera con la que tuve algo. El poco tiempo que estuve con ella creí de verdad que lo de que me gustaban las chicas era algo definitivo y lo creí porque pensaba que todos los tíos serían como mi primero. Ahora ya no estoy tan segura.

Ni de que todos los chicos sean como él, ni de que solo me gusten las chicas.

Puede que, a lo mejor, lo que me guste de otra persona sea cómo es y no tanto su género.

Me siento bastante confundida, pero tampoco quiero concederle demasiado espacio a esta idea para que campe a sus anchas.

Así que me siento aliviada cuando escucho voces que se alzan en el piso inferior. Lo que no me espero es que, de repente, se escuchen como si las tuviese justo a mi lado. Termino de guardar la ropa limpia, cierro el armario y bajo lo más rápido que puedo.

—¿Qué está pasando? —pregunto en cuanto entro en la cocina.

En el centro de la estancia, Gael y Jo están uno a cada lado de la pequeña mesa redonda en el centro de la habitación y se miran con unas caras que dan hasta miedo. Cuando giro el rostro hacia el umbral del salón, Benno y René también acaban de acercarse a ver qué ocurre.

—¡Vete a la puta mierda, Gael! —grita Jo, haciendo retumbar las paredes.

—¡Vete tú primero y así te sigo, no vaya a ser que me pierda! —contraataca él.

Doy un paso al frente y alzo las manos.

—¿Se puede saber qué os pasa? —pregunto, clavando los ojos en mi amiga.

—¡No te metas, Delilah!

Me siento atacada ante su comentario, aunque bien sé yo cómo es capaz de reaccionar la gente cuando está encendida por una discusión en curso o demasiado reciente. Así que intento no tomármelo a mal a pesar de que sí que me ha dolido.

El que no parece que se lo toma tan a la ligera es Benno, que se acerca a Gael con el ceño fruncido y lo obliga a mirarlo.

—Más os vale que se os bajen los humos —le dice a su amigo—. Y tú no seas tan… borde.

—No te metas en esto —repite Jo, mirando ahora a Benno—. Solo te metes para defenderla.

—¿Y qué si es así? —replica Benno, y Jo no le aguanta la mirada.

—¿Recordáis que hay niños en casa? No queréis que mañana se estén peleando como vosotros dos ahora, ¿cierto? —digo entonces con la voz lo más tranquilizadora que puedo.

No sé si habrán sido mis palabras o el hecho de que todos hayan recordado de repente que hay presencia de menores cerca, pero la situación se destensa al momento. Mi amiga me clava los ojos y no se da cuenta —o prefiere no mirar— cuando Gael masculla algo por lo bajo, se deshace de las manos de Benno intentando llamar su atención y sale por la puerta trasera con la misma mala leche que había tenido segundos antes.

—Siento haberte hablado así —dice ella en voz muy baja.

—No te preocupes. Sube al dormitorio, yo voy ahora.

Joleen asiente y hace lo que le he pedido. Me da la sensación de que ahora mismo es una niña pequeña más.

—¿Qué les ha pasado? —pregunta René por primera vez.

Me encojo de hombros.

—¿Puedes ver que los niños no estén cotilleando todo esto? —pregunto, intentando esbozar una sonrisa.

—Como para no enterarse —dice, y al ver mi rostro, añade—: Vale, vale, ya voy.

Me acerco a Benno. Mientras alzo una mano para colocarla en su pecho, me doy cuenta de que tiemblan. Odio las discusiones con todas mis fuerzas, me desestabilizan y me aterran hasta cotas inalcanzables.

Supongo que es, en primer lugar, por todas las que he vivido de pequeña y que muchas veces ni tenían que ver conmigo, pero en las que siempre estaba en medio, y, segundo, por las peleas monumentales que Fritz armaba solo para discutir sobre cualquier tontería y poder buscarse una excusa para irse de rositas con otra.

Para mí, una discusión de pareja siempre es motivo de desconfianza.

—¿Estás bien? —me intereso.

Benno baja la mirada hacia mí y aferra mi mano con una de las suyas. La aprieta con fuerza y no sé si lo hace porque quiere infundirme fuerza o tranquilizarme, o a saber.

—Yo sí, ¿y tú?

Intento sonreír, pero se me queda a medio camino.

—Todo perfecto —miento.

—Lo dudo. Estás temblando.

Clavo mis ojos en los suyos y siento un cóctel de sentimientos muy diferentes ante ellos. Aunque el que predomina es la sorpresa de que él se haya dado cuenta y el agradecimiento por la comprensión que me demuestra.

—No te hagas la fuerte conmigo, ¿vale? No es necesario.

Cierro los ojos durante un segundo, aliviada al escuchar sus palabras. Me pregunto cómo seré capaz de cortar esto cuando regresemos a casa.

Asiento una única vez.

—Voy a ver si me entero de lo que ha pasado y a averiguar cómo está Jo. ¿Sabes dónde podría haberse ido Gael?

—Habrá salido a correr —alega Benno—. Cuando estos dos estaban peleados por todo lo de Fritz, descubrió que era una buena forma de bajarse los humos.

Sonrío de medio lado. Gael no tiene pinta de ser uno de esos chicos deportistas, ni de los que se toman medio segundo al día para pensar en su salud y en su condición física. Así que me resulta bastante gracioso imaginármelo corriendo kilómetros de playa para calmarse.

—De acuerdo —digo, cortando el contacto con Benno—. Nos vemos luego.

Él no me suelta la mano. Es más, tira de ella cuando intento zafarme del contacto para ir arriba. Así que clavo los ojos en nuestros dedos entrecruzados y, luego, en los suyos. Mientras más los miro, peor me siento del daño que terminaré haciéndole —y haciéndome— dentro de poco. Cada día que pasamos aquí es un día menos que podré tenerlo.

Pero aunque no haya sido una decisión tomada a conciencia, sé que es lo que tiene que ser.

Cuando me dispongo a decir algo para que me deje marchar, él gira nuestras manos entrelazadas y deja un beso en el dorso de la mía antes de soltarla. Se me eriza todo el vello del cuerpo al sentir sus labios sobre mi piel y es ahora cuando sé las ganas tan increíbles que tengo de que me bese por todos mis recovecos.

Aparto el rostro en cuanto noto que la sangre me sube a las mejillas y me despido de él para ir al encuentro de mi amiga.

Capítulo 25

Subo las escaleras de dos en dos y me meto en el dormitorio, todavía un poco azorada por lo que ha ocurrido unos minutos atrás. No ha sido nada del otro mundo, pero la intimidad que tengo con Benno en momentos tan cotidianos me resulta todavía muy extraña. Excitante y extraña, esa es la verdad.

Cuando entro en el dormitorio, me encuentro a Jo terminando de ponerse el bañador, con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—De acuerdo —digo, cerrando la puerta tras de mí—. ¿Qué ha ocurrido? Esa pelea tenía pinta de ser por algo de vida o muerte.

—Nada importante —contesta ella, cortante—. Ha sido una gilipollez. A veces Gael es un idiota y me saca de quicio.

—Creo que eso ya lo hacía antes de que estuvieseis juntos.

—Es cierto —corrobora Jo, y se pasa una camiseta por la cabeza —. No ha sido nada importante, de verdad. Luego hablaré con él. Fritz ha salido en la conversación y eso hace que se catapulte al extrarradio de los idiotas.

—Vale, ahora tiene sentido.

—¿El qué?

Jo me mira algo perpleja y me deja bien claro que todavía no se entera por qué Gael es tan susceptible con el tema. Y no quiero ser yo quien tenga que explicárselo.

Me acerco a ella y bajo la voz al hablar.

—Está claro que es algo que no debería salir en ninguna de vuestras conversaciones —explico.

—Ya, pero la idea de hacer esa apuesta no fue mía, te lo recuerdo —se defiende ella.

—Lo sé y precisamente por eso puedo entender que a él le moleste tanto hablar del susodicho.

—Mira, de verdad que no lo entiendo —dice, y suspira con resignación—. Pero da igual porque la discusión en sí ha sido una tontería. Hablaré con él cuando vuelva de correr o lo que sea que

esté haciendo, y no volveré a mencionar el nombre de Fritz hasta que me muera.

—Lo acabas de hacer.

—A partir de ahora, lo llamaré «el que no debe ser nombrado» y punto.

—Es una buena idea.

—Dime, por favor, que has captado la referencia. —Joleen se gira hacia mí con los ojos muy abiertos. Me quedo un poco perpleja, no tengo ni la menor idea de a qué se refiere—. ¿No has visto nunca *Harry Potter*? En cuanto lleguemos a casa, nos toca hacer maratón de esas pelis en algún momento. Pero más te vale encontrar hueco en tu día a día para verlas. Por lo menos dos.

—¿Cuántas son? —pregunto, algo sorprendida ante su cambio repentino de tema—. Da igual, sí, encontraré tiempo para quedar. ¿Hablarás luego con Gael?

—Promesa.

Joleen coge su bolso y mete las chanclas en él. Luego, alza la mirada hacia mí de nuevo.

—¿Te vienes?

Todo el mal rollo que había hace diez minutos en el ambiente ha desaparecido del todo. Ella se ha calmado y así me da a entender que la discusión ha sido, efectivamente, por una tontería. Pero como yo no estaba ahí con ellos, tampoco puedo asegurarlo, solo creer lo que me ha dicho mi amiga.

De todas maneras, dudo mucho que estos dos puedan pelearse más y peor que como lo hicieron hace unos meses.

Y todo por una estúpida apuesta.

Recuerdo de pasada la apuesta que Benno y yo hicimos casi al comienzo de las vacaciones y se me escapa una sonrisa muy tonta.

—¿Delilah, me has escuchando?

—Disculpa. Sí, voy contigo. Diles a mis hermanos que suban para ponerse el bañador, por favor.

Comienzo a desvestirme en cuanto Jo sale del dormitorio. En el piso inferior, escucho algunas voces muy amortiguadas y, luego, pasos en la escalera hacia arriba. Termino de ponerme el bañador y

los ayudo a ellos a que se arreglen —más que a ellos, a Amelie—. Una vez listos, bajamos donde están los demás, que ya nos esperan.

El agua del mar está más caliente cada día y supongo que es porque no se ha colado ni una sola nube en el cielo desde hace una semana. Incluso aunque siga haciendo un viento brutal.

René y Jo juegan con Hugo, Bruno y Chris a la pelota en el agua y Benno ha comenzado a construir un castillo de arena con Amelie, que se ha sentado en medio como si fuese un trono.

—¿Le hacemos un río también? —Escucho la pregunta de él cuando me acerco a ambos.

—¿Qué es esto? —pregunto, dirigiéndome a mi hermana.

—¡Un trono! —exclama ella, confirmando lo que he pensado antes—. Él dice que es un castillo, yo creo que no.

—Era el plan, pero Amelie prefiere sentarse en él, así que ahora hago un trono.

—¡Con un río alrededor! —exclama de nuevo la niña.

Benno se agacha para seguir sacando arena húmeda y moldeando un río en el que el agua se cuele y rodee todo el supuesto trono. Hace exclamaciones de sorpresa y de agotamiento que a mi hermana le parecen desternillantes. Que la haga reír y estar yo aquí para presenciar esto me hace sentir rara.

Es casi como si ya estuviese tan dentro de mi vida que no fuera posible sacarlo de ella. Si ya conoce a mis hermanos y ellos lo quieren, ¿cómo lo echaré de lo que tenemos cuando lleguemos a casa?

Entro un poco en pánico al darme cuenta de que a lo mejor mis hermanos ya lo han aceptado como algo que ni nosotros hemos reconocido todavía que somos. Y no quiero que ellos formen parte de ese aspecto de mi vida. Al menos, no de forma consciente.

Dado que ninguno me ha dicho nada, creía que no se habrían dado cuenta. Pero he sido una ilusa y una tonta, ellos siempre lo captan todo.

Miro a mis hermanos jugar con Jo y su hermano y devuelvo la vista a Amelie y a Benno.

—¿Está bien así la princesa? —pregunta él, que está totalmente metido en el juego—. ¿Quiere que le traiga algo, Su Majestad?

—Eeeh… un batido de algas, por favor.

—¡Vaya una m… un asco!

En cuanto ha estado a punto de escapársele el taco, Benno se detiene y sus ojos vuelan veloces a mí. Le asiento porque ha sabido detenerse a tiempo y no ha sido la primera vez hoy. Me siento casi orgullosa de haber conseguido que deje esa terrible costumbre, incluso aunque sé que lo está haciendo solo por mí.

Antes de poder decirle nada o sentirme tan vulnerable y tonta como hace un rato, mis ojos captan otra cosa. A lo lejos, reconozco la figura de Gael, que se acerca corriendo hacia la casa. Y no soy la única que se da cuenta, Jo pasa corriendo a nuestro lado en su dirección. Antes de llegar a él, ella lo llama para que se detenga y él lo hace. Con la mala leche que tenía hace un par de horas, hasta me sorprende. A lo mejor eso de correr sí que le surte efecto.

Benno se acerca a mí, contemplando la escena también. Su dedo meñique acaricia el mío y ante el contacto se me activan todas las conexiones nerviosas del cuerpo. Diría que hasta siento una electricidad entre nosotros que no puede ser real. Y me dan unas ganas muy intensas de girar el cuerpo hacia él y besarlo, pero me contengo.

Porque están mis hermanos cerca y porque todavía no hemos tenido ninguna muestra de cariño delante de nuestros amigos.

La escena que estoy contemplando no me ayuda a aplacar las ganas: resulta que Jo salta hacia Gael, se le cuelga del cuello, le rodea las caderas con las piernas y lo besa como si no hubiese un mañana. Él camina en dirección a la casa y, antes de que lleguen, me veo obligada a apartar la mirada y a pegar la nariz al brazo de Benno, que se ha acercado todavía más.

—No puedo seguir mirándolos. Es como interrumpir algo muy íntimo —digo, cerrando los ojos.

—Yo lo único que espero es que no follen en el mismo sitio donde dormimos todos.

—¡Benno! —lo riño, aunque intento bajar la voz—. No seas tan grosero. Tienen derecho de hacer lo que quieran.

—Pues yo creo que no. Me da rabia que ellos sí puedan y nosotros no.

—Eres un egoísta —digo, intentando parecer lo más serena posible, pero la verdad es que su comentario me ha dejado un tembleque entre los muslos inigualable.

Aparto el rostro del brazo de él y alzo los ojos hasta los suyos. Entreabro los labios porque tenerlo tan cerca y notar su calor corporal es mi perdición. Aferro su dedo meñique con el mío y me estiro un poco hacia él, sabiendo que no debería estar haciendo esto: es justo lo contrario de lo que quiero que mis hermanos vean.

—Reconoce que tú también querrías… —susurra mientras nuestros rostros se acercan más y más.

Me detengo antes de que nuestros labios se encuentren, me doy cuenta de forma consciente de lo que estoy permitiendo.

No, no quiero que mis hermanos sepan de esto, no quiero que lo vean, no quiero que lo acepten como parte de nuestra pequeña y caótica familia porque no perdurará. Aunque Benno todavía no lo sepa.

Y sí, sí tengo ganas de saber lo que es acostarme con él, de saciar mi sed de tenerlo más cerca e incluso dentro de mí.

—No te lo tengas tan creído —digo, por el contrario, mintiéndome a mí misma y a él.

Benno se separa dejando escapar una carcajada. No sé si ha sido capaz de leer mis pensamientos, pero ha sabido contenerse en el mismo momento en el que yo también he tenido que recordármelo. Nunca hemos hablado de lo que quiero o no quiero que vean mis hermanos, aunque se ha convertido en una especie de pacto no pronunciado entre ambos.

Me giro, dando la espalda a la escena que Benno y Amelie siguen protagonizando, y me dirijo hacia los chicos para suplir el lugar que Joleen acaba de dejar libre.

—Vaya un par —comenta René en cuanto llego a ellos—. Estoy un poco harto de ver estas escenas, ella es mi hermana pequeña.

Sonrío al escucharlo porque creo que yo me sentiría igual si fuera alguno de los míos.

—Lo entiendo. Pero ya es mayorcita.

—¡No para mí! —suelta en un quejido.

Me concentro en el juego que se llevan entre manos e intento memorizar las reglas tan locas con las que han estado jugando.

Y aunque estoy aquí de pie en medio del mar, jugando a que el balón de plástico no caiga en el agua, mi mente ya está imaginando cómo será todo cuando estemos de nuevo en casa. Porque tenemos los días contados.

Tanto nuestras vacaciones aquí como la relación sin etiqueta con Benno.

Capítulo 26

Bajo al piso inferior acompañada por todos mis hermanos. Chris tiene una cara de pocos amigos inaguantable y Bruno, por el contrario, tiene hasta chiribitas en los ojos. Amelie aferra mi mano con mucha fuerza y creo que hasta se medio esconde detrás de mi pierna.

—¿Cómo os quedan las cosas? —pregunta Hugo, que se acerca a quienes se han convertido en sus nuevos amigos.

—Como un guante. Gracias por prestarnos algo para ponernos —contesta Bruno con una sonrisa sincera.

Chris, sin embargo, masculla algo apartando el rostro. Él no está tan contento con que Hugo le haya prestado ropa blanca y tampoco lo está con el plan de esta noche.

Hace unas horas nos enteramos de casualidad de que en la playa, más en dirección al pueblo, estaban montando una fiesta. Por lo visto, lo hacen varias veces en el verano, pero nosotros no nos habíamos enterado de nada. Y como en las películas que tanto me gustaba ver antes, cuando todavía teníamos televisión en casa, hay que ir de blanco.

Ni mis hermanos ni yo tenemos ropa de ese color, dado que es muy complicado de mantener limpia. Así que Chris y Bruno han recibido una camiseta básica del hermano de Gael, Amelie ha tenido la suerte de poseer una camiseta blanca con estampados de mariposas en colores —pero blanca, al fin y al cabo— y, contra todo pronóstico, Jo me ha prestado un vestido que ella, igualmente, no quería ponerse.

Los chicos y Jo salen del salón al escucharnos hablar y casi nos obligan a dirigirnos a la puerta del porche para salir.

En cuanto veo a Benno, se me corta la respiración. Está guapísimo con una camisa de manga corta blanca de un tejido que se intuye muy suave. Lleva algunos de los botones del pecho abiertos, unas bermudas vaqueras y chanclas negras. Por supuesto, no se ha peinado y lleva dos o tres días sin rasurarse. En otra

persona puede que esto le concediera un aire algo desaliñado, pero no en él.

—Eh, amiga, reacciona. —Escucho la voz de Jo mientras me da un codazo en las costillas.

Giro el rostro hacia ella de inmediato. Me he quedado como una estúpida mirando al chico y ella no solo se ha dado cuenta, sino que lo encuentra divertido.

—Cierra la boca antes de que empieces a babear —continúa.

—Mira quién fue a hablar —digo, siguiéndola a través de la arena y con Amelie pegada todavía a mí—. Te ha faltado decir en voz alta lo que pensabas.

—Si está bueno, lo está. A estas alturas, no tengo por qué mirar a otro lado cuando me gusta cómo se ve Gael, ¿no te parece?

—Tienes razón. Pero yo podría decir lo mismo.

—La diferencia es que nosotros ya sabemos lo que tenemos. —Jo sonríe de medio lado y presumo por dónde quiere llevar la conversación—. Me gustaría contarte algo… —sigue, y sus ojos se van hacia mi hermana pequeña—. Tendrá que ser después.

Le clavo la mirada porque estoy segura de haber leído entre líneas.

—¡No fastidies! —exclamo, deteniéndome durante un par de segundos—. ¿En serio?

Mi amiga asiente frenéticamente con la cabeza. Amelie alza la mirada hacia mí con curiosidad porque se ha visto obligada a detener el avance, pero no dice nada.

—No lo grites, no es necesario que se entere todo el mundo —sisea Jo—. Pero sí, sí. Lo hablamos luego, ¿vale?

—Más te vale que no te guardes ni un solo detalle. Qué terrible enterarme ahora.

—Te has enterado lo antes posible. Ocurrió ayer.

—¿Antes de la pelea? —pregunto mientras se me esboza una sonrisa burlona en el rostro.

—Exacto. Y hoy, otra vez.

Abro muchísimo la boca y me encantaría indagar ahora mismo más sobre el tema, pero ya nos hemos quedado muy rezagadas de los demás y, además, no estamos solas. Así que cojo a Jo del brazo

con la mano que me queda libre y avanzamos en silencio a paso algo más rápido hasta llegar a la altura de los demás, que ya están donde se supone que es la fiesta.

El trozo de arena está iluminado aquí y allá incluso aunque el sol todavía no haya desaparecido del todo. Hay un DJ poniendo música sobre una pequeña tarima de madera improvisada, un par de personas ya bailando y, en una esquina algo más alejada, una furgoneta en la que puedes pedir algo de picar o de beber.

Mi amiga deshace mi agarre acercándose a mí para darme un beso en la mejilla y luego se acerca a Gael, dejándome anclada al suelo con Amelie, que no parece estar dispuesta a soltarme la mano nunca más en la vida. Mis hermanos y Hugo se van derechitos a la pista de baile y me entretengo un poco mirándolos hacer el payaso. Chris, en un principio, se resiste, pero al cabo de diez minutos, está tomando parte de las tonterías de los demás. Se me calienta el corazón al verlos así.

Hemos venido todos juntos, pero por unas cosas u otras nos hemos ido separando. Joleen y Gael se han sentado a una de las mesas con sus bebidas a hacerse carantoñas y, hasta hace unos minutos, René y Benno se estaban echando unas risas juntos, hablando de a saber qué. Sin embargo, el lugar donde estaban está vacío y Benno se acerca a nosotras con vasos en las manos.

—No sabía qué querías beber, pero te he traído una cerveza para ti —anuncia, acercándome el vaso—, y un zumo de manzana para ti.

Benno se agacha para quedar a la altura de Amelie y le tiende un vaso que ella aferra al momento.

—Gracias —dice, sonriente.

Se me encoge el corazón en el pecho por segunda vez. Y ahora mismo me cuesta darme cuenta de si es un sentimiento bueno o malo —en plan, se me encoge de gustito porque a ella parece que él le cae bien o de miedo, precisamente por eso—. En cuanto Amelie le da un par de sorbos al zumo, comienza a dar pasos en dirección a sus hermanos. Y, a los pocos segundos, Chris se acerca a ella para acompañarla el resto del camino. Es tímida y desde luego no hace ni la mitad de pasos de baile tan raros que los chicos, pero, al menos, está con ellos y se lo está pasando bien.

—Es una monada —dice entonces Benno, obligándome a regresar a él mi atención—. Si prefieres beber otra cosa, puedo pedírtelo.

—No, no te preocupes. Una está bien.

Bajo la mirada hacia el vaso, lo alzo en su dirección y le doy un trago. Se me esboza una mueca de desagrado a pesar de que intento evitarlo. No está todo lo fría que me gustaría. Cuando regreso la mirada al chico frente a mí, me sonrojo.

—De verdad que no tienes que bebértela —insiste con una sonrisa algo burlona—. Dime qué prefieres y te lo traigo. Y deja de decir que no.

—Otra cosa, lo que sea. Vino, una Coca-Cola, agua…, da igual.

—¿Me dejas que te sorprenda?

—Supongo que sí.

Benno hace una inclinación de cabeza y camina hacia la furgoneta donde habrá pedido lo de beber. No tarda ni dos minutos y ya está de vuelta, dejando un vaso con una sombrillita decorativa en mis manos.

—¿Qué es? —pregunto, oliendo el contenido.

—Un cóctel. Me da la sensación de que te gustan más las cosas dulces.

Le doy un sorbo y me relamo los labios después. Benno se ha quedado mirándolos, cosa que me pone muy nerviosa. Aparto la mirada de él y asiento una vez.

—Está muy rico, gracias.

Nos quedamos aquí de pie un rato más. Ninguno dice nada y no sé si es por nerviosismo o porque no tenemos mucho que decirnos. Por mi parte, ni me atrevo a acercarme demasiado a él, ya que no sé si seré capaz de mantenerme a raya, de controlarme y de no meterle la lengua hasta la garganta de las ganas que tengo de sentirlo ahora mismo. Aunque estemos aquí solos de pie, nuestros amigos están desperdigados por todo el lugar en el que se realiza la fiesta y demasiado hemos intentado controlar nuestras muestras de cariño como para echarlo a perder ahora todo.

—Me encantaría estar aquí contigo como aquellos dos —dice Benno, haciendo con la cabeza una señal en dirección a Jo y Gael—.

Pero sé que no debemos por tus hermanos. O al menos, eso creo, porque nunca me lo has dicho.

—Benno, yo…

—No tienes que explicarme nada. Lo entiendo, de verdad. Las ganas…

—Lo sé. Yo también querría —digo, y me muerdo la lengua en cuanto me escucho—. Me refiero a que…, no sé, estaría bien no tener que estar siempre tan cohibidos en público.

—Joder, Del. Saber que tú también querrías me hace esto mucho más difícil. —Benno se pasa una mano por el rostro y, luego, se termina el resto de cerveza de su vaso de un trago—. Te juro que me encantaría saber lo que has hecho conmigo, soy incapaz de pensar en otra cosa que no seas tú.

Me sonrojo de inmediato. Me falta hasta la respiración ante semejantes palabras. Intento no mirarlo, pero me resulta imposible. Sus ojos se clavan en los míos, brillan y me miran con una intensidad que me hace hasta sudar. El sol se ha puesto del todo y me alegro de ello porque así a lo mejor no se da cuenta de mi nerviosismo ahora mismo.

—No seas exagerado —digo, intentando sonar graciosa, pero se me ha quebrado la voz al hablar.

—No lo soy. Te digo la verdad.

Vuelvo a mirarlo. No sé qué decirle ni cómo reaccionar. Una parte de mí se muere por confesarle que yo también paso mucha más parte de mis días de la que me gustaría pensando en él, en sus caricias, en sus besos, en todo. La otra parte, la racional, me advierte de que no lo haga, porque reconocerlo podría traerme problemas.

Luego, más adelante, cuando necesite que crea que lo que hemos tenido ha sido algo sin importancia, de verano.

Y sé que ahora me toca a mí decir algo, pero mantengo los labios muy apretados con miedo a lo que pueda salir de ellos si les permito hablar.

—Hermana, queremos irnos a casa. —Bruno me habla y dirijo la mirada hacia él al momento—. Estamos cansados y creo que Amelie no aguanta más.

—De acuerdo —digo, le doy un trago al vaso que tengo entre las manos y se lo tiendo a Benno—. Os llevaré de vuelta.

Hugo aparece a los pocos segundos a nuestro lado y anuncia que quiere irse también con nosotros y que acaba de avisar a Gael. Amelie alza los brazos para que la coja y lo hago, haciendo también acopio de todas mis fuerzas para conseguir llegar así hasta la casa sin dislocarme ninguna vértebra.

Me marcho sin despedirme de forma directa de Benno y no sé si él ahora creerá que no voy a regresar. Y, en principio, ese es el plan: irme con los niños a casa y quedarme con ellos. Pero no me he sentido con la valentía necesaria de hablar con él y decírselo. Y de que salieran exactamente esas palabras de mi boca y no otras.

En el camino a casa, mientras los chicos hablan de forma cómplice y Amelie da cabezadas entre mis brazos, me doy cuenta de que no quiero quedarme con ellos mirando la tele en el salón mientras roncan a pata suelta. Quiero regresar a la fiesta, quiero bailar con él, tocarlo, besarlo y, joder, restregarme contra su cuerpo para que entienda sin palabras las ganas que tengo de estar con él.

El corazón me tamborilea con fuerza en el pecho cuando llegamos a la casa y mantiene el ritmo todo el rato que necesito hasta que los niños se han arreglado, les he dado algo de cenar, leído los mismos cuentos de todos los días y he salido del dormitorio después de que Bruno me prometiese que llamaría en caso de que ocurriera algo.

Cuando salgo al porche trasero, miro en la dirección desde la que he llegado. Me quedo aquí unos segundos, preguntándome si esto que quiero es lo que debería hacer, hasta que mando la razón a paseo, me quito las chanclas y camino al paso más rápido que puedo hasta el lugar donde he dejado a Benno plantado sobre la arena.

Capítulo 27

Lo veo a lo lejos. Se ha movido un poco, hacia una mesa alta sobre los suelos de madera que han enterrado en la arena. Está apoyado ahí, mirando hacia algún otro sitio. Frente a él, tiene un vaso vacío de cerveza y mi cóctel. Darme cuenta de que me ha estado esperando me ayuda a reafirmar que esto es lo que quiero ahora mismo.

Aligero el paso y supongo que cuando nota que alguien lo está mirando muy fijamente, dirige sus ojos en mi dirección. Las comisuras de sus labios se alzan y su cuerpo se separa un poco de la mesa.

Llego hasta él y, sin decir nada, me alzo sobre las puntillas de mis pies descalzos y coloco ambas manos en sus mejillas. No espero, no pregunto, no pido permiso. Pego mis labios a los suyos y busco que el beso se intensifique lo antes posible. Benno me rodea la cintura y me pega más a él. Al cabo de unos segundos, intenta separarse de mí.

—Creía que no volverías —dice, y parece que le falta la respiración—. ¿Y a qué viene esto? Pensaba que no querías demostrar mucho en público.

—Me da igual —contesto, segura de mis palabras—. Los niños no están y los demás me dan igual. A ti tampoco te importa que lo vean, ¿no?

—Al contrario. Me encantaría que lo supiese todo el mundo.

Sonrío de medio lado y vuelvo a tirar de él hacia mí.

En el tiempo en el que he estado en la casa, la fiesta se ha llenado todavía más. La gente habla en voz alta y el ruido se mezcla con la música de fondo. Frente a la tarima del DJ, hay muchísima más gente bailando que antes.

No sé dónde está el resto de mis amigos, pero ahora mismo tampoco es que me interese demasiado.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta Benno, y creo que lo hace para entablar una conversación.

—Todavía tienes lo que me habías pedido antes, como si supieras que iba a regresar.

—Mantenía la esperanza, sí.

Sonrío y me hago con el vaso, procurando quedarme lo más cerca posible de él. Benno alza una mano y con la punta de los dedos me acaricia todo el brazo, desde el hombro hasta la muñeca, haciendo que se me ponga la piel de gallina.

—Me gustaría que esto fuera así siempre, Del —dice al fin—. No quiero volver a empezar con el mismo tema, pero es que… te juro que nunca antes me había pasado con nadie. Y no lo entiendo. Mi cerebro me dice que va a ser una mierda cuando volvamos a casa, pero no quiero hacerle caso.

—Tienes el mismo dilema que yo —confieso—. Pero ahora no quiero pensar en eso. —Benno asiente una vez y agacha la mirada. Lo cojo de las manos—. Vamos a bailar.

—Yo no sé bailar.

—Da igual —aseguro, e intento infundirle calma con una sonrisa —. Vamos.

Tiro de él de forma suave y, a pesar de que noto algo de reticencia al principio, la abandona pasados unos segundos. Lo arrastro hasta la pista de baile y suelto sus manos en cuanto estamos aquí. Intento seguir el ritmo de la música durante algunos segundos, pero, al verlo tan estático, me acerco más a él, pongo sus manos sobre mis caderas y le rodeo el cuello.

—Basta con que te menees de un lado al otro —digo, divertida—. No pretendo que sepas bailar como un profesional, Benno.

Consigo que se relaje y suelta una carcajada que hace que todo me burbujee por dentro. Pego el rostro a su pecho y escucho su corazón martillear en el interior preguntándome si el mío también se escuchará así. Entonces alzo la mirada hacia él y ladeo un poco la cabeza. Todo esto se siente demasiado irreal, estar aquí con él, creer que esto tiene futuro.

—Gracias por volver —dice, escondiendo su rostro en el hueco de mi cuello. Lo siento aspirar con fuerza—. Joder, me siento como un puto adolescente hormonado. Lo siento.

—Benno, las palabrotas…

—También lo siento por eso. Está claro que no ganaré la apuesta —murmura, y su aliento calienta mi piel.

—Todavía no es tarde para eso.

Separa su rostro de mi cuerpo y siento un frío glacial allí donde antes tenía sus labios. Nos movemos de forma muy lenta y sin seguir en absoluto el ritmo de la música. Pero no me importa. Lo que sí que me importa es estar aquí con él, sentirlo cerca, tan cerca que cualquier parte de mi piel en contacto con la suya me quema.

Benno acorta la distancia que nos separa y espero el beso con expectación. Inspiro una bocanada de aire justo antes de que nuestros labios se encuentren. El beso sube de intensidad. Entreabro los labios para que su lengua juegue con la mía y se me escapa un gemido en medio del beso. Enredo ambas manos en su pelo ya de por sí despeinado y tiro de él un par de veces.

De repente, justo cuando quiero empezar a pedir más, sintiendo la excitación del momento, Benno se separa de mí.

—No puedes hacerme esto en público —masculla con su frente pegada a la mía.

—Pues vámonos a otro sitio —replico, muy segura de mis palabras.

—¿A dónde demonios quieres ir?

—A casa.

Mis palabras son parcas, pero van cargadas de muchas indirectas —que no lo son tanto— y no sé si él las entiende todas. Sus ojos se clavan en los míos con mucha intensidad y creo que busca en ellos un rastro de burla, de chiste, intentando discernir si voy en serio o no.

—¿Estás segura? —pregunta entonces.

—Mucho más que eso —digo, y me detengo para morderme el labio inferior—. Tengo demasiadas ganas de ti, Benno. No puedo aguantarlo más.

—Joder, Del. Me cago en…

Chisto para que se guarde el resto de palabrotas y él se calla de inmediato y se muerte el labio. Se separa de mí dando un salto hacia atrás y me coge de la mano con fuerza, tirando de ella para salir de

la multitud que nos rodea. Me saca de aquí y ambos caminamos a paso rápido en dirección a la casa.

El camino se me hace eterno, sobre todo, porque lo obligo a detenerse en tres o cuatro ocasiones al querer besarlo y eso hace que el trayecto se extienda en el tiempo. En cuanto llegamos al porche, Benno me acerca de nuevo a él y me sujeta la cara con ambas manos antes de besarme otra vez. Da igual cuánto lo haga, no me resulta suficiente, y las ganas que tengo de él, de sus besos, de sus caricias van en aumento.

Me guía hasta la puerta trasera de la casa a ciegas, sin separar nuestros labios del otro. La abre y atravesamos la cocina tropezando con las sillas, con la mesa, con el marco de la puerta.

—Au, joder —masculla, todavía pegado a mí.

Intento guiarlo hacia el salón con toda la delicadeza de la que soy capaz. Estoy a punto de empujarlo para que caiga sobre el colchón donde ha estado durmiendo las últimas semanas, pero él se me adelanta y hace que cambiemos de posición, recostándome a mí con delicadeza sobre las sábanas desorganizadas. Sus labios abandonan los míos y recorren el camino cuello abajo hasta mi pecho. Sus manos acarician uno de mis costados de arriba abajo una y otra vez.

Se me escapa un gemido ahogado en un suspiro porque no puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad. Está claro que es lo que queremos ambos, pero todavía me sorprende que alguien más, aparte de quien fue todas mis primeras experiencias, tenga tanto interés en mí. Y todo más allá de mi físico.

Benno lleva sus manos a mis pechos y los masajea durante algunos segundos antes de hacerlas bajar. Sus labios vuelven a los míos y me besan con más intensidad que antes. Tiro de su camisa hacia arriba y él entiende lo que pretendo al momento. Se separa de mí para deshacerse de ella y la deja caer a un lado de donde estamos acostados. Sus labios vuelven a los míos y una de sus manos ya se ha colado bajo el vestido, llegando a las bragas, de las que tira hasta con rabia hacia abajo.

Separo a Benno de mí con una mano y me quito el vestido a toda prisa. Debajo no llevo sujetador y no sé si eso es lo que lo ha

sorprendido. Eso o verme, al fin, completamente desnuda.

—Joder, Del. Eres perfecta —masculla con la mano sobrevolando el botón de sus pantalones.

—No exageres —digo, y creo que lo estoy diciendo mucho más a menudo en los últimos días que en toda mi vida.

Pero él no puede ni imaginarse lo que esas palabras saliendo de su boca provocan en mí. Me sonrojo y la sangre hierve en mi interior. Todo palpita con fuerza, tanto que comienzo a creer que estoy en un sueño y no viviendo esta realidad.

Benno se quita los pantalones y los calzoncillos y no espera mucho más para sacar un condón de su billetera.

—No, espera, todavía no —digo, lanzándome hacia él.

—¿Todavía no? —pregunta, y veo hasta la decepción en sus ojos.

—Déjanos disfrutar esto un poco más.

Sé por qué lo digo, aunque no quiera que él lo sepa.

«Deja que lo disfrutemos más porque será la primera y la última vez». «Deja que lo disfrutemos más para poder recrearme en todo esto cuando me vea envuelta por la realidad en casa». «Deja que lo disfrutemos más para saber que ha ocurrido de verdad y que no ha sido un sueño ni una fantasía tonta».

Lo pienso todo, pero no se lo digo. No quiero arruinar el momento, no quiero que todavía lo sepa.

Me siento terrible al recordar que esto será, de alguna forma, como una despedida. Al menos, para mí lo está siendo y por eso quiero disfrutarlo al máximo.

Lo acaricio y juego con su miembro entre las manos durante varios minutos hasta que sus gemidos aumentan en intensidad. Entonces soy yo quien le pone el condón y, ante sus ojos de sorpresa, me coloco encima y desciendo de forma lenta sobre él hasta tenerlo dentro.

Exhalo un gemido con los labios apretados y los ojos cerrados. Se siente muchísimo mejor que en todas mis fantasías y no dejo pasar mucho tiempo hasta que aumento la intensidad. Benno me ayuda y mueve sus caderas acompasadas al ritmo de las mías, haciéndonos chocar una y otra vez. Sus manos aprietan mis muslos

con tanta fuerza que me las dejará marcadas por días, pero eso ahora no me importa, al contrario: me excita todavía más.

—Delilah, estás acabando conmigo —masculla entre dientes sin apartar la mirada de mí.

Alzo el rostro hacia el techo y luego le dirijo de nuevo la mirada. Mis gemidos se intensifican porque estoy a nada de llegar al clímax. Y él también, siento cómo se endurece todavía más dentro de mí. Así que lo cabalgo con más fuerza, con más rapidez, con más ganas, y no soy capaz de ocultar el gemido de placer que me recorre entera y se escapa de mis labios al correrme.

Él no dice nada, gime con la misma intensidad que yo al correrse al mismo tiempo. Nos quedamos así todavía un momento, sin movernos, sin decir nada. Con la respiración acelerada y la piel perlada de sudor.

—¿Qué coño ha sido esto? —pregunta Benno con la voz ronca.

—El mejor sexo de mi vida —contesto, esbozando una sonrisa.

Él frunce el ceño y yo ladeo la cabeza intentando descifrar a qué se debe. Parece molesto, y no dice nada por varios segundos. Al final, me aparto un poco de él, le quito el condón y lo dejo a un lado, sin bajarme de su regazo.

—Yo diría que más que sexo hemos hecho el amor —comenta.

—¿Tú crees? —intento sonar indiferente, pero soy incapaz.

Lo soy porque tiene razón. Porque ha sido así. No ha sido un polvo cualquiera, ha sido una pasada. Ha sido mucho más. Ha sido conexión absoluta y sin palabras, incluso aunque podríamos haber hecho más, mucho más. Pero las ganas no era posible pararlas más.

—Del…, yo creo que te… —comienza, y su voz suena titubeante.

No puede terminar, la puerta del porche se abre de golpe, obligándonos a dirigir la mirada en la dirección. No nos da tiempo a reaccionar en condiciones cuando escuchamos unas risitas y dos sombras se recortan en el umbral que da al salón.

Dejo escapar un gritito y me lanzo hacia un lado, intentando proteger mi desnudez con el cuerpo de Benno, que tira de una sábana en nuestra dirección.

—¿Qué coño queréis? —exclama en voz demasiado alta.

—Me temo que aquí está ocupado. —Escucho decir a Gael.

—¡Lo siento! —se disculpa Jo, entre risas.

Son como dos adolescentes en su primera cita o haciendo algo prohibido. Veo que se alejan y suben las escaleras susurrando e intentando hacer el menor ruido posible. Y espero que así sea, lo último que terminaría de romperles el momento son cuatro críos despiertos por su culpa.

Entonces miro a Benno y soy incapaz de contener la sonrisa.

—Ha faltado poco —comento, y él, también sonriente, se pasa una mano por el rostro.

—Menos mal que no ha sido hace cinco minutos. ¿Te imaginas?

Intento contener una carcajada ante la imagen que se genera en mi mente. Me giro hacia nuestra ropa y le tiendo a él su ropa interior antes de ponerme la mía. Pillo una camiseta suya tirada entre la ropa de cama y me la coloco porque ahora que no lo tengo tan cerca —ni dentro de mí—, siento algo de frío.

Pero antes de intentar ponerme en pie o sentarme en el sofá, Benno tira de mí para que me acueste a su lado y me rodea los hombros con un brazo, pegándome a su costado. Nunca me habían arropado así y me siento, de repente, protegida.

—Antes querías decir algo —susurro, y lo hago a pesar de que algo me dice que no debería escucharlo.

—No era nada importante, no te preocupes.

Me deposita un beso en lo alto de la cabeza y deja su nariz pegada a mi pelo. Aspira varias veces, como si quisiera empaparse de mi olor, pero no vuelve a hablar. Después de un rato, se le ha acompasado la respiración y se ha vuelto más pesada. Cuando le lanzo una mirada, se ha quedado dormido. Y, dado que ahora mismo lo último que quiero es regresar a mi dormitorio donde los otros dos estarán haciendo a saber qué guarradas, me acurruco junto a Benno y cierro los ojos, intentando conciliar el sueño también.

Sin embargo, una sensación agridulce se me queda pegada a los huesos por culpa de lo que quería decir y al final no dijo. Jamás podrían ser las palabras que llevo temiendo desde hace tiempo, incluso aunque algo en mi interior diera palmas al considerar la posibilidad.

Me decido a no pensar en ello. Está claro que, sea lo que sea que querría haber dicho, no era tan importante como yo creo. Así que intento por todos los medios apartar la idea de mi mente y disfrutar de tenerlo tan pegado a mí durante una noche.

Porque sin duda no nos queda apenas tiempo para pasar juntos y no tengo nada de ganas de echarlo de mi vida una vez regresemos a casa.

Capítulo 28

Me doy la vuelta sobre el colchón y vuelvo a pegarme al cuerpo de Benno para disfrutar de su calor. Él reacciona haciéndome sitio para que me acurruque contra su pecho.

Entonces escucho el gruñido de desagrado de René, ahora hacia mi espalda.

Llevamos varios días durmiendo así y esto se siente tan natural, tan normal que tengo miedo de regresar a la cama compartida con mis hermanos y sentir frío todas las noches.

Desde la fiesta, desde aquel momento y aquellas horas dormidas uno junto al otro, hemos seguido haciéndolo cada noche. Lo de dormir juntos, claro. Y, en realidad, por obligación.

Resulta que una vez que Jo probó eso de dormir junto a Gael, le pidió que siguieran haciéndolo durante los últimos días que nos quedaban allí. René no se mostró muy de acuerdo. Primero, porque no quería que su hermana pequeña durmiese con un chico y, segundo, porque eso significaba que Benno y yo haríamos lo mismo en el salón, junto a él.

Me separo de Benno con un poco de remordimientos por estar haciendo esto —y disfrutándolo— tan solo unas semanas después de la confesión del hermano de mi amiga. Me siento al borde del colchón y espero unos segundos antes de ponerme en pie e ir a la cocina a hacer café.

Al mirar a mi alrededor, algo me oprime el pecho. Supongo que será ver que todo está medio empacado, las maletas a medio hacer y que ya no hemos vuelto a hacer la compra para terminar lo que tenemos en casa. Así se ve —y se siente— que estas vacaciones están llegando a su fin.

Nunca había podido ir de vacaciones, ni ver el mar ni hacer nada que no fuese entre nuestras paredes o en mi ciudad natal. Tampoco había tenido la necesidad de hacerlo. Es lo típico de que, si no lo conoces, no lo necesitas.

Ahora también estoy segura de que no habrá nunca ningunas como estas.

Me echo café en una taza y relleno una segunda para Benno, hacia quien voy mientras el contenido todavía está caliente. En cuanto él huele el aroma, abre los ojos y se incorpora sobre el colchón.

—Joder, qué bien —dice, llevándose la taza a los labios—. Mañana me toca a mí. Y buenos días…

Me agacho en su dirección para recibir el beso que él quiere darme, pero antes de que nuestros labios se unan, escucho el quejido de René.

—¡Dejadlo ya, por favor! —exclama, tapándose la cabeza con la almohada—. ¡Ya está bien de tanto besuqueo!

—¿Quién se está besando ya a estas horas? —Escucho la voz burlona de Gael, que hace aparición en el salón seguido de Joleen.

—Nadie, qué mierda de gente —se queja entonces Benno, frunciendo el ceño y bebiendo del café sin volver a mirarme.

Esbozo una sonrisa y me voy con mi taza de nuevo a la cocina. Mi amiga me sigue.

—¿Qué desayunamos hoy? Es el penúltimo desayuno. Estoy muy triste.

—Lo entiendo y comparto el sentimiento.

—A lo mejor podemos repetirlo el año que viene. O en dos…

Mi amiga suena esperanzada cuando lo dice. Saco el paquete de pan de la nevera y cuento cuántas tostadas vamos a necesitar.

—Sabes que eso no es posible. Al menos, no en mi caso —digo, sin mirarla.

—Ya, ya lo sé. No te creas que yo podría volver a costearme esto tan rápido. El año que viene quiero ayudar a papá a pagar la carrera. El pobre ya no da abasto.

—Me parece buena idea.

Jo se acerca a mí y comienza a meter el pan en la tostadora. Se marcha al poco tiempo porque dice que quiere terminar de hacer sus maletas y disfrutar del resto del día al sol.

Y yo me quedo aquí con actitud taciturna, poniéndole mantequilla y mermelada a las tostadas. Lo hago a cámara tan lenta

que en cualquier momento me quedaré parada. Pero es que no puedo dejar de pensar en regresar a casa, en Joan, en su reacción cuando me vea después de tanto tiempo.

Si es que se entera siquiera de que hemos vuelto.

Solo le importamos por el dinero. Porque por nosotros recibe una cuantiosa cantidad al mes que ella y papá utilizan en meterse lo que sea que pillen de su camello.

Qué triste ha de ser su existencia y qué rabia me da no poder odiarlos, no poder salir de esa casa sin mirar atrás siquiera.

Aunque, qué narices: sí que puedo. Y quiero. Incluso aunque sé que va a costarme mucho trabajo interno, mucha culpabilidad hacia mí misma y una valentía que no me sobra cuando estoy frente a mis progenitores.

—¡El desayuno está listo! —exclamo en cuanto dejo los platos con las tostadas listas sobre la mesa.

Los niños bajan corriendo las escaleras y se sientan a la mesa a engullir una tras otra. Me giro hacia las que he asegurado para nosotros y voy hacia el salón a ofrecérselas a René y a Benno, que ya se han puesto también a terminar de hacer las maletas.

—Me voy arriba a terminar las de los niños —digo al rato.

Y, aunque es cierto que tengo que terminar de doblar y guardar la ropa de todos mis hermanos, en realidad, me he ido porque estaba casi segura de que me iba a echar a llorar en cualquier momento.

Regresar a casa también significa, de alguna manera, decirle adiós a Benno. Da igual lo que él diga, estoy segura de que lo que tenemos aquí no es viable fuera de Sigi.

—Ey, te has ido casi corriendo. —Lo escucho hablar a mi espalda.

Cierro los ojos durante un segundo y, cuando me giro hacia él, intento sonreír.

—Quiero terminar esto lo antes posible —me excuso—. Así los mocosos podrán disfrutar al máximo de hoy. Mañana ya no habrá playa.

En cuanto digo las últimas palabras, se me quiebra la voz. Y no es por el hecho en sí de que no habrá arena, ni playa ni sol ni agua de mar, sino por todo lo que conlleva abandonar este lugar.

—¿Estás bien? —pregunta Benno, acercándose a mí.

—Pues la verdad es que no —confieso, y dejo lo que estoy haciendo para mirarlo—. No quiero volver a casa.

Un silencio extraño se instala entre nosotros. No es incómodo porque pocas cosas lo son entre él y yo. Pero sí que es raro.

—Lo entiendo y lo siento —dice él entonces—. Sabes que ahora podrás contar conmigo siempre que lo necesites.

—Benno, no empieces, por favor… —pido, casi suplico—. Sabes que en casa esto no va a funcionar.

—No empieces tú, Del —se defiende—. No quiero que me eches de tu vida sin más solo porque tienes miedo de que no pueda funcionar. No quiero volver a discutir sobre lo mismo.

Benno suspira y se pasa una mano por el rostro, molesto.

—No quiero que veas la situación en la que vivimos. De verdad que no. Me avergüenza —confieso, y siento que se me sonrojan las mejillas—. La Delilah que tú conoces no es la que vive en casa y cuida de todos. Esta es la que me gustaría ser siempre, pero no soy. Y no quiero que conozcas a la otra.

—¿Qué puede tener de malo esa otra Delilah?

—Es una cobarde y se deja apalear cada vez que los demás quieren.

Me doy la vuelta y sigo metiendo cosas en la vieja maleta que comparto con mis hermanos solo porque no quiero verle el rostro a Benno.

—Y estoy seguro de que la querré igual que a esta.

Me quedo estática con una camiseta a medio doblar en la mano. No quiero darme la vuelta, no quiero mirarlo. Me da pánico hacerlo y ver en sus ojos que lo que acaba de decir es real, que no es una broma, que lo ha soltado.

Joder, Benno, joder.

—Pues yo estoy segura de que no —digo con mucha dificultad—. Y por eso no te lo estoy preguntando: no vamos a seguir con lo que tenemos una vez regresemos a casa.

—No estoy de acuerdo, pero eso ya lo sabes. —Benno suena algo dolido y no sé a ciencia cierta si es por mis últimas palabras o por mi nula reacción ante su declaración—. Te juro que paso de intentar

hacerte entrar en razón. Al final, harás lo que quieras y si eso es lo que quieres, que así sea.

Siento las lágrimas, que se me escapan cuando me sobresalto al escuchar el portazo que ha dado Benno al salir del dormitorio. Me muerdo el labio inferior mientras me obligo a terminar de meter en la maleta las últimas prendas de ropa del armario. Quiero obligarme a dejar de llorar, pero soy incapaz. Las lágrimas se me escapan de los ojos como una cascada porque mi boca ha dicho lo que mi corazón se negaba a dejar escapar.

Y, de repente, las últimas horas que podría haber disfrutado con él se me escapan entre los dedos. Ahora lo único que me queda es un dolor estancado en el pecho que se hace más y más grande a cada minuto que paso aquí de pie.

Capítulo 29

Inspiro por la nariz con los ojos cerrados. Quiero hacerlo para impregnarme del olor a mar y obligarme a visualizar todo esto en mi mente. Sé que, cuando regrese a casa, todavía podré verlo tras mis párpados cerrados, pero no sé cuánto tiempo tardaré en olvidarlo del todo. O en que el recuerdo se difumine hasta que apenas distinga nada en él.

Y con eso no solo me refiero a Sigi y a su mar.

Siento que alguien se acerca a mí, así que dejo escapar el aire con lentitud y abro los ojos.

—¿Estás lista para irnos? —pregunta Jo, colocándose a mi lado.

—Para nada —contesto, sincera.

Ella se acerca un poco más a mí y me coge por un brazo, apretándolo con fuerza. Supongo que intenta infundirme algo de valor.

—Si la vida nos sobrepasa otra vez, siempre podemos volver aquí.

Agacho la cabeza con una sonrisa triste. Ya lo ha dicho antes y yo ya he contestado a eso. Lo que significa que ella sabe muy bien cuál es mi posición al respecto. No quiero que este momento termine siendo desagradable o desmotivador, así que asiento.

—Claro —digo, juego con la punta del pie en la arena—. Siempre nos quedará Sigi.

Joleen nota la tristeza en mi voz y me da una palmada en el brazo. A veces parece que no tiene los pies puestos en la tierra, que vive en su mundo de fantasía, pero, en realidad, no es tonta.

—¿Necesitas unos minutos más?

—Sí, estaría bien.

Mi amiga asiente y se marcha, dejándome de nuevo a solas en una playa que ya está mucho más vacía que una semana atrás. Vuelvo a inspirar, vuelvo a cerrar los ojos.

Pero esta vez no veo el pueblo con sus playas, sino otra imagen a la que me da pánico regresar: la de casa. Un piso al que jamás seré

capaz de llamar hogar con gente en él que hace tiempo dejaron de ser mi familia. Ese núcleo familiar está compuesto únicamente por mis hermanos y yo.

Al menos, hay algo bueno. Y es que regreso con un plan diferente y con la energía que necesitaré para sacarnos de ese hoyo en el que mis padres nos han metido a todos.

Encontraré trabajo y lo haré rápido, encontraré un piso en el que podamos vivir juntos pero no tan apretados como ahora y haré todo lo que sea necesario por brindarnos una vida decente.

Sorbo por la nariz porque resulta que, con el pensamiento, se me han escapado un par de lágrimas. Me las limpio con las manos antes de darme la vuelta y regresar a la casa, donde los coches de alquiler que han ido a buscar los chicos esta mañana ya están llenos hasta arriba y todos esperan de forma más o menos ansiosa para regresar a casa.

No me había dado cuenta, pero Benno me contempla desde el porche con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros y el ceño fruncido. No sonríe cuando me ve, tampoco lo hace mientras me acerco a él.

Después de nuestra última discusión, se ha instalado un aire raro entre nosotros. No hemos dejado de tocarnos, ni de besarnos ni de estar el uno junto al otro. Ambos sabemos que tenemos las horas contadas. Él, porque sabe que no daré mi brazo a torcer y yo, porque es así como tiene que ser por su bien.

Al final, se ha resignado.

Cuando llego hasta él, me rodea los hombros con uno de sus brazos y me aprieta con muchísima fuerza. Tanta que creo que hasta me va a romper. Luego, me deja un beso en la coronilla y se aparta de mí para dejarme entrar en la casa. Él no me sigue, así que doy por hecho que estará pensando todavía en sus cosas.

O en mi increíble capacidad de dejarlo de lado de forma tan fácil.

Aunque para mí será de todo menos fácil, eso seguro.

—¿Estáis listos? —pregunta Gael, alzando la voz para que lo escuchemos todos—. Tenemos que ir saliendo ya para llegar con tiempo de transportar todo esto al tren y devolver antes los coches.

—Nosotros estamos listos —aseguro, refiriéndome a mis hermanos y a mí.

—Nosotros también —anuncia René, refiriéndose a él y a su hermana.

—¿Benno? —Gael lo llama a todo pulmón justo en el momento en el que el susodicho entra por la puerta—. ¿Listo?

Solo asiente, pero al novio de mi amiga por lo visto le es suficiente. Bruno y Amelie se acercan a mí. La segunda me coge de la mano con fuerza y, tras hacerle una señal a Chris con la cabeza, me los llevo a uno de los coches para que se sienten atrás.

—Poneos los cinturones, por favor.

Chris se queja, aun así, se lo pone en cuanto ve mi mirada de advertencia. Ayudo a Amelie con el suyo y, cuando me aseguro de que está todo bien, salgo del coche cerrando la puerta.

Joleen, René, Gael y Hugo van en el segundo coche y Benno, que en teoría conduce el nuestro, se ha quedado embobado mirando otra vez hacia el mar.

Me acerco a él.

—Voy a echar esto de menos —dice, y no estoy del todo segura de a qué se refiere.

—¿El mar? —pregunto en voz baja.

—Sí, también —contesta, y me lanza una mirada de soslayo—. El mar, la arena de la playa, el sol y el calor. Y a ti, por supuesto.

Entonces me mira y yo cierro los ojos casi en un acto reflejo. No quiero que me mire con pena en sus pupilas por lo que no vamos a tener más; creo que, si lo hace, me destrozará por dentro. O me volverá débil y querré decirle que ha sido una estupidez por mi parte y que sí que podremos seguir viéndonos una vez regresemos a casa.

—También echaré un poco de menos la apuesta —agrega, intentando quitarle algo de hierro al asunto.

Me hace sonreír a pesar de toda la tristeza.

—¿Te refieres a la que no has ganado? —inquiero.

Benno me mira con diversión en los ojos y esboza una media sonrisa ladeada. Me resulta irresistible cuando me mira así, pero sé que ahora no debo besarlo porque, en ese caso, me costará horrores separarme de él cuando llegue la hora.

—Sí, a esa —confirma—. No la habré ganado, pero te juro que me he esforzado. Y ahora me toca hacer el ridículo, con lo que a mí me gusta…

El momento se rompe y ambos nos damos cuenta. Se me borra la sonrisa del rostro y agacho de nuevo la mirada cuando él también la aparta de mí.

—Seguro que no es para tanto —digo, intentando salir del paso —. ¿Nos vamos ya?

Benno asiente. Sus manos están bien resguardadas en los bolsillos de sus pantalones otra vez. Como si de esa manera se asegurase de que no va a ser capaz de tocarme más de la cuenta.

Nos dirigimos hacia el coche en el que mis hermanos esperan dentro, nos sentamos en el interior y a los pocos segundos él arranca para poner rumbo a la estación de trenes, seguido por el coche que conduce Gael.

Miro por el retrovisor todo el tiempo que puedo cómo las casas se van haciendo más y más pequeñas hasta que dejan de ser visibles. A mi derecha, todavía se ve el mar, pero este también se aleja de nosotros cuando la carretera se curva en dirección contraria.

Todo esto ha estado bien. Ha estado mucho más que bien. Ahora toca regresar a la realidad en un paréntesis que era en mi vida muy necesario. Y lo era porque jamás he estado tan segura y convencida de que el paso que estoy a punto de dar es el que de verdad debería haber dado hace, al menos, un año.

Claro que, si hubiese sido así, no estaría sentada aquí dejando atrás un pueblo idílico en el que hemos pasado unas semanas de cuento de hadas. Ni habría conocido a Joleen y, por consiguiente, tampoco a Benno.

Le lanzo una mirada de soslayo. Conduce sin apartar la mirada de la carretera, con las gafas de sol puestas. Incluso así me doy cuenta de que tiene el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea.

Y sé que soy yo la culpable de ese estado de ánimo. Pero también sé que será un mal presente del que nos alegraremos de que así haya sido en el futuro.

Abro la puerta de entrada girando la llave en la cerradura de forma lenta e intentando hacer el menor ruido posible. Mis hermanos, sin excepción alguna, se han escondido detrás de mí. Ellos mejor que nadie saben que, si los encontramos ahí dentro, nadie podrá protegerlos de la ira de mis padres, incluso aunque yo lo intente.

Como lo he estado intentando una y otra vez desde hace demasiado tiempo.

Cuando consigo abrir, suspiro de alivio porque tengo la sensación de que no hay nadie en casa. Si es así, a lo mejor todavía existe la esperanza de que hayan salido y a saber cuándo regresarán. Podemos aplazar la situación tan desagradable por unas horas en el peor de los casos. En el mejor, durante algunos días.

Pero me doy cuenta de que no vamos a tener tanta suerte esta vez en cuanto hemos atravesado el umbral. Me quedo estática en medio de lo que una vez fue una sala de estar y alzo los brazos como si intentase proteger a mis hermanos.

No me da tiempo a reaccionar, ni a decir nada. Joan camina hacia mí tan rápido como no la he visto nunca y se planta frente a nosotros. Alza la mano y, antes de poder utilizar las mías para protegerme, me cruza la cara de un tortazo.

Abro la boca en cuanto el dolor se hace notar y me llevo una mano a la mejilla que ella acaba de machacarme.

—¡Malnacida! —exclama, y deja caer un escupitajo al suelo que me da de lleno en las deportivas viejas—. Vais a ir a vuestro dormitorio y os quedaréis en él hasta que me dé la puta gana de dejaros salir. ¡Fuera de mi vista!

Me sacudo en cuanto ella grita la última frase. El dolor físico por el guantazo ahora también lo es emocional. Mis hermanos se aprietan más contra mis piernas y sé que están pasando miedo. Me encantaría no estar temblando, decir algo que les haga entender a nuestros padres que no son ellos quienes tienen el mando aquí. Pero para eso tendría que ser otra persona.

Porque la Delilah que vive en esta casa es la que está ahora presente. Así que agacho la mirada y asiento.

—De acuerdo —digo en voz baja, y luego me giro hacia mis hermanos—. Vamos.

Al avanzar, pasamos frente al sofá, donde nuestro padre está tirado con la camiseta llena de manchas de lo que supongo que será su propio vómito y el brazo al descubierto. Aparto la mirada y me interpongo entre esa visión y los niños para que ellos no tengan que ver de primeras lo que acabo de ver yo. Los empujo con algo de demasiada agresividad al interior de nuestra habitación y cierro la puerta en cuanto estamos dentro. No pasan ni dos segundos cuando escuchamos cómo Joan le echa la llave al otro lado.

Mis hermanos se sientan uno junto al otro en la esquina más alejada de la cama mientras yo me quedo aquí de pie, pegada a la puerta, escuchando los gritos descontrolados de nuestra madre. Inspiro hondo y, al hacerlo, se me llenan los ojos de lágrimas y me cuesta hasta respirar.

Yo quería ser diferente a la vuelta. Quería tener la valentía de plantarles cara por mis hermanos, de hacer lo que se supone que debo de hacer y sacarlos de aquí. De este caos que les destrozará la vida para siempre.

Pero, por lo visto, no soy capaz.

He estado viviendo en una mentira durante las últimas semanas y ahora, al regresar a casa, me ha caído todo como un balde de agua fría sobre la cabeza.

Sé que Joan no nos mantendrá aquí durante mucho tiempo. Se dejará la puerta con la llave sin echar la próxima vez que entre para rebuscar en todas las esquinas por el dinero que una vez conseguí esconder en esta casa y nunca más he vuelto a hacer. Y, luego, desaparecerán durante algunos días y nos dejarán en paz.

Al menos, eso es lo que espero.

Y ese será el momento que aprovecharé para ponerle fin a todo esto de una vez por todas.

Capítulo 30

Como me había imaginado, Joan dejó la puerta con la llave sin echar el mismo día que llegamos una vez que rebuscó en todos los armarios y cajones, e incluso debajo del colchón, un dinero que no guardo aquí. No era la primera vez que veíamos semejante escena, pero mis hermanos tiritaron como si lo fuese.

Una vez que mamá no encontró nada, se marchó dando gritos que hicieron despertar a mi padre y, a los pocos minutos, ambos salieron de casa dando un fuerte portazo.

De eso hace ya dos días y todavía no se han dignado en volver.

Y en todo ese tiempo, solo hemos salido del dormitorio para lo necesario. Todo lo que he podido arreglar a través del móvil lo he hecho. Hasta que me vi obligada a apagarlo porque me pasaba demasiado tiempo mirando mis fotos con Benno. Y porque él no había dejado de escribirme.

Mensajes que se quedaron sin contestar.

El día después de nuestra llegada, y una vez que nuestros padres ya no estaban en casa, recibí una llamada de nuestra trabajadora social. Podíamos esperarla en los próximos días. Así que el tiempo que pasé fuera del dormitorio lo ocupé intentando dejar el piso lo más decente posible. Aunque no me atreví en ningún momento a abandonar nuestras paredes para ir a hacer la compra ni nada similar, intenté utilizar el tiempo lo mejor que pude.

Envié solicitudes de trabajo y miré pisos por internet. Todo hasta que, de nuevo, apagué el móvil para no quedarme más tiempo prendada de mis recuerdos con él.

—Han llamado a la puerta —Bruno me avisa, poniendo un único pie fuera del dormitorio—. Del, han llamado a la puerta.

Me giro hacia él cuando escucho sus palabras la segunda vez y entonces voy hacia la puerta del piso. Doy por hecho que será Evelyn, así que me aliso las arrugas que no sé si tendré en la camiseta recién lavada y me dispongo a abrir.

Pero me quedo estática al hacerlo, la persona que se encuentra al otro lado no es quien yo esperaba.

—Hola, Del —dice, y su voz se derrite en mis oídos.

Cierro los ojos durante un segundo, escucharlo ha hecho que me vibre todo por dentro. Haberlo visto hace que todo en mí se encienda. Y, de repente, he olvidado esa determinación porque lo único que quiero es lanzarme a su cuello y colgarme con las piernas de su cintura, besándolo hasta que me pida volver a respirar.

—¿Qué haces aquí? —son, sin embargo, mis palabras.

El dolor en los ojos de Benno es visible. Pero no puedo hacer más que esa pregunta porque, por mucho que me alegre de verlo y de tenerlo aquí ahora mismo, también sé que no debería ser así.

Clavo mis pupilas en él. Su estilo no es ni por asomo tan veraniego como lo fue en Sigi, aunque todo sigue quedándole como un guante. Desaliñado, pero no para mí. Los vaqueros le quedan gigantes y lleva una camiseta negra con el logotipo de lo que creo que es un grupo de música que no conozco bajo una chupa de cuero vieja. Y como siempre, va despeinado.

—No has dado señales de vida desde que regresamos y pensé que… —comienza, y lo interrumpo.

—Pensaste, ¿qué? —digo con el ceño fruncido.

Coloco una mano en su pecho y lo alejo de la puerta del piso para cerrarla detrás de mí. Lo hago porque caigo en la cuenta de que, por mucho empeño que haya puesto en organizarlo todo y limpiar lo que todavía se puede, la visión del interior es asquerosa en comparación con la de un piso de una familia más normal.

—Pensé que a lo mejor habría pasado algo —dice entonces él, que ahora también tiene el ceño fruncido—. Y he venido a ver si estáis bien.

—¿Cómo has encontrado el piso? —inquiero con más rabia de la que me gustaría en la voz.

—Jo sabía tu calle, aunque no el número del edificio y llevo casi una hora leyendo los nombres de los buzones que, por cierto, son un huevo.

Cierro los ojos al dejar escapar un suspiro.

—No deberías haber venido. Estoy bien.

—¿Y por qué no contestas a mis mensajes? —ataca él de nuevo.

—¡Porque así nos seguiremos haciendo daño!

Benno me contempla con la mirada clavada en mi rostro, pero no contesta. Al menos, no de inmediato. Nos miramos durante segundos que se transforman en minutos. Y a cada momento que pasa tengo que recordarme con más insistencia que debo ser fuerte, que no puedo vacilar y que fue mi decisión apartarlo de mi vida, no la suya.

—Del, por favor —comienza de nuevo, y esta vez la voz suena muchísimo más calmada—. Sé que no quieres seguir conmigo porque crees que esto no tiene futuro en nuestra vida normal. Lo entiendo, también sabes que no comparto el sentimiento. Los últimos días en Sigi lo acepté porque así lo querías. Pero no se siente bien, no se siente como si fuese lo correcto, así que, por favor…

—¿Lo correcto? —pregunto, interrumpiéndolo—. ¿Qué crees que es lo correcto, Benno? Mis hermanos están ahí dentro, atrincherados en nuestro dormitorio, con un pánico atroz a que nuestros padres regresen y les den una paliza. Y eso en el mejor de los casos.

Mi voz se eleva con cada palabra que sale de mi boca y, al final, intento regularla. Sé que, al igual que estamos escuchando a nuestros vecinos gritarse en el interior de cada uno de sus apartamentos, ellos también pueden escucharnos a nosotros.

—Delilah, no quiero atacarte. Solo me gustaría que te dieras cuenta al fin de que lo que yo quiero es lo que tú también quieres.

Sus palabras me desestabilizan. Tengo que darle la razón, lo es. Pero no quiero admitirlo porque eso haría mi tarea mucho más complicada.

—No quiero que entres tanto en mi vida. Me da miedo lo que puedas pensar de nosotros después —confieso, sin embargo.

No es justo lo que quería decir, aunque también me vale. Y soltar esas palabras hace que me ablande un poco. Justo lo que no quería.

—Pero yo quiero formar parte de todos los aspectos de tu vida y ya no sé cómo decírtelo para que lo aceptes —continúa, y ahora es él quien suspira y se pasa una mano por el rostro—. Estoy harto de

que me apartes. Y estoy aquí porque sentía la imperiosa necesidad de decirte algo.

—¿El qué? —pregunto, de nuevo algo molesta.

—Te quiero, Del, y me gustaría que dejaras de apartarme.

Abro la boca por la sorpresa. Ahí está, la bomba que esperaba no tener que vivir nunca.

Ya en Sigi creí que lo había dicho, me empeñé tanto en obviarlo que lo había olvidado. Ahora está clarísimo. Negro sobre blanco, sin ninguna duda.

Algunos sonidos extraños se escapan de mi boca, pero ni una palabra coherente. Mucho menos una respuesta decente.

—¿Vas a dejar de apartarme ahora? —pregunta Benno, que parece más nervioso ahora que antes.

Dejo caer los párpados durante uno, dos, tres segundos. Me concentro en inspirar hondo y llenarme los pulmones de un oxígeno que de repente necesito muchísimo. Sé que, a cada momento que dejo pasar, él se va poniendo más y más nervioso. Y lo sé porque conmigo es así también. Pero necesito el tiempo.

Abro los ojos y los clavo en él. No solo lo miro, sino que lo veo. Lleva tanto tiempo ahí que ahora me cuesta volver a convencerme de que él no ha perdido absolutamente nada en mi vida.

Y, al final, consigue que me ablande del todo.

—De acuerdo —digo con la voz entrecortada—. Lo siento.

Benno dirige una de sus manos hacia la mía y la acaricia con delicadeza. Se me eriza toda la piel al sentir el contacto, como si hiciese años que no nos tocásemos. Y es que, para mí, así se siente.

Lo especial del instante se corta de cuajo cuando la puerta a mi derecha se abre y aparece nuestra vecina con cara de pocos amigos.

Entonces cojo a Benno de la mano con firmeza y lo llevo al interior de nuestro piso. Al cerrar la puerta detrás de nosotros, siento vértigo y náuseas. Él no dice nada. Al menos, no durante los primeros segundos aquí. Se limita a contemplarlo todo con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros.

Da una vuelta sobre sí mismo de forma lenta y regresa sus ojos a los míos. Siento un calor en mis mejillas que me abrasa.

—Del, necesito que sepas una cosa porque creo que a veces se te olvida —dice, y el tono bajo de su voz me envuelve cuando habla —. Tú no eres tus padres.

En cuanto lo escucho, se me llenan los ojos de lágrimas, pero me veo obligada a tragármelas porque mis hermanos abren la puerta del dormitorio, curiosos por saber qué es lo que está pasando y, al ver a Benno, todos se lanzan hacia él.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Chris que, curiosamente, es quien más parece alegrarse de verlo—. ¿Y cuánto te quedas?

—¿Y si vuelven mamá y papá? —pregunta Bruno en voz algo más baja.

—Precisamente por eso, Benno no ha venido para quedarse mucho rato. Solo quería saber si estamos bien.

—¡Estamos bien! —corean todos mis hermanos.

—¿Lo tenéis estudiado? —pregunta, dirigiéndose a mí.

—Por supuesto que no —aseguro, aunque es un poco mentira porque sí que lo tenemos muy interiorizado—. Tienes que irte, por favor.

Al escuchar mis palabras, entiende el mensaje. Se agacha para abrazar a mis hermanos y se despide de ellos haciendo que les choquen los cinco. Se me encoge el corazón en el pecho cuando me doy cuenta de que hasta Amelie lo hace. Luego, se dirige a la puerta de entrada y yo lo sigo.

—Prométeme que contestarás a mis mensajes —pide en voz baja antes de salir del piso. Estamos tan cerca que podría besarlo ahora mismo—. Al menos, de vez en cuando.

—Te lo prometo —digo con un hilo de voz.

—¿Y dejarás de apartarme? —continúa.

—Supongo que sí…

Benno sonríe y me lo contagia.

—Quiero ayudarte a que salgáis de aquí lo antes posible, ¿vale?

Ahora solo asiento porque ya no me salen más palabras. Estoy segura de que se va a dar la vuelta para marcharse, pero no lo hace. Todavía se queda aquí un momento, mirándome, como si quisiera decir algo. Al final, me da un beso en la coronilla que dura un poco más de lo normal, abre la puerta y la atraviesa a paso rápido. Lo

escucho bajar las escaleras al trote antes de volver a cerrarla y regresar con mis hermanos a nuestro dormitorio.

Creo que sé lo que le hubiese gustado volver a decirme, y agradezco que no lo haya hecho. No me siento preparada para pronunciar las mismas palabras que él me ha regalado incluso aunque creo que es algo que ya no podría echar para atrás.

Sé que yo también lo quiero, aunque no esté preparada para decírselo a la cara, ni admitirlo en voz alta.

Capítulo 31

Lo más difícil que he tenido que hacer esta semana ha sido hacerme una cuenta bancaria. En un banco. De forma presencial.

No ha sido verme obligada a dejar la carrera, ni tener una entrevista para mi primer trabajo a tiempo completo —que, para mi absoluta sorpresa, conseguí pasar—, ni escabullirme de casa para mis primeros turnos o para ver pisos que me habían dejado totalmente deprimida.

No. Ha sido para hacerme una cuenta bancaria en la que ingresar un sueldo. Una a la que mis padres no tengan ningún acceso.

Sé que, cuando nací, mi madre le dio importancia a crearme una donde ella constaba como apoderada e intentaba ahorrar algo de vez en cuando. Pero eso también fue lo primero que lapidó cuando el dinero comenzó a escasear más y más por culpa de los vicios de papá y, luego, los suyos propios.

Y después de eso, jamás me había atrevido a tener una. Hasta este momento, los trabajos que he tenido no ha sido ninguno de forma oficial y de una manera u otra he conseguido llegar al dinero saltándome el paso de tener una cuenta propia.

El tema de encontrar el piso adecuado ha sido otro muy diferente y mucho menos satisfactorio. He visto, al menos, siete. Cuando encuentro uno por un precio que puedo asumir, está en tan malas condiciones que necesitaría siglos para dejarlo medio decente. Y, lo que ya está habitable, me es imposible pagarlo.

Así que he pasado los últimos días entre emociones que me han desbordado por completo.

Y también he hablado mucho con Jo y con Benno y he intentado estar presente incluso en nuestro grupo compartido de WhatsApp, donde apenas me había atrevido a escribir hasta que Benno apareció en mi puerta hace ya demasiado tiempo. No los he visto a ninguno, pero he decidido que no quiero desaparecer de sus vidas ni que ellos lo hagan de la mía.

Cierro la puerta de casa intentando no hacer ruido. No me quito los zapatos porque en este piso no es seguro hacerlo. Nunca sabes lo que te puedes encontrar en el suelo. Papá y mamá están tirados uno en el sofá y el otro en el suelo, en la misma posición que los dejé al irme hace unas horas. Camino hacia el dormitorio y me meto en él, donde mis hermanos intentan entretenerse con lo que pueden. Las clases todavía no han empezado y sé que ellos están deseando que lo hagan para, al fin, salir de aquí.

—Vamos al parque —digo, sin pensármelo dos veces.

—¿Podemos salir? —pregunta Chris, sorprendido.

—Me da igual. Ahora mismo no son capaces de detenernos y vosotros necesitáis aire fresco —sentencio, sin mirar a ninguno de ellos en concreto y mientras me cambio las deportivas más nuevas por las viejas—. Poneos algo encima y fuera de aquí.

Mis hermanos no esperan a que diga nada más. Están tan ansiosos por abandonar estas cuatro paredes que en menos de treinta segundos estamos saliendo del dormitorio con dirección a la puerta. Me quedo junto a ellos cuando se ven obligados a pasar frente a nuestros padres.

—¿A dónde vais? —pregunta Joan con la voz pastosa. Solo es capaz de abrir un ojo a medias—. Mierda de críos…

—A tomar el aire —contesto lo más dignamente posible.

Apremio a mis hermanos a que salgan de casa porque, aunque haya conseguido un mínimo de valor para contestarle a mamá sin esperar a que comience a gritar —en caso de que sea capaz en su estado—, no sé cuánto tiempo me durará la valentía y prefiero, para ese momento, haber salido de aquí. Estoy dispuesta a acatar las consecuencias una vez vuelva a casa, pero cuando mis hermanos hayan podido respirar un poco de aire fresco y no el viciado que tenemos en el piso, por mucho que airee estas paredes.

En cuanto llegamos al exterior, inspiro hondo con los ojos cerrados y sigo a los niños a paso rápido hasta el pequeño parque entre los altos edificios. No vivimos en una buena zona, ni siquiera en una decente, pero es lo único que todavía podemos permitirnos. Y estoy segura de que, en cuanto nosotros no estemos más aquí,

mis padres tampoco conseguirán mantener su vivienda por mucho tiempo.

Por primera vez en la vida, no me importa lo más mínimo.

El móvil me suena en el bolsillo de la chaqueta y lo saco para mirar de quién se trata. El corazón me da un vuelco cuando veo el nombre y la foto de Benno en la pantalla desgastada. Me muerdo el labio inferior y, tras echarle una mirada a mis hermanos y comprobar que están bien, me llevo el móvil a la oreja.

—¿Diga? —contesto con timidez.

—¿Del? Espero que no estés trabajando porque tienes que venir a un sitio ahora mismo —dice, y su voz tiene un deje de emoción que no es capaz de ocultar.

—Si estuviese trabajando, no te habría cogido la llamada —aseguro, y no puedo evitar sonreír—. ¿Qué ocurre? ¿A qué sitio quieres que vaya?

—Te voy a mandar una dirección —dice, obviando mis preguntas —. Tienes que salir ya mismo. ¿Puedes estar en máximo media hora aquí?

El móvil me vibra contra la oreja y doy por hecho que será un mensaje suyo con esa dirección de la que ha hablado.

—Benno, ¿qué ocurre? ¿A qué viene tanta emoción?

—Creo que tengo el piso perfecto para vosotros. Unos colegas se mudan. Pero tienes que venir a verlo ahora mismo porque, si no, mañana empezarán a mostrárselo a otra gente.

La columna vertebral se me tensa al momento.

—De acuerdo —digo, y aunque sé que suena estúpido como respuesta, no me sale decir otra cosa—. Cojo a mis hermanos y voy para allá. Te escribiré cuánto tiempo necesitamos en cuanto lo haya averiguado.

Cuelgo la llamada sin decirle nada más y me dirijo hacia mis hermanos.

—¡Tenemos que irnos! —exclamo, llamando su atención.

—¿A dónde? Acabamos de llegar… —se queja Bruno.

—A ver un piso.

En cuanto escuchan mis palabras, se acercan a mí, dejando lo que estaban haciendo. Cojo a Amelie de la mano y, con la otra,

intento ubicar la dirección que me ha mandado Benno por mensaje. Vamos a necesitar incluso algo más de media hora para llegar porque está casi al otro lado de la ciudad. Pero no me importa, aprieto el paso todo lo que pueden aguantar mis hermanos y lo aviso de que ya estamos en camino.

Llegamos al edificio sin resuello, hemos perdido el último tren y no se me ha ocurrido otra cosa que obviar el siguiente y caminar el último tramo que nos quedaba a paso de maratón. Los últimos metros los he tenido que hacer incluso con Amelie en brazos.

La dejo en el suelo en cuanto estamos frente a la puerta, inspiro hondo y dejo pasar algunos segundos para que se regule mi respiración.

—¿Por qué no llamas? —pregunta Chris, haciendo que me gire hacia él con el ceño fruncido.

—No seas impaciente.

Él alza ambas manos en actitud de defensa y luego espera junto a los demás. Dejo pasar un par de segundos más, inspirando de forma profunda una y otra vez con la esperanza de calmar así los latidos alocados de mi corazón.

Alzo una mano y llamo al timbre junto al nombre que me ha escrito Benno. A los pocos segundos, escucho el sonido chirriante del mecanismo que abre la puerta.

Dejo pasar a mis hermanos y subimos en el ascensor hasta el tercer piso. Esta esquina de la ciudad es completamente diferente a donde vivimos ahora. Los edificios no son tan altos ni hay tanta aglomeración de familias. Además, la entrada del edificio no huele ni a orina ni a basura.

Cuando la puerta del ascensor se abre, Benno está ahí esperándonos.

—Hola —dice, y esboza una sonrisa que me resulta algo bobalicona al verme.

—Hola —correspondo.

—Vamos, es este —dice entonces, dejándonos avanzar antes que él.

Al entrar, sé que este es. Todavía no he escuchado los detalles, ni lo he visto al completo, algo en mi interior me dice que este es el

piso para nosotros. No es grande, al contrario. Pero parece que está bien dividido.

—Hola. —Escucho una voz desconocida y un chico se acerca a mí y me tiende la mano—. Soy Timo y supongo que tú eres Delilah, la novia de Benno.

Abro la boca para decir algo, me he quedado muda ante sus palabras. En cuanto el susodicho se coloca junto a mí y soy capaz de dirigirle la mirada, veo que se ha quedado blanco como el papel.

—Algo así —dice, intentando rescatar la situación y no sé cuál de los dos ha soltado el peor comentario—. Sí, ella es Delilah y estos son sus hermanos.

—Encantado —dice de nuevo Timo, sonriente—. El piso es pequeño, pero está muy bien. Hay dos dormitorios, aunque aquí estábamos viviendo tres. La cocina viene con el piso y hay algunos muebles que se quedan, por si tienes interés. ¿Quieres que te lo enseñe todo?

Asiento una vez porque no me salen las palabras. Llevo a Amelie de la mano y a mis hermanos pegados en todo momento mientras sigo a Timo a través del piso.

—Los dormitorios son estos dos. Este es más grande —explica mientras me señala cosas—. Solo hay un cuarto de baño y es pequeño, pero a nosotros nos era más que suficiente. Y el resto es lo que has visto, la cocina abierta y el salón comedor de allí. También tienes una habitación en el sótano y hay lavadoras comunes. Es un piso muy de estudiante, no sé si tendrás interés en él.

Cuando escucho lo de las lavadoras comunes, se me llenan los ojos de lágrimas. Una cosa es pagar un alquiler y otra muy diferente es amueblar un piso. Ambos son gastos económicos que ahora mismo no puedo afrontar del todo y que tendré que ir haciendo poco a poco. Pero saber que tengo la oportunidad de utilizar una lavadora aquí sin tener que andar metros y metros a pie con toda la colada hasta el próximo servicio de lavandería hace que me emocione.

—Tengo interés —anuncio con la voz cortada—. Déjame hablarlo con ellos.

Timo asiente y se aleja junto a Benno mientras yo me arrodillo en el suelo para estar más a la altura de mis hermanos.

—¿Qué os parece? —pregunto, incluso aunque todavía no sé por cuánto nos saldría esta fiesta—. No quiero elegirlo sola, pero yo creo que está muy bien.

—Está limpio —dice Bruno, que no deja de mirar a su alrededor.

—Y la cocina es casi nueva en comparación con la nuestra.

—¿Y papá y mamá? —pregunta Amelie.

Me muerdo el labio inferior y me acerco a ella. Es algo que no soy capaz de comprender, pero es la única que alberga la esperanza de que nuestros padres nos traten con cariño y amor.

—Es para vivir nosotros, cariño —digo, intentando utilizar el tono más suave posible—. Nosotros cuatro. Solos.

Ella asiente, aunque doy por hecho que todavía no ha captado del todo a lo que me refiero.

—Entonces, ¿os gusta? —pregunto, y los tres asienten con la cabeza—. Vale. Voy a hablar sobre el tema económico. Podéis seguir mirando el piso.

Bruno coge a Amelie de la mano y se la lleva con él. Me acerco a Timo y a Benno e intento esbozar una sonrisa mientras me coloco el cabello tras las orejas, nerviosa.

—Nos gusta —digo, sin más—. ¿Por cuánto sale el alquiler?

—El alquiler actual son unos setecientos cincuenta euros. Puede ser que la propietaria lo suba con el siguiente inquilino. Y hay una caución de un mes de alquiler. Los muebles que no nos llevamos te los regalo.

—¿En serio? —digo con un nudo en el estómago.

Para mí, en mi situación actual, es mucho dinero. Pero, de todo lo que he visto ahora, es la mejor opción.

—Claro —dice el chico, sonriente—. Os dejo que le deis unas vueltas más. Cuando estés lista, avísame y te presento a la casera, vive en el primer piso.

—Muchísimas gracias.

El chico se despide de nosotros, le da una palmada en el hombro a Benno y se marcha. Cuando nos quedamos más o menos a solas

—porque los niños siguen dándole vueltas a todo y discutiendo qué quieren tener en cada sitio—, me giro hacia él.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunto, emocionada.

—Tú necesitabas un piso y Timo me comentó que iban a salir de aquí. Cuando vine a verlo primero, creí que era genial. Ya no necesitas que esté cerca de la universidad y eso hace que no sea tan caro como otros. Y hay dos dormitorios.

—Es increíble —atino a decir, y el nudo que antes tenía en el estómago se me sube hasta la garganta de pura emoción—. Para mí es mucho dinero, pero es lo mejor que he visto hasta ahora. Lo puedo pagar y está en condiciones. Así que gracias.

—No tienes que dármelas.

—Sí, creo que sí tengo que hacerlo —digo, y suspiro antes de continuar—. He sido una estúpida, ¿vale? Te he estado echando una y otra vez y tú, sin embargo, sigues aquí, ayudándome y, bueno… aquí.

Benno sonríe y creo que lo hace con algo de timidez, cosa que pocas veces veo. Inclino la cabeza hacia un lado cuando sonrío yo también y me acerco un paso, dos, tres más a él. Hasta que nos quedamos uno frente al otro.

—Lo importante es que te guste y que puedas permitírtelo. —Su voz suena baja y me envuelve.

Da igual lo que diga, siempre me envuelve.

Sus ojos bajan hasta posarse en mis labios. Me los relamo, anticipándome al momento. Me da igual que mis hermanos estén pululando por aquí o que la puerta del apartamento esté abierta de par en par. Ahora mismo, lo que quiero —y lo que hago— es colocar una mano en su nuca y atraerlo a mí con fuerza y determinación. Porque no quiero que se me escape jamás.

Nuestros labios se juntan y a Benno le brota una especie de gruñido en cuanto el beso llega. Lo aferro con tanta fuerza de la nuca que él no puede separarse de mí ni para coger aire, pero, en vez de intentar buscar espacio, él me aferra por la cintura, apretándome más todavía contra él.

Cuando nos separamos, clavo mis ojos en los suyos, dispuesta a decirle algo que nunca jamás le he dicho a otra persona.

—Te quiero —murmuro.

Las mejillas de Benno se sonrojan dándole un aspecto tierno que hace que el corazón se me estruje en el pecho.

—Y quiero esto que tenemos —continúo—. No sé cómo funcionará a partir de ahora, pero lo quiero. Te quiero a ti y a mí, juntos.

—Si eso es lo que de verdad quieres… —dice él con voz algo burlona.

Y no añade nada más, vuelve a tirar de mí en su dirección para besarme y me olvido de dónde estamos y lo que estamos haciendo aquí y me concentro en nosotros.

Ahora me siento con la valentía necesaria para encarar a mis padres y llena de júbilo por poder anunciarle a Evelyn todo lo que he podido avanzar en este tiempo. Aquí estaremos tan lejos de nuestros progenitores que no tendremos que vivir con miedo.

Nunca más.

EPÍLOGO

Estiro los brazos intentando controlar el nerviosismo. Todavía no sé por qué me pongo nerviosa cada vez que quedamos, pero así es. Supongo que es, sobre todo, la expectación, las ganas de tocarlo y abrazarlo y estar otra vez con él.

Ha pasado un año completo desde que mis hermanos y yo abandonamos la casa de nuestros padres. No fue ni por asomo tan complicado como yo me lo había imaginado. Empacamos nuestras pocas pertenencias y nos marchamos sin más. Durante los primeros días, Bruno, Chris y yo pintamos las paredes del que iba a ser nuestro nuevo hogar y Amelie se quedó a pasar un par de noches en casa de Joleen. Y, después de eso, comenzó una fase muy divertida para todos.

Equipar nuestro hogar con todo lo necesario gastando el menor dinero posible.

Tanto Bruno como Chris —para mi sorpresa— se volcaron en esta tarea y, al cabo de tres meses, habíamos conseguido lo necesario para vivir en él. Nada de lo que tenemos es nuevo, pero todo ha sido elegido con mucho amor.

A pesar de lo que pensé en un principio, abandonar la universidad no ha sido sinónimo de abandonar a mis amigos. Joleen y Gael se ocupan de que nos encontremos, al menos, una vez cada dos semanas los cuatro y Jo y yo solemos quedar muchas veces antes o después del trabajo, ya sea para tomar un café o para que ella venga con nosotros a casa. Encontrarla en aquel cuarto de baño cuando todavía creía que tenía un futuro con Fritz ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Y luego está Benno…

—Hola, preciosura. —Lo escucho saludarme y abrazarme por la espalda.

Me asusto y me giro en sus brazos, dispuesta a comérmelo a besos, pero me detengo en cuanto lo veo sonreír porque me quedo atrapada en su mirada y en todo lo que sus pupilas me susurran.

Nosotros siempre quedamos antes cuando también vamos a ver a los demás. Por la sencilla razón de que no tenemos apenas tiempo de vernos a solas. Al principio, permití que se quedara a dormir por las noches en nuestro piso nuevo. Solo unas cuantas. Y la última vez, mis hermanos lo pillaron saliendo de mi dormitorio cual ladrón a las seis de la mañana. Desde entonces, no hemos vuelto a hacerlo.

Y eso significa que lo echo muchísimo de menos.

—¿Sabes? —digo, y me derrito entera cuando se acerca a mí para darme un beso en los labios—. He estado pensando.

—¿En serio? —se burla, pasándome un brazo por los hombros y dirigiéndonos al interior del bar universitario en el que seguimos quedando—. Tienes mérito, porque yo electrocircuito cuando te veo y no puedo pensar.

Dejo escapar una carcajada y camino junto a él, apretándome todo lo que puedo a su costado, hasta una mesa del fondo, la que siempre solemos ocupar.

—Pues sí, a mí a veces también me pasa, pero no te vayas a creer que todas las veces que te veo —digo, intentando hacerme la seria.

—Que son muchas menos de las que me gustaría, déjame decirte.

—Y con eso tienen que ver mis pensamientos…

Una camarera nos interrumpe. Se acerca a nosotros a toda prisa, limpia la mesa con una bayeta demasiado mojada y nos pregunta qué queremos tomar.

—Una cerveza, por favor —pido, sonriéndole a la chica.

—Que sean dos —digo, para hacer el pedido más fácil.

Ella asiente y se marcha tan rápido como ha venido, dejándome otra vez a solas con Benno. Me siento en uno de los taburetes altos y aprovecho que él se ha quedado todavía de pie para rodearle el cuerpo con mis piernas y atraerlo a mí. Él se muerde el labio inferior ante mi gesto y sé muy bien en lo que está pensando.

Y lo sé porque yo también me muero de ganas de tocarlo de todas las formas posibles. Hace demasiado tiempo que no hemos estado juntos en la cama y en cualquier instante eso hará que termine volviéndome loca.

—¿Vas a decirme ya en qué estabas pensando? —pregunta en un susurro demasiado bajo para todo el alboroto que hay en el local, pero que yo escucho perfectamente—. ¿O te divierte más jugar con mi curiosidad?

—No negaré que jugar contigo me encanta —digo, y él se enciende al escuchar mis palabras. Creo que se ha encendido tanto que hasta noto la dureza de su entrepierna contra mi cuerpo—. Alto, vaquero. No estamos en ningún lugar decente para hacer guarradas.

—Si fuera por mí…

—He estado pensando —repito para no desviarnos del tema—, que a lo mejor es un buen momento para que vuelvas a pasar un poco más de tiempo en casa.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunta con el ceño fruncido.

Sé a lo que se refiere, así que sonrío e inclino la cabeza hacia un lado en actitud inocente.

—No, no te estoy tomando el pelo. Te estoy invitando a que vuelvas a pasar la noche conmigo, en mi cama y, si quieres, también alguna que otra tarde con todos nosotros.

—No tienes que vendérmelo más. Por supuesto que quiero.

—Estupendo.

Me acerco a él para besarlo, pero Benno me aparta un poco en cuanto nuestros labios se rozan.

—¿Puedo preguntar a qué ha venido este cambio de opinión?

—¿Me vas a dejar ahora con las ganas? —mascullo, sabiendo que lo está haciendo a propósito a pesar de que él mismo tiene las mismas ganas que yo, sino más, de que nos demos el lote—. De acuerdo…, mis hermanos llevan semanas preguntándome por ti. Y digo semanas por no decir meses. Dicen que soy una tonta por haber ocultado que estábamos juntos porque les caes bien y les gusta pasar tiempo contigo.

—¿Me he terminado camelando a tus hermanos? ¡Qué monos son! —exclama, y casi veo emoción verdadera en él—. Diles que iré en cuanto la tonta de su hermana me dé un hueco en su vida.

Dejo escapar un resoplido que se asemeja más al de un caballo que al de una persona y ahora soy yo quien lo mira con el ceño

fruncido. Diría que estoy harta de que me tome el pelo, pero en realidad es una de las cosas que termino disfrutando de él.

—Eres un idiota —mascullo.

—Del, por favor, no seas grosera.

Cierro los ojos con actitud molesta; al cabo de un segundo, se me escapa una sonrisa. Al final, él siempre lo consigue.

—Me encantaría pasar más tiempo con todos vosotros. Por supuesto, contigo la que más, pero ya me entiendes —continúa entonces, adoptando un tono algo más serio—. Además de que te tengo unas ganas que…

No termina la frase porque sus labios se estampan contra los míos. El beso se intensifica y nuestras lenguas juegan la una con la otra. Estamos tan sumergidos el uno en el otro que ni me he dado cuenta de que ya nos han dejado las cervezas en la mesa. Lo aprieto más contra mi cuerpo y noto como se me mojan las bragas solo por tenerlo al fin aquí junto a mí.

—¿Lo ves? —Escucho la voz de Gael, que suena mucho más jovial que de normal—. Sabía que iba a ganar esta.

—¡Joder, Del! —exclama mi amiga.

Benno y yo nos separamos y me llevo un dedo a la boca para masajearme el labio inferior que él me ha mordido debido a la sorpresa. Dejo escapar a Benno de entre mis piernas, que casi corre a sentarse sobre un taburete y a esconder la parte baja del cuerpo bajo la mesa para no ser objeto de más burlas. Yo cojo mi cerveza y le doy un largo trago antes de dirigirme a los recién llegados.

—¿Qué problema tenéis? —pregunto, dejando el vaso sobre la mesa.

—El paleto este me ha obligado a apostar con él a que os estabais dando el lote cuando entrásemos en el bar.

—¿Y qué hay de nuevo en eso? —pregunta Benno—. En lo de las apuestas, digo.

Mi amiga lo mira con mucho odio en sus pupilas antes de regresar de nuevo a mí. A veces me cuesta entender que sean tan buenos amigos si se pasan el día picándose los unos a los otros. La diferencia es que, en los momentos que son de verdad importantes, están todos ahí.

Como cuando Joleen se decidió a contarnos de forma abierta todo sobre su madre y nos dijo que quería que nos conociera. O cuando Gael se marchó de casa después de haberle dado muchas vueltas.

Gael se acerca a Benno, lo saluda con un abrazo corto y se sienta a su lado. Joleen hace lo mismo conmigo y se acerca a mí como si quisiera confiarme algo muy secreto.

—¿Qué os habéis apostado esta vez? —pregunto, sonriente.

Mi amiga parece pensativa durante un segundo y, al final, se sonroja.

—Yo he apostado que no os estabais dando el lote y Gael ha dicho que sí.

—Perdóname, pero ha sido muy estúpido por tu parte teniendo en cuenta que esto pasa siempre que nos vemos.

Suelto una carcajada porque soy incapaz de contenerla, Jo no se contagia de mi risa, así que intento parar y seguir concentrada en la conversación.

—¿Y qué habéis apostado? —inquiero, instándola a seguir.

Mi amiga se sonroja más todavía y ahora siento verdadera curiosidad ante lo que ha pasado ahí fuera hace un rato.

—Le he dicho que, si gano yo, tiene que adoptar un gato. O un perro, lo que él quiera —continúa. Hace una pausa y, al cabo de un par de segundos, la insto a seguir con un gesto de la mano—. Y si gana él, me tengo que ir a vivir a su piso.

Dejo escapar un gritito de emoción pura que hace que los chicos nos presten atención de repente. Mi amiga se ha puesto tan roja que estoy segura de que ya ha comenzado una cuenta atrás para su despegue.

—¿Qué pasa? —pregunta Benno son una sonrisa titubeante en los labios.

—Pasa que Jo se va a ir a vivir con Gael —exclamo, casi grito.

—¡Del, qué dices! —interviene mi amiga.

—¿Es cierto, tío? —Benno se dirige a Gael.

—Si esta no se caga encima, sí.

Mi amiga y Gael se miran el uno al otro. Él la mira con diversión, con esa burla innata en él que lejos de ser una ofensa es lo que lo

define tanto a sí mismo como a la relación que tiene con Joleen. Ella lo mira como si acabara de caer en la cuenta de que se ha apostado algo muy gordo y ahora tiene que acatar las consecuencias o sufrir las bromas de su novio durante el resto de su vida.

—¡Felicidades, parejita! —exclama Benno, llamando la atención de la camarera para pedir una ronda para todos.

—Se lo vas a tener que decir tú a mi padre. —Joleen alza un dedo amenazador para señalarlo.

—No te preocupes, me ocupo de eso.

—¿Vivís en la edad media o qué? —pregunta Benno, haciéndome sonreír—. No me digas que sin el consentimiento parental aquí no pasa nada.

—No, pero estoy segura de que papá jamás lo aceptará.

—Que te has creído tú eso.

Gael suelta una carcajada y Jo se acerca a él para intentar que entre en razón y cancelar la apuesta. Cosa que todos sabemos que no pasará nunca. Sobre todo, porque ella está haciéndose la fuerte en vez de confesar que le tiemblan las piernas, ya que es algo que quería proponerle desde hace tiempo, pero no sabía cómo hacerlo. Y no es lo que me imagino, es que ella me lo ha contado.

El par de paletos siguen a lo suyo durante un buen rato que Benno aprovecha para acercarse a mí de nuevo, sin intenciones de estar tan cerca de mí como antes.

—¿Te acompaño luego a casa? —pregunta en voz baja.

—Estaría genial —acepto con una sonrisa—. Y, ya que estás ahí, si quieres, puedes subir y saludar.

—No habría nada que me gustara hacer más.

—¿Y te quedas a dormir?

Benno sonríe de forma pícara antes de contestar.

—¿Crees que tendría que pedirle permiso primero a mi madre?

—¡Benno, venga ya! —exclamo, intentando contener la risa que acaba de provocarme—. Aunque a lo mejor deberías. A lo mejor ni le caigo bien.

—Le caes bien —asegura él, cogiéndome de la mano—. Le caes casi mejor que yo, así que imagínate.

—Oye… —susurro, y lo hago para reencauzar el tema—. Y, si te quedas a dormir, ¿quieres quedarte también a desayunar mañana?

Él me sonríe y lo hace de esa manera que, hasta ahora, solo he visto que utilice conmigo. Esa sonrisa que me hace pensar una y otra vez que mi nuevo hogar no es solo el piso que he alquilado para mis hermanos y para mí, algo que llevábamos deseando tener desde hacía tanto tiempo. Sino que él, Benno, también lo es.

Trago con dificultad porque se me ha hecho un nudo en la garganta ante tanto pensamiento profundo.

—¿Es ese el pago por no dejarte dormir en toda la noche? —pregunta él con actitud más graciosa y quitándole intensidad a todo esto—. Porque voy a necesitar alimentarme muy bien después de hacerte…

—¡Joder, cállate ya! —exclamo, y me tapo la boca en cuanto lo dejo salir.

—Del, te he dicho que tienes que decir menos palabrotas.

Alzo una mano y lo empujo por el hombro intentando que me deje en paz. Pero la realidad es que él sabe muy bien cuándo sacarme de mis pensamientos para que deje de seguir comiéndome la cabeza.

Después de unos segundos, se acerca a mí y cuando sus labios están peligrosamente cerca de los míos, me susurra:

—Me encantará subir a saludar, pasar la noche en tu piso y quedarme a desayunar. Acepto todo el tiempo contigo que quieras darme.

—Te quiero —suelto, y lo hago porque ahora mismo me nace.

—Y yo a ti.

Nuestros labios se unen en un beso corto que, sin embargo, me dice muchísimas cosas. Por ejemplo, lo afortunada que soy de estar viviendo aquí y ahora y de haberlos encontrado a todos ellos. Y, sobre todo, de haber podido salir de la realidad que me tenía maniatada hasta hacía tan poco tiempo.

La realidad es que ahora no podría imaginarme una vida sin Benno de la misma forma en la que antes no podía imaginarme una vida sin mis hermanos. Pero tampoco podría imaginarme una sin

Joleen o sin Gael. Todos ellos ya no son unos meros amigos a los que he ido conociendo en el tiempo.

No, ahora son la familia que tanto tiempo llevo anhelando. La familia que se elige sobre todas las cosas.

AGRADECIMIENTOS

Adoro dar las gracias. Es por eso que escribir estas páginas en mis libros me encanta.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mis lectores beta maravillosas que leyeron la primera versión de este manuscrito y la destrozaron por completo. La desgarraron por todas las esquinas para obligarme a crear la mejor versión de esta historia. Y les estaré eternamente agradecidas porque, sin ellas, tú no tendrías este libro entre las manos. Pilar, Maca, Ana y Desi: sois las mejores.

Gracias a las Nanomágicas, por ser mi grupo de confianza donde echar una lloradita y seguir con la vida, por escucharnos entre todas y apoyarnos.

Como siempre, gracias a mi madre, por estar ahí al pie del cañón y recordarme una y mil veces las tareas que me quedan por hacer. Me considero una persona muy organizada, pero sin ella estoy segura de que se me pasarían muchísimas cosas (sobre todo, cosas que tienen que ver con la parte privada de mi vida). Y, sobre todo, por ser siempre mi primera y mi última beta con cada libro que escribo.

Pero, sobre todo, gracias a ti, por haber leído esta novela. Gracias por haberme dado una oportunidad tanto a mí como escritora como a Delilah (ya sea la primera vez que me lees o si estás repitiendo). Sin ti, yo no estaría aquí y todo lo que hago no sería posible. Espero que puedas tomarte el tiempo de dejarme una reseña a través de Amazon o Goodreads ahora que has terminado este libro. Con tus comentarios, ayudas a que la vida de un libro sea duradera.

SOBRE LA AUTORA

Mi nombre es Mary L. Torres y soy escritora y diseñadora web. Nací en el 1993 y ya desde muy pequeña he sentido profunda adoración por los libros. Cuando aprendí a escribir, comencé a alterar los cuentos clásicos infantiles que, además, me gustaba ilustrar y que más tarde convertía en libritos que vendía por un par de céntimos. A los trece, programé mi primera página web y descubrí el diseño gráfico. Desde entonces, el mundo de los libros y el del diseño me definen.

Muchísimas gracias por haber confiado en mi trabajo y haber comprado este libro. Te agradecería que, ahora que has terminado de leerlo, dejes tu voto y reseña a través de Amazon, Goodreads y/o por las redes sociales. De esta forma, podrás ayudar a otros lectores a encontrar su próxima lectura y también a mí, como escritora independiente, a llegar a más personas.

Puedes seguirme también por Instagram: https://www.instagram.com/missemerty/

Visitar mi página web y suscribirte a mi *newsletter*: https://maryltorres.com/

O escuchar la *playlist* de *En las apuestas, sobran las razones*:



SI TE GUSTA LA NOVELA NEW ADULT

La cara oculta de la luna

Rebecca Sinclair se siente desplazada. No termina de encajar en su trabajo, no encaja en la multitud ni en su propia familia. Se siente asqueada de su trabajo, de las personas a su alrededor y de su propia vida, pero tampoco se decide a darle un giro a todo y comenzar de nuevo.

Siente la única necesidad de coleccionar los trabajos de la persona que más odia en el mundo: su antiguo compañero Ashton Fellon, modelo superestrella. Frente a esta incesante obsesión, que se está transformando en su droga personal, Rebecca tendrá que afrontar asuntos para los que no se siente preparada. Se cree prisionera de sus fantasmas del pasado y el único capaz de liberarla del caos es su tan odiada obsesión personal.

Rosa invernal

Salir al Exterior está prohibido para todos excepto para unos pocos y es castigado hasta con la muerte.

Aleksandr Reagan hace mucho más que preguntarse por qué han tenido que terminar los humanos viviendo como lo hacen. Reducidos en número y obligados a escapar de la superficie terrestre, conviven como reclusos en pequeñas ciudades construidas bajo tierra, intentando preservar sus miserables vidas bajo el peso de aquel invierno sin fin.

Pero un descubrimiento en sus investigaciones lo llevará a arriesgar todo lo que conoce y lo que quiere por un viaje del que podría no regresar. Aleksandr está dispuesto a poner en riesgo todo por obtener las respuestas a sus preguntas.

Nuestra historia en la tormenta

¿Qué ocurre cuando dos desconocidos con un pasado que todavía les duele se tropiezan en los porches de sus casas en primera línea de playa?

Sláine solo quiere ser feliz. Kai, por su parte, cree serlo.

Ella llega a Sigi como la nueva redactora del *Tageblatt*, el periódico local. Él todavía sigue el sendero de su sueño incumplido: poder vivir de su arte.

Ambos viven en una ristra de casas en primera línea de playa.

Kai no se ha enamorado nunca de verdad. Sláine ya no cree tanto en el amor.

En las apuestas, todo son teorías

Joleen tiene un problema: no puede dejar pasar ninguna apuesta con su mejor amigo Gael.

Cuando ambos apuestan a que ella no será capaz de ligarse al chico que él elija en treinta días, ninguno sabe que ese será el detonante que hará salir a la luz algo para lo que todavía no están preparados.

¿Qué ocurre cuando el argumento de una película de los noventa no sale tan bien en la vida real?

Porque, al final, en las apuestas, todo son teorías.